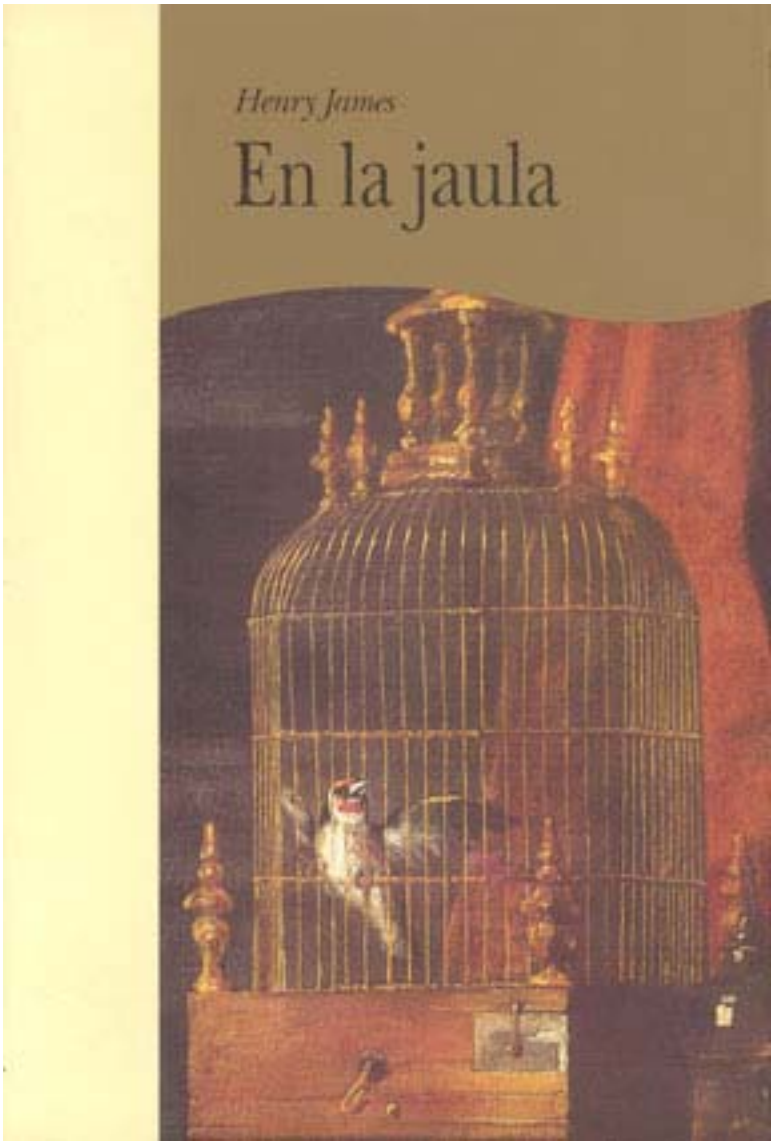
LIBRO dot.com

EN LA JAULA

HENRY JAMES



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

1

A ella ya casi desde el principio se le había ocurrido que en su posición —la de una muchacha que llevaba, recluida entre mamparas y alambres, la vida de una cobaya o una urraca— iba a conocer a muchísimas personas sin que éstas se enteraran en absoluto. Eso hacía que fuera una emoción todavía más intensa —aunque singularmente exquisita y siempre, aun así, bastante soterrada— el ver entrar a alguien a quien conocía, como decía ella, por fuera, y que podía añadir algo a la triste realidad de su trabajo. Su trabajo era estar allí sentada con dos hombres (el otro telegrafista y el chico del mostrador): manejar el «tictic», que requería constante manejo, expender sellos e impresos para giros postales, pesar cartas, contestar preguntas estúpidas, dar cambios complicados y, sobre todo, contar palabras tan innúmeras como las arenas del mar, las palabras de los telegramas que le echaban, de la mañana a la noche, por la abertura que había en lo alto de la rejilla, por encima del estante atestado de cosas, hasta que le dolía el brazo de tanto alargarlo hacia aquella ranura que se abría hacia adentro o hacia afuera, según fuese el lado del exiguo mostrador en que a uno le tocara estar. Esta cárcel transparente era el rincón más oscuro de una tienda no poco impregnada, en invierno, por el veneno de la sempiterna luz de gas y, en todas las épocas, por la presencia de jamones, queso, pescado en salazón, jabón, barniz, parafina y otros sólidos y líquidos que ella había llegado a conocer perfectamente por su olor aunque no se rebajara a conocerlos por su nombre.

La barrera que separaba la pequeña oficina de correos y telégrafos de la tienda de comestibles era una frágil estructura de madera y alambre; pero la separación social, profesional, era un abismo que el hado, por un notable golpe de suerte, le había ahorrado tener que salvar públicamente en modo alguno. Cuando los muchachos del señor Cocker saltaban el otro mostrador para irle a cambiar un billete de cinco libras —y el emplazamiento de la tienda del señor Cocker, con la crema de la «Court Guide» y de los pisos amueblados más caros (Simpkin's, Ladle's, Thrupp's) a la vuelta de la esquina, era tan privilegiado que en su establecimiento perpetuamente se escuchaba el crujido de tales emblemas—, ella entregaba los soberanos como si el peticionario no fuera para ella más que una de las apariciones momentáneas de la gran procesión; y eso tal vez primordialmente por el hecho mismo de la relación —de hecho, aceptada únicamente al lado opuesto— a la que ella se había prestado con ridícula inconsecuencia. Ella aceptaba a los otros empleados tanto menos cuanto que había aceptado al fin, tan incondicional e irremisiblemente, al señor Mudge. Mas se sentía un poco abochornada, pese a ello, de tener que reconocer para sus adentros que el traslado del señor Mudge a más altas esferas —a un puesto de mayor enjundia, vale decir, aunque a una vecindad de mucho menor postín— habría sido aún más ajustado describirlo como un lujo que como una simplificación, que era como ella se contentaba con llamarlo. Pero, en todo caso, ella había cesado de tenerlo todo el santo día delante de los ojos, y eso permitía que los domingos pudiera tener algo distinto sobre lo cual ponerlos. Durante los tres meses que él había estado en la tienda de Cocker después de aceptar ella su proposición, a menudo ella se había preguntado qué era lo que el matrimonio podría añadir a una familiaridad ya tan completa. Al lado opuesto, detrás de aquel mostrador cuyo principal ornamento por un par de años habían sido la superior estatura de él, su delantal más blanco, sus rizos más apretados y sus haches siempre presentes, demasiado presentes[*], él había andado de acá

[*] La hache inglesa es por lo general una letra sonora, cuya pronunciación equivale a la de la jota

Librodot

para allá delante de ella como si lo hiciera sobre el reducido suelo cubierto de serrín del estipulado futuro de ambos. Ahora ella se había percatado de la ventaja que suponía el no tener que cargar al mismo tiempo con el presente y con el futuro. Ya tenía más que suficiente con cualquiera de los dos por separado.

Pese a ello, no podía dejar de meditar seriamente sobre lo que le había intimado el señor Mudge una vez más en una de sus cartas: que ella pidiese el traslado a otra oficina exactamente similar —por el momento no estaba en condiciones de aspirar a más— bajo el mismo techo donde él estaba ahora como encargado principal, de tal forma que, teniendo que estar danzando ante ella un minuto sí y otro también, él podría verla, como decía él, «a todas horas», y en una zona, el periférico distrito N.O., donde, viviendo ella con su madre en dos habitaciones, ella podría ahorrarse aproximadamente tres chelines. A nadie podía apetecerle locamente sustituir el barrio de Mayfair por el de Chalk Farm, y no dejaba de ser un apuro que él se ocupara tanto de ella; a despecho de lo cual, aquello no era nada comparado con los apuros de antaño, los de los primeros tiempos de su gran desgracia, la de ella, su madre y su hermana mayor, quien había muerto casi de pura inanición cuando, sabiéndose damas y sin poder dar crédito a sus ojos, huérfanas, despojadas y abrumadas de repente, habían ido resbalando cada vez más aprisa por la empinada pendiente hasta llegar al fondo, del que sólo ella había logrado rebotar. Su madre no había rebotado desde el fondo más de lo que lo había hecho por el camino; se había limitado a caer y caer retumbante y quejumbrosamente, sin hacer, con respecto a sombreros y a su conversación, esfuerzo alguno, y asaz frecuentemente, ¡ay!, oliendo a whisky.

2

En el establecimiento de Cocker había siempre bastante tranquilidad a las horas en que el contingente de Ladle's y de Thrupp's y de los demás sitios elegantes estaba almorzando o, como solían decir chabacanamente los muchachos, mientras los animales estaban cebándose. Ella disponía entonces de cuarenta minutos para ir asimismo a comer a casa; y, cuando regresaba y ahora le tocaba el turno a uno de los muchachos, con cierto menudeo disponía aún de media hora más para coger alguna labor o un libro, un libro que sacaba de un local donde prestaban novelas muy grasientas de letra pequeña, y siempre acerca de gente de alcurnia, a cambio de medio penique al día. Esa pausa sagrada era una de las numerosas maneras que tenía el establecimiento de tomarle el pulso a la moda y seguirle el ritmo a la vida elegante. Un día, dicha pausa estuvo relacionada además con la especial vividez que caracterizó el momento en que entró en la tienda una mujer cuyas comidas aparentemente debían de producirse a horas irregulares, pero a la que la muchacha estaba destinada, tal como posteriormente comprobaría, a no olvidar. La muchacha solía sentirse *blasée,* y sabía perfectamente que no podía haber nada más natural siendo una funcionaria pública; pero poseía una imaginación exorbitante y unos nervios a flor de piel: estaba sujeta, en resumidas cuentas, a repentinas fluctuaciones de antipatías y simpatías, vislumbres de luz en el aburrimiento, espasmódicos despertares y vivificaciones, excéntricos caprichos de la curiosidad. Ella conocía a una amiga que había inventado una nueva carrera para las mujeres: la de entrar y salir por las casas de la gente

española aproximadamente. (N. del T.)

Librodot

para ocuparse de las flores. La señora Jordan tenía una forma muy peculiar de hablar sobre ello: «las flores», según sus labios, eran, en las casas ricas, un elemento tan consustancial como el carbón o los periódicos. En cualquier caso, la señora Jordan se dedicaba a ocuparse de ellas, en todas las habitaciones, a tanto el mes, y la gente estaba descubriendo a marchas forzadas lo que significaba confiarle aquella delicada tarea a la viuda de un sacerdote[*]. La viuda, por su parte, explayándose sobre las iniciaciones que de esta guisa había vivido, le había hablado deslumbrantemente a su joven amiga sobre cómo disponía ella acerca de todo en las grandes casas y, en especial, sobre cómo, cuando adornaba las mesas, mesas muchas veces para una veintena de personas, había tenido el presentimiento de que con un único paso más iba a ingresar en la alta sociedad de un modo definitivo. Al preguntarle la muchacha, a modo de sospecha de sus limitaciones, si en realidad quería decir que lo único que hacía era pulular por allí en una especie de soledad tropical, sólo que rodeada por criados de alto rango en vez de por pintorescos nativos, la viuda encontraba respuesta a aquella maligna pregunta. «¡No tienes imaginación, querida!», le decía como dando a entender que la puerta de la vida social podía abrírsele de par en par en cualquier instante.

Pero nuestra protagonista no otorgaba relevancia a esta acusación; se la tomaba con bastante buen humor, porque tenía unos criterios muy inconmovibles a aquel respecto. Uno de sus principales temas de lamentación, y a la vez uno de sus más íntimos consuelos, era que la gente no la comprendía, por lo cual no podía sorprenderla que tampoco la señora Jordan la comprendiera; y ello pese a que la señora Jordan, también venida a menos y también víctima de reveses de la fortuna, era la única persona de su círculo en quien ella reconocía a una igual. La muchacha era perfectamente consciente de que su vida imaginativa era la vida donde ella pasaba la mayor parte del tiempo; y habría estado dispuesta, de haber merecido la pena, a demostrarle a su interlocutora que dicha vida imaginativa, toda vez que el oficio material que ella ejercía no había conseguido aniquilarla, tenía que ser considerable de veras. ¡Menuda bobada lo de las combinaciones de flores y ramitas verdes! Combinaciones de hombres y mujeres, se decía a sí misma, era lo que *ella* estaba en condiciones de hacer con entera libertad. Los únicos defectos de esta posibilidad nacían del excesivo contacto con la grey humana: éste era tan constante, llegaba a quedar tan devaluado, que había largos periodos en que la inspiración, las dotes adivinatorias y el interés acababan enteramente finiquitados. Lo maravilloso eran los chispazos, las reanimaciones súbitas, siempre absolutamente casuales, con las que no se podía contar de antemano y a las que también era imposible sustraerse. A veces, bastaba con que alguien sacara un penique para pagar un sello y todo se ponía en marcha. Ella tenía tan estrafalaria forma de ser, que ésos le parecían literalmente los momentos que resarcían; resarcían de las tortícolis causadas por estar allí sentada en su cepo, resarcían de la maliciosa hostilidad del señor Buckton y de la pelmaza galantería del chico del mostrador, resarcían de la diaria, mortal, florida carta del señor Mudge, y resarcían inclusive de lo que era su preocupación más obsesionante: la rabia que le daba en algunos momentos ignorar de dónde «lo sacaba» su madre.

Además ella se había permitido entregarse, últimamente, a cierta intensif cación de su vida interior; algo que acaso podría explicarse de un modo muy sucinto por la circunstancia de que, a medida que la temporada alcanzaba su apogeo y las salpicaduras de la moda llegaban hasta el mostrador, había más impresiones que cosechar y por lo

[*] De la iglesia anglicana, se entiende. (N. del T.)

tanto —pues todo revertía en eso— más vida que vivir. De todos modos, fue decisivo que, cuando mayo andaba ya bien entrado, la clase de clientela de que ella gozaba en la tienda de Cocker hubiera principiado a antojársele un motivo: un motivo que ella casi podría aducir para adoptar una táctica demoradora. No dejaba de parecer bastante tonto, por supuesto, aducir semejante motivo, habida cuenta de que la fascinación del lugar era, pensándolo bien, una especie de tormento. Pero a ella le gustaba ese tormento: era un tormento que iba a añorar en Chalk Farm. Se dedicaba a mostrarse inventiva e insincera, por consiguiente, a fin de seguir interponiendo tanto de Londres entre ella y aquella austeridad. Aunque no tenía el coraje, en suma, de decirle al señor Mudge que las ocasiones de ejercitar la imaginación que a ella aquí se le ofrecían bien valían, todas las semanas, esos tres chelines que él quería ayudarla a ahorrarse, inopinadamente un incidente que ella pudo presenciar en el curso de aquel mes, al menos en lo más íntimo de su corazón, decidió el delicado problema. Y tuvo que ver precisamente con la aparición de la mujer memorable.

3

Ésta entregó tres hojas garrapateadas que la mano de la muchacha se apresuró a asir, ya que frecuentemente el señor Buckton ponía en práctica la mala costumbre de echarle enseguida el guante a todo aquello que prometiera la clase de entretenimiento a que ella era más adicta. Las diversiones de los cautivos están plagadas de recursos inesperados, y uno de los libros de medio penique de nuestra joven amiga había sido la deliciosa historia de *Picciola.* Naturalmente la norma de la tienda era que jamás de los jamases se debía tener en cuenta, como decía el señor Buckton, a quién se servía; pero ello tampoco impedía jamás de los jamases, y desde luego no por parte de precisamente dicho caballero, lo que a éste le gustaba llamar maniobras sibilinas. Los dos compañeros de ella, a ese respecto, no ocultaban, ni mucho menos, el número de favoritas que tenían entre las damas: pequeñas familiaridades, a pesar de las cuales ella los había pescado repetidamente en tonterías *y* meteduras de pata, confusiones de identidad *y* deficiencias de deducción que nunca dejaban de recordarle que la listeza de los hombres termina allí donde empieza la de las mujeres. «A Marguerite, Regent Street. Prueba a las seis. Todo encaje español. Perlas. Largo completo.» Esa era la primera hoja garrapateada; no llevaba firma. «A Lady Agnes Orme, Hyde Park Place. Imposible esta noche, cenará Haddon. Mañana ópera, prometí a Fritz, pero podría ser miércoles. Procuraré llevar a Haddon al Savoy, y todo lo que te apetezca, si logras persuadir a Gussy. Domingo, Montenero. Poso para Mason lunes, martes. Marguerite inaguantable. Cissy.» Ése era el segundo mensaje. Al coger el tercero, la muchacha vio que iba dirigido al extranjero: «A Everard, Hôtel Brighton, París. Sólo perdona y confía. Del 22 al 26, y desde luego el 8 y el 9. Quizá otros. Vuelve. Mary.»

Mary era guapísima: a la muchacha instantáneamente le pareció que era la mujer más guapa que había visto en toda su vida... o a lo mejor lo era simplemente Cissy. A lo mejor lo eran las dos, pues ella había visto cosas más raras que ésa: mujeres que enviaban telegramas a personas diferentes bajo nombres diferentes. Ella ya había visto toda suerte de cosas, y aclarado toda clase de misterios. Una vez había habido —no hacía mucho— una que, sin pestañear, había enviado cinco con cinco firmas distintas. Quizá

Librodot

representaba a cinco amistades distintas que se lo habían pedido, todas ellas mujeres, lo mismo que tal vez ahora Mary y Cissy, o una de las dos, estaban haciéndolo por delegación. A veces la muchacha ponía demasiado... demasiado de su parte; otras, ponía demasiado poco; y tanto en un caso como en el otro solía acordarse de todos los incidentes después, pues poseía una extraña facilidad. Cuando notaba algo, lo notaba: eso era todo. A veces había días y días, semanas enteras en que no notaba nada. A menudo ello era culpa de los diabólicos y exitosos subterfugios que empleaba el señor Buckton para confinarla en la cabina del transmisor en cuanto hubiera algo que pudiera resultar divertido; la cabina del transmisor, aparato cuyo manejo era igualmente competencia de ella, era ya como una celda de castigo, una jaula dentro de la jaula, separada del resto del conjunto por una mampara de cristal translúcido. El chico del mostrador habría hecho cualquier cosa por la muchacha; pero su enamoramiento lo tenía completamente idiotizado. Además ella se congratulaba, idealistamente, de que, pese a que dicha pasión era hasta molestamente evidente, ella nunca habría consentido en tener que agradecerle nada. Lo más que ella hacía era endosarle, siempre que le era posible, la tarea de registrar las cartas, un trabajo que ella detestaba más que ninguna otra cosa. Pero una vez superados los ya mencionados periodos de letargo, empero, casi siempre acababa por llegarle de sopetón a la muchacha alguna intuición fuerte de alguna cosa digna de atención: ella percibía el sabor en la boca antes de darse cuenta; lo estaba percibiendo en este mismísimo instante.

Hacia Cissy, hacia Mary, hacia quienquiera que aquella mujer fuese, ella sintió que se le disparaba su curiosidad, un efluvio mudo que retornó a ella, cual la marea, trayéndole el color vivo y el esplendor de aquella hermosa cabeza, la luz de unos ojos que parecían reflejar unas cosas sumamente distintas de las sórdidas que ahora tenían delante de ellos, y, sobre todo, la encumbrada, brusca altivez de una actitud que, incluso en los malos momentos, era un hábito lleno de soberbia y la esencia misma de las innumerables cosas —su belleza, su origen, sus progenitores, sus primos, y todos sus antepasados— de las que su poseedora no habría podido librarse ni aunque hubiese querido. Y ¿cómo sabía nuestra pobre y oscura funcionaria pública que la mujer de los telegramas estaba pasando por un mal momento? ¿Cómo podía adivinar, casi sobre la marcha, toda suerte de cosas increíbles, tales como que allí había un drama que se encontraba en un punto culminante, y que en éste tenía mucho que ver el caballero del Hôtel Brighton? A la muchacha le pareció, más que nunca anteriormente, que al otro lado de los barrotes de la jaula tenía por fin ante ella lo real, la verdad palpable que hasta entonces ella sólo había podido recomponer a base de retazos: a una—de esas criaturas, por decirlo de una vez, en quienes se juntan todos los requisitos de la felicidad y que, con el aire que se gastan, derraman una insolencia involuntaria. Lo que la muchacha vio también fue que dicha insolencia quedaba atemperada por algo que era igualmente parte de esa vida distinguida: la costumbre de inclinarse gentilmente, como una flor, hacia los menos afortunados, unas gotas de fragancia, algo que era casi un efímero soplo pero que de hecho calaba y permanecía. Esta aparición era muy joven, pero saltaba a la vista que estaba casada, y nuestra hastiada amiga tenía provisión suficiente de comparaciones mitológicas como para advertir en ella el porte de Juno. Marguerite podía ser «inaguantable», pero sabía vestir a una diosa.

Perlas y encaje español: la muchacha pudo verlos como si los tuviera delante; y también el «largo completo», así como los lazos de terciopelo rojo que, distribuidos de

cierta forma sobre el encaje (ella habría sabido repartirlos en un santiamén), por supuesto servirían para engalanar la parte delantera de un brocado negro que sería como un traje de los que se ven en los cuadros. Empero, no era por Marguerite, ni por Lady Agnes, ni por Haddon ni por Fritz ni por Gussy, por lo que quien llevaría tal vestido había acudido allí. Había acudido por Everard... e indudablemente éste no era tampoco el verdadero nombre de él. Si nuestra protagonista nunca se había lanzado a especular tanto hasta la fecha, sencillamente se había debido a que nunca hasta la fecha se había sentido tan impresionada. Siguió adelante hasta el final. Mary y Cissy habían ido juntas, en su soberbia y única persona, a verlo a él —él debía de vivir a la vuelta de la esquina— y se habían encontrado con que, a causa de algo que era precisamente lo que Mary y Cissy iban a arreglar o por lo cual iban a armar otra escena, él se había marchado, se había marchado aposta para hacérselo lamentar; ante lo cual *Mary y* Cissy habían acudido a la tienda de Cocker, que era el sitio que les quedaba más cerca, y allí habían puesto los tres telegramas, más que nada para no poner solamente el fundamental. En cierto modo, los otros dos lo tapaban, lo arropaban, hacían que pasara. Oh sí, nuestra protagonista siguió adelante hasta el final, y esto no es más que una muestra de lo que ella acostumbraba hacer. Ella reconocería aquella caligrafía en cualquier momento. Era tan bonita y tan todo como la propia mujer. La propia mujer, al enterarse de la fuga, habría pasado por encima del criado de Everard y se habría metido en el cuarto de Everard: habría escrito la misiva sobre su mesa y usando su pluma. Todos estos pormenores, aun los más nimios, llegaron de la mano de esa fragancia que la mujer desprendía y que dejaba tras ella, ese soplo que, como ya he dicho, permanecía. Y, venturosamente, una de las cosas de que la muchacha estuvo segura fue de que volvería a verla.

4

Volvió a verla, en efecto, y tan sólo diez días después; pero esta vez no se presentó sola, y eso fue precisamente lo bueno del asunto. Como nuestra protagonista era lo bastante perspicaz para saber qué posibilidades podía ofrecer él, durante todos estos días había estado barajando en su cabeza una docena de teorías, incompatibles entre sí, sobre la tipología de Everard; en cuanto a cuál de ellas era la acertada, nada más verlos entrar en la tienda comprendió que el enigma ya estaba aclarado, y aclarado de un golpe que pareció ir dirigido derechamente hacia el corazón de ella. Literalmente este órgano comenzó a latir con más violencia al aproximarse el caballero que en esta ocasión venía con Cissy y que, visto desde el interior de la jaula, de inmediato se convirtió en la más feliz de las circunstancias felices con que la mente de la muchacha había investido a la amiga de Fritz y de Gussy. Fue verdaderamente una circunstancia muy feliz cuando él, con el cigarrillo en la boca y una jerigonza entrecortada que sabía entender su acompañadora, entregó la media docena de telegramas que se tardaría algunos minutos en despachar. Y entonces se produjo un fenómeno bastante singular, y que consistió en que, si anteriormente el interés de la muchacha hacia la acompañadora de él había hecho que se aguzaran sus sentidos para entender los mensajes que ésta deseaba transmitir, el efecto que causó en ella la presencia inmediata de él, mientras estaba contando sus setenta palabras, fue el de obnubilarle el entendimiento. Las palabras *de él* fueron tan sólo números, no le dijeron absolutamente nada; y, cuando él se marchó, ella no se había

quedado con ningún nombre, ninguna dirección, ningún significado, nada más que con un dulce sonido vago y con una inmensa impresión. Él no había estado allí más que cinco minutos, había fumado delante de sus narices, y la muchacha, ocupada con sus telegramas, pendiente del lápiz y con temor a delatarse deplorablemente si cometía una equivocación, no había tenido tiempo de echar ojeada alguna o emplear otros métodos indirectos. Pero, a pesar de ello, lo había calado a él hasta el fondo; lo sabía ya todo; ahora estaba segura.

Él había vuelto de París: todo estaba ya perdonado; otra vez los dos estaban hombro con hombro en su gran enfrentamiento con la vida, en su complicado juego. El grandioso, sordo latir de dicho juego lo había sentido nuestra protagonista mientras ellos habían permanecido allí. ¿Mientras habían permanecido allí? Pues es que permanecieron allí todo el día: su presencia perduró y no se alejó de ella, estuvo en todo lo que la muchacha hizo hasta el anochecer, en los miles de palabras que contó, que transmitió, en todos los sellos que expendió y las cartas que pesó y los cambios que dio de una forma sonámbula pero sin equivocarse nunca y, a medida que avanzó la tarde y la tienda se puso concurrida, sin reparar en una sola fea cara de la larga procesión y sin oír de veras las estúpidas preguntas que ella siempre contestó con entera paciencia y exactitud. Ahora toda paciencia era posible, y estúpidas todas las preguntas, y feas todas las caras después de haber visto la de él. Ella había estado segura de que volvería a ver a la mujer; e incluso en este momento pensó que quizá, que probablemente iba a volver a verla con asiduidad. Pero con respecto a él la cosa era por entero distinta: nunca, nunca habría de volver a verlo. Le apetecía demasiado verlo. Existía una clase de deseos que ayudaban: ella había llegado, basándose en su gran experiencia, a tal generalización; y había otros que eran fatídicos. El de ahora era de éstos últimos: impediría.

Pues bien, ella volvió a verlo al mismísimo día siguiente, y en esta segunda ocasión las cosas fueron radicalmente distintas: el sentido de todas y cada una de las sílabas resaltó con neta claridad; de hecho, ella sintió que su lápiz avanzaba dando golpecitos como si acariciara rápidamente las marcas que había hecho él, exprimiendo vida de cada palabra. El estuvo allí mucho rato: no había traído escritas las hojas, sino que las rellenó en una esquinita del mostrador; y había también otras personas, gentes que se sucedían y solicitaban y a las que había que atender simultáneamente *y* darles interminables cambios y precisas informaciones. Pero ella no lo perdió a él de vista ni un momento: continuó, en su fuero interno, estando en una relación tan íntima con él como la que por suerte, detrás del aborrecido cristal translúcido, mantenía el señor Buckton con el telégrafo. Aquella mañana todo cambió, pero lo hizo con una especie de tristeza; ella tuvo que tragarse el desaire infligido a su teoría sobre los deseos fatídicos, cosa qué hizo sin mayor confusión y en realidad con absoluta ligereza; no obstante, aunque ahora ya estaba flagrantemente claro que él vivía muy cerca de allí —en Park Chambers— y que era uno de los magnificentes miembros de esa clase privilegiada que lo telegrafiaba todo, incluidos sus costosos sentimientos (de forma que, como nunca escribían cartas, sus correspondencias les costaban libras y libras a la semana y podían tener que entrar y salir por allí cinco veces al día), la cosa, así y todo, llevó aparejada, en virtud de su mismo exceso de magnificencia, una insidiosa melancolía, casi un gran sufrimiento. Pronto ello desembocó en una serie de sensaciones de las que dentro de muy poco me ocuparé brevemente.

Entre tanto, durante un mes, él fue muy constante. Nunca más Cissy y Mary volvieron a aparecer con él: él venía siempre solo, o acompañado únicamente por algún

otro caballero que quedaba eclipsado ante el resplandor de la gloria de él. Hubo una cosa distinta, empero —y en realidad hubo más de una—, con la que la muchacha hubo de contar atentamente cuando se ponía a pensar en la maravillosa criatura con quien ella lo había relacionado a él en un principio. Él nunca enviaba nada a persona alguna llamada Mary o Cissy; pero la muchacha estuvo segura de quién era la persona de Eaton Square a quien él se pasaba la vida mandando telegramas —¡y tan irreprochablemente!— llamándola Lady Bradeen. Lady Bradeen era Cissy, Lady Bradeen era Mary, Lady Bradeen era la amiga de Fritz y de Gussy, la dienta de Marguerite, y en definitiva la íntima secuaz (como idealmente debía serlo, sólo que la muchacha no había encontrado todavía, para describirlo, una expresión que fuese igualmente ideal) del más sensacional de los hombres. Nada podía igualar el menudeo y la variedad de estas comunicaciones a milady como no fuera su extraordinaria, su abismal corrección. Se trataba sencillamente de la conversación por correspondencia —algunas veces tan profusa que ella se preguntaba qué dejarían para sus encuentros personales— de las dos personas más felices de la tierra. Los encuentros personales debían de ser constantes, porque la mitad de todo aquello eran citas y alusiones nadando en otro mar de nuevas alusiones e imbricadas en una serie de cosas que daban una imagen maravillosa de sus existencias. Si Lady Bradeen era Juno, todo aquello era sin duda el Olimpo. Aun cuando la muchacha, no teniendo a su alcance las contestaciones, las efusiones de la lady, algunas veces deseaba que la tienda de Cocker fuera una de aquéllas grandes donde también se recibían telegramas además de enviarlos, de todos modos había aspectos en que, globalmente, podía acercarse aún más a aquellos amores gracias a la cantidad de imaginación que se veía en la necesidad de poner en el asunto. En todo caso los días y las horas de aquel nuevo amigo, que era como ella lo consideraba ya, estaban al descubierto, y por mucho que ella hubiese conseguido saber, siempre deseaba ir aún más allá. Y el hecho es que fue aún más allá; realmente llegó bastante lejos.

Pero ella apenas habría sabido, pese a ello, incluso al cabo de un mes, decir si los caballeros que a él lo acompañaban eran siempre los mismos o variaban; y esto pese a que ellos también estaban siempre enviando cartas y telegramas, fumando delante de sus narices, y firmando o no firmando. Pero es que, comoquiera que fuese, los caballeros que venían con él no eran nada cuando él se encontraba allí. Algunas veces volvían solos, y únicamente entonces podían tener tal vez alguna significación. Él, ya estuviera ausente o presente, lo era todo. Era muy alto, muy guapo y tenía, a despecho de sus complejas tribulaciones, un buen carácter que era una maravilla, sobre todo porque muy a menudo éste hacía que él se quedara allí más tiempo. Él habría podido colarse por delante de cualquiera, y cualquiera quienquiera que hubiese sido— le habría permitido hacerlo; mas era tan inusitadamente amable que aguardaba casi lastimosamente, sin nunca hacerle señas a ella antes de que le tocara el turno o ponerse a exclamar «¡Oiga!» con inelegante altanería. Esperaba a que terminasen las viejas, las esclavitas[*] que se quedaban boquiabiertas, los inveterados botones de Thrupp's; y lo que a ella le habría gustado más inefablemente habría sido verificar la posibilidad de tener para él una identidad personal que de algún modo pudiera resultarle simpática. Había momentos en que verdaderamente él parecía compartir su trabajo, afanándose por ayudarla, por animarla, por reemplazarla.

Pero el carácter de nuestra joven amiga era tan singular que era capaz de advertirse a

[*] En inglés, *slaveys:* denominación popular de las criadas baratas *y* desastradas a quienes contrataban los pobretones pretenciosos. (N. del T.)

sí misma con una especie de rabia que cuando la gente era tan educadísima —la gente de aquella clase—, una nunca podía saber a qué atenerse. Aquella buena educación rezaba para con todo el mundo, y a él habría podido resultarle tristemente gravosa si hubiese sido una persona cargada de trabajo. Lo que él parecía dejar sentado era que disfrutaba de todos los lujos del mundo; y su buen humor, el volver a encender otro cigarrillo mientras aguardaba, su inconsciente forma de ofrecer oportunidades, de hacer favores, de repartir bendiciones, eran tan sólo parte de su magnificente seguridad material, del instinto que le decía que una existencia como la suya nunca podría salir perjudicada por este tipo de detalles. Extrañamente, él era a un tiempo muy alegre y muy serio, muy joven y muy maduro; y, fuera lo que fuera en cualquier momento concreto, ello era, como todo lo restante, nada más que el fruto de su absoluta felicidad. Algunas veces era Everard, como lo había sido en el Hôtel Brighton, y otras era el capitán Everard. Había veces que era Philip más el apellido, y otras Philip sin él. En algunos casos era únicamente Phil, y en otros únicamente el capitán. Y para otras amistades no era nada de todo esto, sino una persona enteramente distinta: «el Conde». Tenía algunos amigos para quienes era William. Había varios para quien, acaso en alusión a su cutis, era «el Ario Sonrosado». Una vez, sólo una vez por fortuna, coincidiendo de forma cómica y totalmente milagrosa con otra persona allegada a ella, había sido «Mudge». Sí, fuera él lo que fuera, ello era producto de su jocundidad, fuera lo que fuera y probablemente lo que no fuera. Y su jocundidad era parte —había llegado a serlo poco a poco— de algo que, casi desde el primer día en que entró a trabajar en Cocker's, la'muchacha había experimentado muy hondamente.

5

Ello había sido ni más ni menos que la insólita escala a que se habían dilatado las experiencias de ella, la doble vida que, en la jaula, por fin podía llevar. A medida que había transcurrido el tiempo, allí ella había pasado a vivir paulatinamente en un mundo de intuiciones *y* vislumbres, *y* notado que su sentido de la adivinación operaba cada vez más de prisa y abarcaba cada vez más campo. Se había tratado de un espectáculo portentoso a medida que subió la presión, un panorama alimentado de hechos y cifras, inundado por un torrente de colorido y acompañado por un grandioso rumor del mundo. En aquella época, lo que su ocupación le había proporcionado predominantemente había sido una imagen de cómo podía divertirse Londres; y aquello, bajo la atención constante de una testigo que hasta tal punto era exclusivamente una testigo, había dado como resultado, mayormente, un endurecimiento del corazón. Dicha observadora rozaba con su nariz el ramillete, pero a la hora de la verdad nunca podía coger siquiera una margarita. Lo que nunca dejaba de llamarle poderosamente la atención en su agobiante quehacer diario era la enorme desigualdad —la diferencia y el contraste— que, en todo momento y en todos los órdenes, existía entre una clase social y otra. Había días en los que todos los telegramas de la nación parecían despacharse en el pequeño agujero donde ella luchaba por ganarse el pan y en los que, entre el arrastrar de pies, el revoloteo de «impresos», el extravío de sellos y el tintineo de los cambios sobre el mostrador, las personas que ella había terminado por habituarse a recordar y a relacionar entre sí, sobre las cuales se había acostumbrado a hacer conjeturas e inventar teorías, parecían dispuestos a evolucionar

infinitamente ante ella en su interminable procesión y rotación. Lo que a ella se le había hincado como un cuchillo en las entrañas había sido ver cómo los despreocupados ricos derrochaban dinero por los cuatro costados para poder parlotear de una forma carísima sobre sus carísimos placeres y pecados, una cantidad de dinero que habría podido rescatar y mantener de por vida a quienes compusieran la castigada familia de su amedrentada infancia: su pobre y acosada madre y su trágico y atormentado padre y su hermano desaparecido y su hermana depauperada. Durante las primeras semanas ella se había quedado frecuentemente patidifusa al ver las sumas que la gente estaba dispuesta a gastar en las tonterías que se comunicaban entre sí: todos los «con mucho cariño» y los «lo siento horrores», los cumplidos y los asombros y los formularios gestos inútiles que costaban lo mismo que un par de botas nuevo. En aquellos tiempos ella había tenido una manera especial de mirar a la cara a la gente, mas no había tardado en caer en la cuenta de que, si una se metía a telegrafista, pronto dejaba de experimentar asombros. A pesar de ello, era rayano en lo genial el ojo que ella tenía para las distintas tipologías de personas, y había unas que le gustaban y otras a las que aborrecía; hacia éstas últimas había llegado a sentir un verdadero afán de apoderarse de ellas, un instinto de observarlas y desmenuzarlas. Había mujeres caraduras, como ella las llamaba, lo mismo entre la clase alta que entre la baja, cuyos despilfarros y codicias, cuyas intrigas *y* secretos *y* amoríos y mentiras, rastreaba *y* acumulaba contra ellas hasta llegar a experimentar en ciertos momentos, privadamente, una rencorosa sensación triunfal de dominio y de poder, la impresión de tener todos los estúpidos secretos vergonzosos de ellas en el bolsillo, en su retentivo cerebrito, y de así saber sobre ellas muchísimo más de lo que ellas habrían podido imaginarse o se habrían molestado en creer. Había otras a las que le habría gustado jugarles una mala pasada, ponerles la zancadilla, hacerlas caer en una trampa cambiando malévolamente sus palabras; y todo debido a una hostilidad personal originada por los más insignificantes avatares, por detallitos del tono o de la forma de conducirse, por la relación especial que ella siempre descubría al momento.

Ella era accesible a impulsos de diversas índoles, unas veces suaves y otras fuertes, a los cuales estaba expuesta por su forma de ser y que obedecían a las causas más nimias. En general se mostraba rígida en cuanto al principio de hacer que la clientela pegara sus sellos, y hallaba un placer peculiar en tener que habérselas, a ese respecto, con algunas señoras que se consideraban demasiado insignes para tocarlos. De esta guisa, se congratulaba de poder entregarse a un juego mucho más refinado y sutil que cualquiera de aquéllos a que pudieran dedicarse los demás por intermedio de ella; y este juego, aunque la mayor parte de la clientela fuera demasiado lerda para percatarse, le procuraba un sinfín de pequeños consuelos y revanchas. De manera similar, ella detectaba a las personas de su sexo a las que le habría gustado auxiliar, precaver, rescatar, conocer mejor; y esta variante obedecía también al albur de simpatías personales, a su vista para descubrir hilos de plata y rayos de luna, *y* a su facultad para acordarse de los detalles *y* discernir pistas. Los rayos de luna y los hilos de plata permitían en algunos momentos la plena visión de lo que *ella* habría podido hacer de estar en posesión de la felicidad. Por borroso o anodino que inevitablemente, o misericordiosamente, a menudo se volviera todo el asunto, ella aún podía, a través de rendijas y huecos, quedarse estupefacta, en especial ante lo que, a pesar de toda la distracción que le procuraba, era lo que tocaba su fibra más sensible: la revelación de la lluvia de oro que caía a su alrededor sin que ni un solo destello estuviera destinado a ella. Nunca dejaba de parecerle exorbitante la cantidad

de dinero que sus elegantes amigos eran capaces de gastarse para tener todavía más, o inclusive para quejarse ante otros amigos suyos igualmente elegantes de que no lo tenían. Las diversiones que proponían eran sólo parangonables a las que rehusaban, y a menudo hacían que sus citas salieran tan sumamente caras que ella no había podido sino preguntarse cuál podría ser la naturaleza de esos deleites para que ya sólo los caminos que a ellos conducían tuvieran que estar pavimentados de chelines. En ocasiones sufría estremecimientos al pensar en tal o cual persona que a ella, pese a todo, le habría gustado lisa *y* llanamente *ser*. La opinión que tenía de sí misma, su vanidad contrariada, es posible que fueran monstruosas: no cabe duda de que asiduamente incurría en la presuntuosa convicción de que ella lo habría hecho todo muchísimo mejor. Pero su gran consolación era, hablando en términos generales, la idea que se había formado de los hombres en el curso de sus comparaciones; con lo cual quiero decir de los caballeros genuinos, pues ella no sentía ningún interés por los caballeros fraudulentos o desastrados, y absolutamente ninguna compasión por los pobres. Ella habría podido donar una moneda de seis peniques, fuera de la jaula, ante la visión de una necesidad; pero su imaginación, tan despierta en ciertos sentidos, no habría respondido nunca ante algo que pudiese oler a sórdido. Los hombres por los que se interesaba, ítem más, la interesaban esencialmente en un aspecto, un aspecto en relación al cual, después de ingresar en la jaula, ella había llegado a convencerse, como no habría podido llegar a convencerse en ningún otro sitio, de lo que era lo más habitual.

Ella veía, en definitiva, que sus señoras estaban casi siempre en contacto con sus caballeros, y éstos con aquéllas; y del caudal de esas relaciones podía extraer historias y enseñanzas sin fin. Llegó inexorablemente a la conclusión de que eran los hombres quienes hacían el papel más decoroso; y acerca de este punto, como acerca de muchos otros, ella tenía ya formada una filosofía propia, fundada toda entera sobre sus personales observaciones y cinismos. Un elemento sorprendente en ésta, por ejemplo, era que, en conjunto, eran mucho más las mujeres quienes andaban detrás de los hombres que los hombres detrás de las mujeres: con entera claridad se podía ver que la actitud general del sexo masculino era la de objeto perseguido y a la defensiva, la de quien ofrece disculpas y procura suavizar las cosas, mientras que la propia naturaleza de ella la ayudó más o menos a la hora de formarse una idea acerca de cuál era la actitud del sexo contrario. Quizá incluso ella misma se dedicara también a aquella persecución en alguna medida cuando ocasionalmente permitía que fueran únicamente los caballeros quienes se saltaran la inflexible norma de pegar sus sellos. En resumen, ella había determinado, con acusada prontitud, que eran ellos quienes tenían mejores modales; y, si bien ninguno de ellos existía cuando el capitán Everard entraba allí, había muchos a los que en los demás momentos podía situar *y* seguir *y* nombrar, había muchos que, con su forma de ser «majos» con ella y de entregar, como si sus bolsillos fueran cajas registradoras portátiles, montones de monedas de oro y de plata mezcladas, eran figuras tan simpáticas que podía envidiarlos sin sentir malestar alguno. *Ellos* nunca tenían que dar cambio: únicamente que embolsárselo. La escala incluía todas las muestras, todos los matices de fortuna, lo cual obviamente incluía, como es de suponer, montones de buena así como de mala suerte, descendiendo incluso hasta el señor Mudge con su suave *y* firme ahorratividad y subiendo, entre grandes señales *y* lanzamientos de cohetes, hasta ponerse casi a la altura del modelo supremo. Así, un mes tras otro, ella había seguido adelante con todos ellos, pasando por mil altibajos y mil punzadas y hastíos. Lo que virtualmente ocurría era que,

de aquella grey variopinta que pasaba ante ella, la mayor parte no hacía más que eso, pasar, y sólo una pequeña porción permanecía perceptiblemente. Muchísimos de los integrantes se esfumaban, se perdían en el pozo sin fondo, y de esa guisa dejaban la página libre. Sobre esta claridad, consecuentemente, resaltaba con fuerza lo que la muchacha decidía retener: ella lo seleccionaba cuidadosamente y lo cogía entre sus manos, le daba vueltas y lo entretejía con tesón.

6

La muchacha se citaba con la señora Jordan cuandoquiera que podía, y cada vez se estaba enterando mejor de cómo la alta sociedad, bajo la gentil égida de dicha señora, y después de haber tenido que aguantar de todo en las simples tiendas, por fin estaba percatándose de las ventajas que había en dejar en manos de una persona auténticamente refinada lo que los profesionales llaman, de forma tan prosaica, las decoraciones florales. La señora Jordan no tenía nada que decir en contra de quienes oficialmente se dedicaban a tales decoraciones; pero había una poesía especial en el gusto de una mujer que tan sólo necesitaba acordarse, ante cualquier duda que se le interpusiera, de todas sus propias mesitas, floreritos *y* jarroncitos *y* otros detallitos similares, y de la maravilla en que otrora convirtiera el jardín de la parroquia. Este pequeño terreno, que su joven amiga nunca había tenido la oportunidad de ver, florecía cual nuevo jardín del Edén en las reminiscencias de la señora Jordan, y el pasado quedaba convertido en un plantel de violetas gracias al tono con que ésta decía: «¡En fin, tú ya sabes desde siempre cuál ha sido mi única pasión!» A lo que ostensiblemente ella se dedicaba ahora, en todo caso, era a proveer a una gran necesidad moderna, a entender lo que prestamente estaba significando para las personas el ver que podían confiar en ella sin ningún temor. Esto les proporcionaba una tranquilidad que —en especial un cuarto de hora antes de las comidas- valía mucho más de lo que podía expresarlo el dinero que pagaban por ello. El dinero que pagaban por ello, de todas formas, llegaba con tolerable puntualidad; ella se contrataba por meses, comprometiéndose a encargarse de todo; y hubo una tarde en que, con respecto a nuestra heroína, como tantas otras veces la señora Jordan volvió a la carga:

—Esto está cobrando cada vez mayor auge, y he comprendido que realmente necesito repartir el trabajo. Servidora quiere asociarse con alguien... con alguien de la misma clase que servidora, ¿comprendes? Porque ¿sabes lo que les gusta a ellos? Pues que parezca que está hecho, no por una florista, sino por uno de los suyos. Y bien, estoy segura de que *tú* sabrías darle ese aire... porque tú *eres* una de los suyos. Entonces sí podríamos triunfar. Lo único que tienes que hacer es asociarte conmigo.

—¿Y abandonar el servicio de correos?

—Deja que el servicio de correos se limite a traerte cartas. E iría a traértelas a carretadas, ya lo verías: al poco tiempo, docenas de encargos. —Tomando pie en esto salió debidamente a colación una vez más la gran ventaja—: En este oficio, servidora tiene la sensación de volver a moverse entre personas de su misma clase. —Las dos habían precisado cierto tiempo (después de haberse separado en medio de la tormenta de sus infortunios y de haber vuelto, ya en la tímida aurora, a reencontrarse finalmente) para lograr aceptar que la otra era, dentro del círculo en que se movían, su única igual; pero la aceptación de tal idea llegó, cuando lo hizo, con un franco refunfuño; *y,* dado que aquí

Librodot

estaba hablándose de igualdad, las dos pensaban que era mucho más provechoso para ambas exagerar la grandeza de los orígenes de la otra. La señora Jordan tenía diez años más, pero su joven amiga estaba asombrada de lo poco que ahora contaba eso: había sido distinto en los tiempos en que, más bien en calidad de amiga de su madre, esta precaria señora, sin un penique ahorrado y con todos sus recursos provisionales, igual que los de ellas, desaparecidos, cruzaba el sórdido descansillo al cual se abrían a un lado y a su opuesto las puertas de ambas terribles miserias y al cual se cerraban asustadas después de pedir prestado un poco de carbón o un paraguas que luego se pagaban en patatas y sellos de correos. Por aquella época, para unas damas degradadas, hundidas, ahogadas, luchando por salir a flote, había sido un consuelo muy relativo eso de *ser* unas damas; pero dicha ventaja podía reaparecer a medida que las otras desaparecían, y había llegado a ser muy grande en el momento en que ya era la única sombra de ventaja de que disfrutaban. La habían visto literalmente alimentarse de los restos de todas las otras que habían perdido; y se había convertido en algo prodigioso ahora, cuando podían hablar de ello juntas, cuando a través de un erial de asumida decadencia podían rememorarlo, y cuando, sobre todo, cada una de ellas podía encontrar en la otra una disposición a creérselo que no se podía encontrar en ninguna otra persona. Realmente nada era más llamativo que el hecho de que era mucho mayor la necesidad que tenían ellas de cultivar esta leyenda ahora, después de haber logrado hacer pie y aplacar sus estómagos, que en otras épocas de meros sobresaltos. Ahora lo que con mayor frecuencia podían decirse la una a la otra era que sabían a qué se referían ambas; y esa sensación de que, en todos los sentidos, sabían que ambas lo sabían, había sido una especie de promesa de mantenerse unidas.

En la época actual la señora Jordan resultaba francamente deslumbrante cuando se ponía a hablar de la forma en que, mientras ejercía su hermoso arte, más que meter las narices, penetraba. No había una sola casa de las grandes —y por supuesto no era cuestión más que de ésas, de las de verdadero lujo— en la que, a la escala en que estas personas desplegaban su poder adquisitivo, ella no anduviera por todas partes. Ante tal cuadro la muchacha experimentaba el escalofrío de la menesterosidad más de lo que nunca lo había experimentado en la jaula; sabía, además, que eso era fácil de notar, porque la experiencia que ella había tenido de la pobreza se había iniciado bien temprano, y su ignorancia de los requisitos de las casas de verdadero lujo, al igual que de otros conocimientos, había dado como resultado una gran simplificación. Por eso al principio había pensado frecuentemente que en estas conversaciones lo único que a ella le cabía era fingir que entendía. Aun habiendo aprendido raudamente muchas cosas gracias a las oportunidades que le ofrecía la tienda de Cocker, su erudición presentaba todavía notorias lagunas: ella nunca habría sabido abrirse paso como la señora Jordan en una de las «casas». Poco a poco, sin embargo, había ido informándose, sobre todo al contemplar lo que la redención de la señora Jordan había hecho por esta mujer dándole, aunque los años y las luchas no habían hecho nada por alisar sus arrugas, un aire casi hiperdistinguido. Muchas de las mujeres que se pasaban por el local de Cocker eran muy agradables y sin embargo no causaban buena impresión; en cambio, la señora Jordan causaba buena impresión sin embargo de que, con sus dientes tan saltones, no tuviera nada de agradable. Habríase dicho, desconcertantemente, que en verdad aquello le venía de la grandeza de los ambientes en que se movía. Daba gusto oírla hablar tan a menudo de comidas para una veintena de personas y de que, como ella decía, hacía con éstas lo que le venía en

gana. Tal como hablaba, si a eso vamos, daba la impresión de ser ella quien invitaba a los asistentes:

—Ellos simplemente me *entregan* la mesa; el resto, todos los demás efectos, viene después.

7

—Entonces *¿de veras* se trata usted con ellos? —preguntó una vez más la muchacha.

La señora Jordan vaciló, y lo cierto era que aquel punto había quedado un tanto ambiguo.

—¿Quieres decir con los invitados? —inquirió.

Su joven amiga, por miedo a hacer una indebida exhibición de simpleza, no se mostró muy taxativa:

—Vaya, con los dueños de esos sitios.

—¿Con Lady Ventnor? ¿Con la señora Bubb? ¿Con Lord Rye? Claro que sí. Qué caramba, servidora les *agrada.*

—Pero ¿los *conoce* servidora personalmente? —insistió nuestra protagonista, ya que tal era su modo de hablar—. Quiero decir socialmente, ¿me entiende? Igual que me conoce *a mí.*

—¡Ellos no son tan simpáticos como tú! —exclamó encantadoramente la señora Jordan—. Pero cada vez los *veré* más.

Oh, ésa era la cantinela de siempre.

—Pero ¿dentro de poco?

—Caramba, cualquier día de éstos. Aunque —agregó honradamente la señora Jordan— la verdad es que casi siempre están fuera.

—Entonces ¿para qué quieren todas esas flores?

—¡Ah, eso carece totalmente de importancia! —La señora Jordan no se sentía filosófica; lo que sí se sentía era completamente decidida a que eso careciera totalmente de importancia—. Están interesadísimos en mis ideas, así que es inevitable que nos reunamos para hablar sobre ellas.

Su interlocutora era bastante pertinaz:

—Y ¿a qué se refiere usted con eso de sus ideas?

La respuesta de la señora Jordan estuvo muy inspirada:

—Si me vieras un día con un millar de tulipanes, enseguida te darías cuenta.

—¿Un millar? —La muchacha se quedó con la boca abierta ante el desvelamiento de semejante escala; se sintió, por un instante, francamente descabalada; a pesar de ello, insistió pesimista—: Bien, pero lo cierto es que nunca se reúnen con usted.

—¿Cómo que nunca? Lo hacen *frecuentemente,* y obviamente porque desean hacerlo. Tenemos grandes charlas.

En nuestra protagonista hubo algo que a pesar de todo logró disuadirla de pedir una descripción personal de aquellas apariciones; habría sido como desvelar que se moría de ganas por pedirla. Pero, mientras estaba considerándolo, una vez más miró de arriba a abajo a la viuda del sacerdote. La señora Jordan no podía remediar lo de sus dientes, pero las mangas que llevaba eran un claro indicio de que había ascendido de categoría. Un millar de tulipanes, a un chelín cada uno, daban bastante más de sí que un millar de

palabras a un penique cada una; y la prometida del señor Mudge, en quien siempre era muy aguda la conciencia de la lucha por la vida, comenzó a cavilar, fácilmente accesible a la envidia, si pensándolo bien no sería mejor asimismo para *ella* —mejor que lo que en este momento tenía— probar a seguir otra senda. Lo que en este momento tenía era un sitio donde el señor Buckton podía con toda libertad darle un codazo en el costado derecho, y el aliento del chico del mostrador —algo le pasaba en la nariz—, llegarle hasta el oído izquierdo. Trabajar para el Gobierno era ya algo, y de sobra sabía ella que había sitios mucho peores que la tienda de Cocker; pero tampoco se necesitaba mucho para recordarle la imagen de esclavitud y de promiscuidad que debía de ofrecer a ojos de quienes eran un poco más libres. Estaba tan encajonada con los muchachos, y disponía de tan escaso margen, que necesitaba más arte del que jamás podría llegar a tener para siquiera intentar, si se presentaba algún conocido —digamos la señora Jordan si apareciese por allí, como perfectamente podía suceder, para mandarle un cordial telegrama a la señora Bubb—, hablarle a éste con algún grado de elegante intimidad. Se acordaba del día en que, de hecho, por pura casualidad, la señora Jordan *había* aparecido por allí con cincuenta *y* tres palabras para Lord Rye y un billete de cinco libras que cambiar. Así había sido la dramática forma en que se había producido su reencuentro: el reconocerse mutuamente fue todo un acontecimiento. Al principio la muchacha sólo pudo verla de cintura para arriba, aparte no entender demasiado bien el largo telegrama a milord. Algún avatar muy extraño había convertido a la viuda del sacerdote en semejante ejemplar de la especie que sobrepasaba los seis peniques.

Nada de todo aquello, por muchas razones, había sido posible olvidarlo; y menos que nada la forma como, al levantar su recobrada amiga la cabeza después de contar, la señora Jordan le había soltado a bote pronto, a modo de explicación, a través de sus dientes y de los barrotes de la jaula: «Ahora me dedico a *disponer* flores, ¿sabes?» Nuestra protagonista, para contar, curvaba el dedo meñique[*], siempre hacía un movimiento pleno de gracejo; y no se le había olvidado el pequeño consuelo secreto, incluso habría podido decirse la acusada sensación de triunfo, que sintió en aquel momento y con la cual se cobró venganza de la incoherencia del telegrama, ininteligible enumeración de cifras, colores, días, horas. La correspondencia de la gente a la que no conocía era una cosa; pero la correspondencia de la gente a la que sí conocía presentaba para ella un perfil peculiar, incluso cuando no lograba inteligirla. La dicción que había usado la señora Jordan para definir su puesto y anunciar su profesión había sido como un tintineo de campánulas; pero las únicas nociones que la muchacha tenía de las flores era que se las ponían a la gente en los entierros, y el único rayito de luz que en ese momento pudo ver fue que a los lores difuntos probablemente les ponían más. Un minuto después, cuando observó, al otro lado de la jaula, el vaivén de las enaguas de su visitadora mientras ésta se marchaba, pudo verla de cintura para abajo; y cuando el chico del mostrador, después de consagrarle una simple ojeada masculina, comentó con inequívoca mala uva: «¡Qué linda mujer!», ella lo dejó helado al replicarle: «Es la viuda de un obispo.» Ella siempre tenía la sensación de que, con el chico del mostrador, resultaba imposible exagerar todo lo necesario; pues lo que ella quería expresarle era el máximo menosprecio, y en la naturaleza de ella ese elemento estaba encauzado de un modo asaz confuso. Decir «un obispo» *era* exagerar, pero es que los comentarios del chico del

[*] Por entonces era un ademán típico de quienes pretendían afectar una educación refinada y un estrecho trato con la aristocracia. (N. del T.)

mostrador eran sumamente groseros. La velada en que, posteriormente a aquello, la señora Jordan, en el decurso de la conversación, le estaba hablando de sus grandes charlas, por último la muchacha espetó:

—¿Podría *yo* tratarme con ellos? Quiero decir, *suponiendo* que lo abandonara todo para asociarme con usted.

Ante esto la señora Jordan se mostró sumamente traviesa:

—¡Yo te dejaría a todos los solteros! —Este comentario hizo que nuestra protagonista se acordara de que su amiga acostumbraba juzgarla guapa.

—¿Manejan flores los solteros?

—Montañas de ellas. Y son los más especiales. —Ah, era un mundo maravilloso—. Tendrías que ver las de Lord Rye.

—¿Sus flores?

—Sí, y sus cartas. Me escribe página tras página, y con unos dibujos y unos bocetos preciosos. ¡Tendrías que ver sus diagramas!

8

En el curso del tiempo la muchacha tuvo sobradas ocasiones de examinar dichos documentos, y se quedó un tanto desilusionada; pero entretanto siguieron ellas con su conversación, y enseguida, como si no estuviera muy claro que todo aquello pudiera garantizarle una vida elevada, la muchacha dijo:

—Bueno, en *mi* empleo yo ya puedo ver a todos los del gran mundo.

—¿A todos los del gran mundo?

—A montones de ellos. Acuden en manada. Como todos viven por allí cerca, usted sabe, aquello se llena de gente elegante, de lo mejorcito, todos los que aparecen en los periódicos (mamá todavía lee el *MorningPost)* y que vienen aquí a pasar la temporada.

La señora Jordan lo inteligió perfectamente:

—Sí, y me atrevería a decir que algunos de ellos son a quienes *yo* trato.

Su compañera asintió, pero introdujo una matización:

—¡Dudo que usted los «trate» tanto como yo! Todos sus asuntos, sus citas *y* componendas, sus líos y secretos *y* vicios... todas esas cosas desfilan delante mío. —Éste era un cuadro que podía turbar un poco a la viuda de un sacerdote; su intencionalidad, además, era servir como una especie de réplica a lo de los mil tulipanes.

—¿Sus vicios? Pero ¿es que tienen vicios?

Nuestra joven crítica se quedó mirándola con aún mayor fijeza; luego preguntó con cierto aire de superioridad dentro de su tono burlón:

—¿No estaba usted al tanto de *eso?* —Las casas de verdadero lujo, por consiguiente, no daban tanto de sí—. Pues *yo* me entero de todo —continuó.

La señora Jordan, que en el fondo era muy humilde, se mostró visiblemente derrotada:

—Ya veo. Tú eres quien los «conoce» realmente.

—¡Oh, pero para mí eso no tiene gran trascendencia! ¡Para lo mucho que me sirve!

Tras un instante, la señora Jordan recuperó la supremacía:

—Sí, no es que sirva para mucho. —Las iniciaciones de ella sí que servían. Aun así, pensándolo bien, y no es que ella sintiera ninguna envidia—: Pero debe de tener su

encanto.

—¿El verlos? —Ante esto la muchacha se disparó súbitamente—: ¡Los odio: ése es todo el encanto que tiene la cuestión!

La señora Jordan volvió a quedarse pasmada:

—¿A los «elegantes» *genuinos?*

—¿Es eso lo que a usted le parece la señora Bubb? Sí, ya veo. Ya me conozco yo a la señora Bubb. Creo que allí nunca ha ido ella misma en persona, pero su doncella se ha presentado para enviar varias comunicaciones. ¡Y hay que ver, querida...! —Y la joven empleada de la tienda de Cocker, al recordar dichas comunicaciones y las impresiones que le produjeran, instantáneamente dio la impresión de tener mucho que decir. Pero no lo dijo: supo contenerse; su solo comentario fue—: ¡Su doncella, un ser horrible, sí debe de conocerla bien! —Luego ahondó con desdén—: ¡Ellos son *excesivamente* de carne *y* hueso! Son unas bestias egoístas.

La señora Jordan, tras darle vueltas, decidió finalmente adoptar la táctica de tomárselo a broma. Quiso ser magnánima:

—Sí, desde luego, no cabe duda de que hacen alarde de ello.

—Me irritan mortalmente —insistió su compañera con apenas mayor temperancia. Pero esto era ya ir demasiado lejos.

—¡Ah, eso es porque tú no sientes ninguna compasión!

La muchacha soltó una carcajada sarcástica, y se limitó a responder que su interlocutora tampoco la sentiría si tuviera que pasarse todo el santo día contando todas las palabras que hay en el diccionario; aserto con el cual la señora Jordan se manifestó totalmente de acuerdo, tanto más cuanto que temblaba sólo de imaginarse que alguna vez pudiera fallarle el mismísimo don al cual ella debía la boga —casi podría decirse el furor— en que ella se encontraba envuelta. Sin compasión —o sin empatía, porque todo venía a ser lo mismo—, ¿cómo podría ella arreglárselas competentemente en el asunto de las grandes comidas? Lo grave no eran las colocaciones de las flores, que se resolvían con bastante facilidad; lo grave era la inenarrable simplicidad de que hacían gala sus clientes, sobre todo los solteros, y Lord Rye acaso más que ninguno: las cosas que soltaban de repente, con la misma naturalidad con que exhalaban el humo del cigarrillo. De cualquier manera la prometida del señor Mudge aceptó aquella justificación, la cual produjo el efecto que últimamente casi todas sus conversaciones acostumbraban producir: a saber, el de traerle a la memoria el terrible tema de su novio. Ella deseaba con toda el alma sacarle a la señora Jordan lo que se hallaba segura de que la señora Jordan estaba, sobre dicho asunto, guardando en la cabeza; y quería sacárselo, por misterioso que semeje, aunque sólo fuese para darse el gusto de ventilar alguna irritación ante ello. Sabía que lo que su amiga ya se habría aventurado a decir, de no ser tan tímida y retorcida, habría sido: «Abandona al señor Mudge, sí, abandónalo; ya verás cómo, con tus grandes cualidades, puedes hacer una boda mucho mejor.»

Nuestra protagonista tenía la impresión de que tan sólo con que por fin aquella idea fuese formulada ante ella con un marcado desdén hacia el pobre señor Mudge, lograría odiarla tanto como era su deber moral hacerlo. Era consciente de que, por ahora, no la odiaba hasta ese punto. Pero advertía que la señora Jordan también era consciente de alguna cosa, y que tan sólo estaba aguardando a llegar a tener poco a poco alguna especie de seguridad. Llegó un día en que la muchacha columbró qué era lo que le faltaba a su amiga para sentirse por fin fuerte: era nada menos que la ilusión de poder anunciar la

culminación de algunos de sus sueños. La señora en tratos con la aristocracia tenía sus cálculos íntimos, que meditaba con todo detenimiento en la intimidad de su solitario hogar. Si se dedicaba a disponer las flores de los solteros, en definitiva, ¿no era acaso porque esperaba que ello tuviere unas consecuencias muy distintas de las que había sugerido, refiriéndose a la permanencia en la tienda de Cocker, al decir que ello no servía para nada? En verdad, esta combinación de flores y solteros parecía muy promisoria, pero, interrogada con seriedad, la señora Jordan no estaba en condiciones de decir que esperaba que pudiese resultar de ella una proposición matrimonial por parte de Lord Rye. Nuestra protagonista acabó formándose, pese a ello, una visión nítida de lo que la señora Jordan estaba guardando en la cabeza. Era su vívida sensación de que la prometida del señor Mudge, a menos que ella tuviera la suerte de ganársela por anticipado enmendando su destino nupcial, iba a llegar casi a odiarla el día en que ella le espetara una cierta noticia. Si no, ¿cómo iba a poder soportar esa desgraciada que la informaran del cumplimiento de lo que, bajo el patrocinio de Lady Ventnor, era pensándolo bien muy posible?

9

Mientras tanto, y dado que en algunos casos la irritación le servía de alivio, la prometida del señor Mudge obtenía directamente de este admirador suyo una cantidad de ella comparable a la fidelidad que ella le guardaba. Los domingos siempre salía a pasear con él, generalmente por Regent's Park, y con cierta asiduidad, una o dos veces al mes, él la llevaba a ver, en el Strand o aledaños, alguna obra de teatro que estuviera teniendo aceptación. Las obras que a él más le gustaban eran las de verdadera calidad: Shakespeare, Thompson o alguna cosa norteamericana que fuera divertida; y, como quiera que ella detestaba también las comedias chabacanas, eso le daba a él pie para abrigar constantemente una de sus ideas favoritas: la teoría de que, por una merced del cielo, los gustos de ambos eran exactamente iguales. El se pasaba la vida recordándoselo, congratulándose de ello, y mostrándose cariñoso y epigramático al respecto. Había momentos en que ella se maravillaba de conseguir aguantarlo, de ser capaz de aguantar a un hombre tan pagado de sí mismo que no se daba cuenta de la inmensa disimilitud existente entre ellos dos. Si por algo podía ella gustarle a alguien, quería que fuese precisamente por dicha diferencia, y si tal no era la causa del enamoramiento del señor Mudge, ella no comprendía entonces cuál *podía* ser ésta. No es que ella fuera diferente en un solo aspecto, es que era diferente en todos... como no fuera tal vez en el hecho de ser más o menos humana, cosa que le costaba trabajo reconocer que él fuera también. Respecto de otros casos ella habría podido hacer unas concesiones considerables; no había límites, por ejemplo, para las que habría estado dispuesta a hacer respecto del capitán Everard; pero lo que ya he consignado era lo más que ella podía llegar a conceder respecto del señor Mudge. Eso de que *él* fuera distinto era, por un extraño antojo, lo que a ella le gustaba no menos que lo que deploraba en él; y, pensándolo bien, ello era una prueba de que la disparidad, si él hubiese querido reconocerla francamente, tampoco tenía por qué ser algo necesariamente ominoso. Ella tenía la impresión de que, por untuoso que él fiera—demasiado untuoso—, había en él algo de relativamente primitivo: una vez, cuando él aún trabajaba en la tienda de Cocker, ella lo había visto agarrar por el pescuezo

a un soldado borracho, hombre alto y violento, que había entrado acompañando a un amigo que venía a cobrar un giro y que, antes de que el amigo pudiera cogerlo, le había echado mano al dinero provocando con ello inmediatas represalias que, entre los jamones y los quesos y los inquilinos de Thrupp's, habían sido causa de gran escándalo y consternación. El señor Buckton y el chico del mostrador se habían acurrucado en la jaula, mas el señor Mudge, con paso tranquilo pero inexorable, había salido del mostrador, se había interpuesto victoriosamente en la refriega, y había separado a los contendientes y sacudido al culpable. En aquel momento ella se había sentido orgullosa de él y se había dado cuenta de que, de no haber estado ya decidido el asunto de ambos, tamaña limpieza de ejecución la habría dejado sin resistencia.

El asunto de ambos ya había quedado decidido gracias a otras cosas: a la evidente sinceridad del amor de él y a la sensación de que su delantal blanco parecía una fachada de muchos pisos. Una cosa de la que ella se había persuadido era de que él era capaz de levantar un negocio hasta la barbilla, la cual él acostumbraba llevar siempre bien alta. Era sólo cuestión de tiempo: él acabaría por tener a todo Piccadilly metido en el lápiz que llevaba montado en la oreja. Aquello resultaba en sí mismo un mérito al sentir de una muchacha que había tenido que pasar por lo que ella había tenido que pasar. Había momentos en que a él ella lo encontraba incluso bien parecido, pero, hablando con franqueza, lo que ella no lograría jamás, por mucho que se esforzase, sería la proeza de discurrir a qué milagroso tratamiento habrían de someterlo el barbero o el sastre para conseguir que se asemejase siquiera remotamente a un caballero. Hasta su apostura era la apostura de un tendero, y, por muy favorable que se presentare el futuro, éste nunca podría ofrecer suficiente amplitud para remediar aquel punto. Ella se había comprometido, en resumen, con el epítome de una tipología, y es que un epítome de fuera lo que fuese representaba mucho para una persona que apenas si había logrado escapar con vida de sus pasadas penurias. Mas ahora eso estaba contribuyendo poderosamente a perpetuar de manera inamovible las dos líneas paralelas constituidas por las relaciones de ella dentro de la jaula y fuera de ésta. Tras haber guardado silencio sobre este inconveniente durante cierto tiempo, de repente —un tarde dominical cuando estaban sentados en sillas de a penique en Regent's Park— ella le dio a entender a su novio, de una forma caprichosa y desconcertante, lo que ello suponía. Naturalmente él insistió una y otra vez en que ella aceptase un empleo en cierto establecimiento donde él volvería a poder verla a todas horas; y ella, para admitir que hasta el momento no le había ofrecido ninguna razón de peso para demorarse en hacerlo, no tuvo necesidad de oírlo decir que él no podía comprender lo que ella se proponía. ¡Como si, con las absurdas razones de pacotilla que tenía, hubiese ella misma podido saberlo! A veces ella pensaba que resultaría divertido exponérselas a bocajarro a su novio, pues ella comprendía que acabaría por hastiarse de él a menos que tuviese oportunidad de dejarlo perplejo de vez en cuando; y otras pensaba que tal cosa resultaría repugnante y tal vez hasta fatídica. No obstante, lo que sí le gustaba era que él la creyese tonta, pues a ella eso le daría un margen que, aun en el mejor de los casos, siempre necesitaría; y la única dificultad estribaba en que él no disponía de suficiente imaginación para complacerla a ese respecto. A pesar de todo, el efecto ambicionado se conseguía en cierta medida con sólo continuar sin decirle por qué, en lo relativo a la cuestión del aproximador traslado, ella no quería someterse a sus argumentos. Hasta que por último, como con tranquilo desapego y por puro aburrimiento en

un día en que él se estaba mostrando bastante soso, excéntricamente ella sacó a la luz sus propios contraargumentos:

—Vamos a ver, escucha un instante. Donde ahora estoy, al menos puedo ver cosas. ––Y luego pasó a explayarse sobre el particular haciendo declaraciones todavía peores, si ello es factible, que las que le había hecho a la señora Jordan.

Poco a poco, y para su asombro, ella vio que él estaba tratando de tomárselo tal como ella se lo proponía, y que no se sentía ni atónito ni enojado. ¡Oh, el epítome del comerciante británico!: a ella eso le dio idea de las dotes de que él disponía. El señor Mudge sólo era capaz de enojarse con personas que, como el soldado borracho en la tienda, podían tener una repercusión desfavorable sobre el negocio. Resueltamente pareció ir comprendiendo, por ahora y sin la más mínima sombra de ironía ni el menor murmullo de hilaridad, los fantásticos motivos de ella para gozar con los parroquianos de Cocker, e instantáneamente semejó ponerse a calcular, como había dicho la señora Jordan, para qué podría servir ello. La idea que él tuvo, por supuesto, no fue la que había tenido la señora Jordan: obviamente no se paró a especular que su novia pudiese pescar otro marido. Ella se apercibió con plenitud de que ni por un momento él supuso siquiera que esto pudiera ser con lo que ella soñara. Lo que él hizo fue simplemente darle a su propia fantasía otro empujón más en dirección al empíreo emporio del comercio. Su fantasía estaba siempre alerta en dicha dirección, y ella lo había dejado olfatear el seductor husmillo de una posible «clientela». Esto es lo más que fue él capaz de ver en cualquier imagen de ella relacionada con la gente distinguida; y cuando, al llegar hasta el fondo del asunto, sin pérdida de tiempo ella lo hizo saber con qué ojos miraba ella a dicha gente y le dio una abocetada idea de lo que tales ojos descubrían, lo dejó sumido en esa peculiar perplejidad en la cual él todavía podía resultarle divertido.

10

—Son de lo más despreciable que pueda haber, te lo aseguro, todos los que por allí se presentan.

—Entonces ¿por qué quieres seguir estando en contacto con ellos?

—Amigo mío, pues precisamente porque lo *son.* Así puedo odiarlos a gusto.

—¿Odiarlos? Creía que te agradaban.

—No seas tonto. Lo que me «agrada» es precisamente aborrecerlos. No puedes ni imaginarte las cosas que desfilan ante mi mirada.

—Y ¿por qué no me lo has dicho nunca? Jamás me hablaste para nada acerca de ello antes de mi traslado.

—Oh, es que por entonces yo aún no me había zambullido en el asunto. Es una de esas cosas que al principio una no se cree; una va viéndolas cada vez más claro. Se empapa de ellas progresivamente. Además —ahondó la muchacha—, en esta época del año es cuando vienen los peores de entre ellos. Las calles elegantes se ponen lisa y llanamente atestadas de ellos. ¡Para que luego hablen de la cantidad de pobres que hay! ¡Lo que *yo* puedo testimoniar es la cantidad de ricos que hay! Todos los días sale uno nuevo, y se diría que son cada vez más ricos. ¡Oh, vaya si salen! —exclamó ella en una imitación, hecha para su propio regocijo (estaba segura de que el señor Mudge no la identificaría), del gangoso modo de hablar del chico del mostrador.

—Y ¿de dónde salen? —preguntó con toda buena fe su compañero.

Ella tuvo que pensárselo un instante; finalmente encontró algo que decir:

—De las «reuniones de primavera». Se apuesta una barbaridad de dinero.

—Pues, si no es más que eso, en Chalk Farm también se apuesta bastante.

—Pero es que *sí* es más que eso. ¡Eso constituye sólo una millonésima parte! —replicó ella con cierta brusquedad—. Es divertidísimo. —Ella tenía ganas de atormentarlo, y enseguida repitió lo que había oído decir a la señora Jordan, y lo que a veces las mismas señoras que se pasaban por la tienda de Cocker ponían en sus telegramas—: «Es demasiado horrible.» —Ella comprendió perfectamente que la corrección de señor Mudge, que era extrema —él tenía horror a la ordinariez y asistía a los oficios de una capilla metodista—, era lo que le prohibía pedir más detalles. Pero, no obstante, ella le ofreció algunos de los más inocuos y, sobre todo, lo hizo ver que cuantos vivían en Simpkin's y en Ladle's se dedicaban a lanzar al vuelo el dinero. Lo cierto es que aquello era lo que a él le gustaba oír: no era que hubiese una relación directa, pero de alguna forma uno siempre estaba más en su puesto en un sitio donde el dinero volaba que en otro donde se limitaba a anidar, y no precisamente en abundancia. En Chalk Farm, había de reconocer él, el dinero sazonaba mucho menos el ambiente que en el distrito por donde tan excéntricamente le gustaba estar a su amada. Como pudo advertir ella, todo eso produjo en él la hormigueante sensación de que posiblemente se trataba de familiaridades que no era sensato sacrificar: simientes, posibilidades, imprecisos vaticinios —sabía Dios qué— de los pasos preliminares que sería ventajoso ya haber dado cuando, andando el tiempo, él pudiera abrir su propia tienda en semejante paraíso. Lo que a él realmente lo emocionaba —fue discernible con neta claridad— era que ella pudiera ofrecerle una imagen tan vívida y sugestiva, pudiera ponerle delante, como si lo abanicara, el vuelo rápido de los billetes y la bendición que suponía la existencia de una clase social que la Providencia había puesto en el mundo para dicha de los tenderos. A él le gustaba saber que esa clase estaba allí, que se conservaba intacta, y que su amada contribuía, modesta pero apreciablemente, a mantenerla a esa altura. Él no habría sabido exponer competentemente su teoría sobre la cuestión, mas la exuberancia de la aristocracia era la salvación del comercio, y todas esas cosas estaban entretejidas en una trama tan rica que era todo un placer pasarle las yemas de los dedos por encima. Era para él un consuelo recibir así la garantía de que no había síntomas de decaimiento. ¿Qué hacía el tictic, como ella lo denominaba, manejado con pericia, sino mantener la bola rodando?

La conclusión que, por consiguiente, extrajo el señor Mudge fue la de que, pensándolo bien, todos los gozos están concatenados y, cuanto más tiene la gente, más desea tener. Podía decirse sucintamente que, cuantos más flirteos, más queso y escabeches. Incluso había descubierto ciertos indicios de que existía una interrelación entre el amor tierno y el champaña barato. Lo que le habría gustado decir, de haber sabido formular competentemente lo que sentía, era: «Entiendo, entiendo. Azúzalos pues, anímalos a continuar, no los dejes pararse: algo de todo ello, algún día, tendrá que llegar hasta *nuestras* manos.» Mas lo inquietó la sospecha de que en su compañera había algunas sutilezas que enturbiaban el asunto. No podía comprender que alguien odiase lo que le agradaba, o que a alguien le agradase lo que odiaba; y sobre todo le dolió —pues se daba la circunstancia de que él tenía sus puntos delicados— ser consciente de que lo *único* que uno debía sacar de los superiores a uno era dinero. Sentir curiosidad respecto de la gente distinguida era una cosa que estaba más mal que bien; lo único que estaba

realmente bien era medrar a su costa. ¿No era precisamente porque estaban arriba por lo que eran remuneradores? En cualquier caso, él concluyó por decirle a su joven amiga:

—Si no es edificante que sigas en Cocker's, ahí tienes justamente una razón adicional para trasladarte como ya te he dicho.

—¿Cómo que si no es edificante? —La sonrisa de ella se transformó en una prolongada mirada de arriba a abajo—. ¡Hijo mío, verdaderamente no hay dos como tú!

—Seguramente no —repuso él riendo—, pero tal hecho no zanja la cuestion.

—Mira —respondió ella—, no puedo abandonar a mis amigos. Estoy haciendo aún más que la señora Jordan.

El señor Mudge se lo pensó con detenimiento:

—¿Cuánto está haciendo *ella?*

—¡Ah, qué burrito eres! —Y, a pesar de todo Regent's Park, le dio unos cachetitos en la cara. Era en momentos como ése cuando ella sentía poderosamente la tentación de contarle que lo que le agradaba era seguir en las cercanías de Park Chambers. La atraía la idea de comprobar si, cuando ella mentase al capitán Everard, él haría o no lo que ella preveía que haría: si no contrapondría a esa clara desventaja las aún más claras ventajas. Dichas ventajas, por supuesto, aun en el mejor de los casos, tenían que parecerle más bien improbables; pero siempre era bueno preservar *cualquier cosa* que se hubiese conseguido, y tal actitud, a fin de cuentas, supondría asimismo un homenaje a la fidelidad de ella. Había una cosa de la que ella estaba absolutamente segura: ¡el señor Mudge confiaba en ella a pies juntillas! También ella confiaba en sí misma, si a eso vamos: si había algo en el mundo de lo que nadie podía acusarla, era de ser una de esas muchachas descaradas de los bares que se dedican a lavar los vasos y contestan en el mismo tono a todo cuanto les digan. Pero ella no deseaba contarle aquello al señor Mudge todavía; no se lo había contado ni tan siquiera a la señora Jordan, y ese silencio de que sus labios habían rodeado el nombre del capitán, se mantenía como una especie de emblema del éxito que, hasta el momento, había acompañado de una u otra forma —ella no habría sabido decir de cuállo que ella se complacía en llamar, aunque nunca delante de los demás, sus relaciones con el capitán.

11

En realidad ella habría estado dispuesta a reconocer que tales relaciones consistían en poco más que en que las ausencias de él, por frecuentes y largas que fueran, siempre concluían con su infalible reaparición. A nadie podían importarle si para ella eso era ya suficiente; lo que había hecho que para ella eso fuera ya suficiente habían sido los extraordinarios conocimientos que sobre los pormenores de la vida del capitán la memoria y la atención habían acabado por procurarle. Llegó un día en que tales conocimientos semejaron, cuando se encontraban las miradas de ambos, disfrutar de un reconocimiento tácito por la otra parte, reconocimiento que era en cierto modo una broma y en cierto modo algo muy serio. Ahora él le daba a ella siempre los buenos días; y a menudo llegaba a hacer un ademán de quitarse el sombrero. Hacía un comentario cuando había tiempo y ocasión, y una vez ella fue tan intrépida como para decirle que hacía «eternidades» que no lo veía. «Eternidades» fue la palabra que ella empleó de forma consciente y con todo cuidado, aunque con una pizca de trepidación: «eternidades» era

Librodot

exactamente lo que quería decir. Él contestó en términos sin duda no tan angustiosamente escogidos, pero no por ello menos singulares:

—¡Oh sí, cuánto ha debido de aburrirse usted!

Esto constituía un ejemplo de su toma y daca; a ella le servía para imaginarse que una relación tan espiritual y quintaesenciada no se había establecido jamás en este mundo. Todo, mientras ellos determinaran considerarlo así, podía significar prácticamente cualquier cosa. La falta de margen que ella tenía dentro de la jaula, cuando él atisbaba a través de los barrotes, enteramente dejó de ser apreciable. Eso sólo habría sido inconveniente en el caso de una relación superficial. Con el capitán Everard, disponía del universo entero. Puede imaginarse, por consiguiente, la libertad de movimientos que, en tal inmensidad, podía tener cualquier alusión muda a lo que ella sabía sobre él. Cada vez que él le entregaba un telegrama, lo que hacía era añadir algo a los conocimientos que ella tenía: ¿qué era lo que quería indicar la constante sonrisa de él si no quería indicar eso mismo? El nunca entraba allí sin transmitirle a ella alguna cosa de este tenor: «Oh sí, a estas alturas me tienes hasta tal punto en tus manos que ya no importa nada de lo que te entregue ahora. ¡Te has convertido en todo un alivio, te lo aseguro!»

Sólo había dos cosas que a ella la atormentaban: la primera era no poder, siquiera alguna que otra vez, hablar con él sobre algo personal. La muchacha habría dado lo que fuese por poder aludir a una de las amigas de él por su nombre, a una de sus citas por la fecha y a una de sus dificultades por la solución. Y habría dado casi otro tanto sólo por tener una buena ocasión —habría de ser una ocasión inmejorable— de demostrarle a él de alguna forma, brusca y dulce, que comprendía perfectamente la mayor de esas dificultades y que ahora vivía con ella en una especie de heroísmo de empatía. Él estaba enamorado de una mujer respecto de quien, y respecto de cualquier aspecto de la cual, una telegrafista, y especialmente una telegrafista que vivía eternamente entre jamones y quesos, era como el serrín del suelo; así que con lo que ella soñaba era con la posibilidad de que de alguna forma él comprendiera que su interés hacia él podía hacerse una idea pura y noble de semejante enamoramiento y aun de semejante indecencia. De momento, empero, ella debía conformarse con la esperanza de que la suerte, tarde o temprano, le depararía la ocasión de espetarle a él algo que pudiera sorprenderlo e incluso quizá, un memorable día, ayudarlo. ¿Qué se propondría la gente —la gente que se las daba de sarcástica— al no caer en la cuenta de todo el partido que podía sacársele a la cuestión del estado del tiempo? *Ella* había caído en la cuenta de todo ese partido, y literalmente semejaba caer en la cuenta más que nunca cuando lo hacía todo al revés y hablaba en un día sofocante sobre el frío que hacía y sobre el sofoco que tenía en un día en que hacía frío, con lo cual ponía en evidencia lo mal informada que se encontraba, dentro de su jaula, acerca de si el estado del tiempo era bueno o malo. Como la atmósfera en la tienda de Cocker, si a eso vamos, era siempre sofocante, por último ella llegó a la conclusión de que lo mejor era considerar que la del exterior era «variable». Todo parecía verdad mientras él manifestara su asenso tan esplendentemente.

De hecho, lo anterior no constituye más que un pequeño ejemplo de los insidiosos caminos que ella acostumbraba seguir para facilitarle a él las cosas, caminos a los que, por descontado, no podía estar nada segura de que realmente él hiciera justicia. La justicia no era un elemento de este mundo: ella no había tenido más remedio que comprobarlo demasiadas veces; sin embargo, extrañamente, la felicidad sí que lo era, y ella debía tenderle sus propias trampas de una manera tal que pasaran inadvertidas para el

señor Buckton y el chico del mostrador. Lo más que ella podía esperar, aparte la cuestión, que constantemente despuntaba y se extinguía, de esa celestial posibilidad de agradarle de veras, sería que él, sin pararse a reflexionarlo, llegara a albergar la imprecisa sensación de que el local de Cocker era... vaya, un lugar atractivo: más cómodo, más tranquilo, espiritualmente más acogedor, ligeramente más pintoresco, globalmente más propicio en resumen para sus asuntillos que cualquier otro local de las inmediaciones. Ella sabía de sobra que no era factible, en un sitio en el que estaban tan apelotonados, ser asombrosamente rápidos; pero no le importaba esa lentitud, desde luego podía tolerarla si él la toleraba. Su gran preocupación era que, en aquella precisa zona, las oficinas de correos de los alrededores eran fastidiosamente abundantes. Ella se pasaba la vida imaginándoselo en otros locales y con otras muchachas. Pero estaba dispuesta a desafiar a cualquiera de ellas a seguirle a él la pista como ella se la seguía. Y, aunque existiesen tantas causas para no ser rápidos en Cocker's, ella podía darse prisa para él cuando, mediante un indicio tan tenue como el aire, comprendía que él la tenía.

Cuando, aún más venturosamente, era imposible darse prisa, se debía a lo más grato de todo, ese curioso ingrediente de la relación entre ellos dos —ella habría dicho de la amistad entre ellos dos— que consistía en el aspecto casi cómico que presentaba el trazo de algunas de las palabras de él. Acaso ellos dos nunca habrían llegado a ser ni la mitad de buenos amigos si él, por pura merced del cielo, no hubiese tenido una forma tan rara de escribir algunas de sus letras. Difícilmente dicha rareza habría podido ser mayor de haberlo hecho él adrede para que con tal pretexto sus cabezas tuvieran que aproximarse cuanto era posible que se aproximasen estando a distintos lados de una jaula. A decir verdad ella no había necesitado más que una o dos veces para familiarizarse bien con esos trazos; pero, a costa de parecerle quizá un poco tonta, todavía podía aprovecharse de éstos cuando las circunstancias eran favorables. La circunstancia más favorable era que a veces ella estaba cabalmente convencida de que él sabía que ella sólo estaba fingiendo no entender. Si él lo sabía, era que lo toleraba; si lo toleraba, volvería; y si volvía, era que ella le agradaba. Esto era para ella el séptimo cielo; y no es que pidiera mucho de la afición de él hacia ella: todo lo que pedía era que fuese suficiente para que él no se marchase a otro sitio a causa de la afición de ella hacia él. A veces él tenía que estar fuera durante varias semanas, tenía que hacer su vida; tenía que viajar: había sitios a los que estaba telegrafiando constantemente para pedir «habitaciones»; todo esto ella se lo concedía, se lo perdonaba de buena gana; a decir verdad, en última instancia, lo bendecía por ello y se lo agradecía de todo corazón. Si él tenía que vivir su vida, era eso precisamente lo que propiciaba que tuviera que vivirla por telégrafo hasta tal punto; por lo tanto, la bienaventuranza venía cuando él pudiese venir. Eso era cuanto ella pedía: que él no la privara por entero de su presencia.

A veces ella casi tenía la impresión de que él no habría podido hacerlo, ni aunque se lo hubiese propuesto, debido a la red de descubrimientos que había ido tejiéndose entre ellos dos. Literalmente ella se estremecía al pensar en lo que habría podido hacer una muchacha perversa con tanto material a su disposición. Sería una escena mucho mejor que las de muchas de sus novelas de medio penique eso de ir a buscarlo por la noche a Park Chambers y espetárselo al fin: «Sé ya tanto acerca de cierta persona que no puedo menos que decirle (y dispense que le hable con tanta crudeza) que le merecería la pena comprarme. ¡Hale, cómpreme!» Cierto es que había un punto en que estas fantasías se desvanecían como tantas otras veces, el punto en que aparecía la renuente disposición de

Librodot

ella a designar, llegado el caso, el medio de comprarla. No podía ser, desde luego, algo tan chabacano como el dinero, y por consiguiente el asunto quedaba bastante impreciso, tanto más cuanto que *ella* no era una muchacha perversa. No era por alguno de esos motivos que irritaban a las muchachas descaradas por lo que a menudo ella deseaba que él volviera a traerse consigo a Cissy. Jamás se le pasaba por alto, no obstante, que ello resultaba muy difícil, pues la clase de comunicación que con tanta generosidad la tienda de Cocker ponía a disposición de él descansaba sobre el hecho de que Cissy y él estuvieran tan a menudo en sitios diferentes. A estas alturas ella se los sabía ya todos —Suchbury, Monkhouse, Whiteroy, Finches—, e incluso de quiénes estaban formados, en tales ocasiones, los grupos; pero habilidosamente lograba que todo lo que sabía les sirviera, como había oído decir a la señora Jordan, para mantenerse en contacto satisfactoria y regularmente. Conque, cuando en ocasiones él verdaderamente sonreía como si no dejase de comprender que era ya un poco excesivo eso de estar dando una y otra vez las mismas señas, ella se volcaba con el deseo —que no podía menos que traslucirse en su semblante— de que él reconociese que el abstenerse de criticar era uno de los más delicados y heroicos sacrificios que una mujer haya podido nunca hacer por amor.

12

Ocasionalmente ella tenía, así y todo, la contristada impresión de que tales sacrificios, por grandes que fueran, no eran nada comparados con los que a él lo obligaba su propio amor... si es que en realidad no era el amor de su cómplice el que lo había atrapado y estaba haciéndolo girar como una hercúlea rueda de vapor. En todo caso él estaba a la absoluta merced de un destino vertiginoso, espléndido: el viento loco que soplaba en su vida lo empujaba directamente hacia él. ¿Acaso no descubría ella en su rostro, de vez en cuando, a través incluso de su sonrisa y su aire feliz, el brillo de esa mirada lívida con que una víctima aturdida busca una mirada compasiva al pasar? A lo mejor él mismo no sabía lo aterrado que estaba; pero *ella* sí. Ellos estaban en peligro, el capitán Everard y Lady Bradeen estaban en peligro: era mucho más emocionante que cualquier novela. Ella pensaba en el señor Mudge y su sereno amor; luego pensaba en sí misma y se abochornaba aún más de su comedida receptividad ante éste. En tales momentos era para ella un consuelo pensar que, en otras relaciones —unas relaciones que ofrecieran esa afinidad con su propia naturaleza que el señor Mudge, ilusa criatura, nunca podría ofrecer—, ella no se habría mostrado más comedida que milady. En dos o tres ocasiones había profundizado hasta llegar a sentirse casi segura de que, si se atreviese, el amante de milady habría experimentado cierto alivio pudiendo «conversar» con ella. Una o dos veces se había imaginado que, lanzado como iba hacia su perdición mientras el aire zumbaba en sus oídos, él había sentido que eran los ojos de ella los únicos entre la multitud que lo miraban con compasión. Pero ¿cómo iba él a poder conversar con ella mientras ella estuviera allí emparedada entre el telégrafo y el chico del mostrador?

Hacía ya mucho tiempo que, en sus trayectos de ida y de vuelta, ella se había acercado hasta Park Chambers para estudiar el sitio y, al contemplar su lujosa fachada, había pensado que *ése* sí que sería el lugar ideal para la conversación ideal. No había en todo Londres otra imagen que, antes de que terminara la temporada, estuviera más

presente en su cabeza. La muchacha había de dar un rodeo en su itinerario para pasar por allí, pues no la cogía de camino; andaba por el lado contrario de la calle y siempre observaba las ventanas, aunque tardó bastante tiempo en averiguar cuáles eran las que le pertenecían a él. Lo averiguó por fin gracias a un acto de audacia que, en su momento, hizo que casi se le detuviera el corazón y que, cuando lo recordaba, todavía la hacía ponerse colorada. Una noche, ya tarde, se quedó por allí y aguardó, aguardó a que el portero, que estaba uniformado y muchas veces en las escaleras del portal, se metiese acompañando a un visitante. Entonces ella se decidió a entrar también, con la esperanza de que el portero hubiera tenido que llevar al visitante arriba y el portal hubiese quedado franco. El portal *había* quedado franco, y la luz eléctrica iluminaba la placa dorada en la que figuraban los nombres y números de los ocupantes de los diversos pisos. Raudamente ella dio con el que quería ver: el capitán Everard vivía en el tercero. Fue como si, por la inmensa intimidad que ello suponía, ambos estuvieran, por un instante y por vez primera, cara a cara fuera de la jaula. ¡Ay!, sólo estuvieron cara a cara uno o dos segundos: ella salió corriendo de allí impulsada por las alas de su terror pánico a que él pudiera entrar o salir en cualquier momento. A decir verdad, en sus descarados rodeos, ese terror no había estado nunca lejos de ella, pero de modo harto curioso se mezclaba con toda suerte de desalientos y desengaños. Era espantoso, cuando se hallaba allí temblando, exponerse a dar la impresión de que lo perseguía desvergonzadamente; pero era idénticamente espantoso verse obligada a no pasar por allí más que cuando estaba segura de no encontrárselo.

A la impía hora en que diariamente ella entraba en la tienda de Cocker, él estaba siempre —era de suponerse— en la cama durmiendo como una marmota; y a la hora en que por fin ella se marchaba, él debía de estar —ella se lo sabía todo al dedillo— vistiéndose para la cena. Podemos aventurar que si ella no se decidía a prolongar la ronda hasta que él estuviese vestido, sencillamente se debía a que, para una persona como él, semejante proceso no podía menos que ser larguísimo. Cuando a mediodía era ella quien se iba a comer, disponía de tan poco tiempo que no podía dar ningún rodeo, aunque asimismo hay que agregar que, de haber tenido la certidumbre de verlo, gustosamente ella habría prescindido del almuerzo. Ella había llegado a la conclusión de que en términos generales ningún pretexto decente podría justificar que fuera a parar allí casualmente a las tres de la madrugada. Tal era la hora a que, si todas las novelas de medio penique no estaban equivocadas, debía de regresar él a casa. Por consiguiente ella se veía restringida a meramente imaginarse ese milagroso encuentro contra el cual conspiraba un centenar de imposibilidades. Mas, aunque nada fuese más imposible que el hecho en sí, nada era más intenso que las imágenes que ella se forjaba de éste. ¿Qué es lo que no puede ocurrir, podemos únicamente moralizar nosotros, en la avivada percepción embozada de una muchacha que tenga un tipo peculiar de espíritu? Toda la innata distinción de nuestra joven amiga, todo el refinamiento de su personal constitución, de su casta, de su orgullo, buscaban un pretexto en la lacónica reflexión palpitante que de inmediato consignaremos; pues cuando ella mejor comprendía lo despreciable de su inanidad y lo lastimosos que eran sus pequeños manejos y componendas, infaliblemente el consuelo y la redención volvían a brillar ante ella por medio de alguna señal apenas visible. ¡Él la apreciaba!

13

Él nunca volvió a traerse consigo a Cissy, pero un día Cissy se presentó sin él, tan recién salida de las manos de Marguerite como antaño, o quizá una pizca menos por ser ya final de temporada. Lo que Cissy estaba, empero, era visiblemente menos tranquila. No había traído nada preparado, y estaba buscando con cierta impaciencia las hojas y un sitio sobre el que escribir. El que ofrecía la tienda de Cocker era humilde *y* a duras penas idóneo, *y* la musical voz de ella tuvo una ligera nota de disgusto que nunca había mostrado la de su amante cuando recibió con un «¿Aquí?» de sorpresa el gesto que le hizo el chico del mostrador en respuesta a su imperioso requerimiento. Nuestra joven amiga estaba ocupada con otra media docena de personas, pero con su gran eficiencia laboral ya las había despachado a todas cuando milady hizo al otro lado de los barrotes su esplendorosa aparición. La rapidez con que la muchacha se había aprestado para poder encargarse ella misma de su mensaje fue resultado de una concentración que le había permitido manejar a todo correr los sellos durante los pocos minutos que se habían necesitado para escribirlo. Dicha concentración puede describirse, a su vez, como producto de una percatación de que el alivio era inminente. Hacía diecinueve días, contados y comprobados, que ella no veía al objeto de su desvelo; y como, de haber estado él en Londres y dadas sus costumbres, ella habría tenido que verlo a menudo, ahora ella estaba a punto de saber cuál era el lugar que en aquellos momentos él podía estar santificando con su presencia. Pues pensaba en ellos, en los otros lugares, imaginándoselos extáticamente conscientes, entusiásticamente felices de la presencia de él.

¡Pero, Dios mío, qué guapísima *era* milady y qué mérito le añadía a él el hecho de que el aire de intimidad que mostraba hubiera manado de una fuente semejante! A través de los barrotes la muchacha miró los labios y los ojos que tantas veces debían de haber estado cerca de los de él, los miró con una singular pasión que, momentáneamente, produjo el efecto de llenar algunas de las lagunas, completar las respuestas que faltaban en la correspondencia entre ellos. Luego, cuando la muchacha advirtió que esos rasgos que de esta guisa ella examinaba y relacionaba estaban completamente ajenos a ella, que si brillaban era tan sólo con el color de otros pensamientos totalmente distintos e imposibles de adivinar, sintió que ello acrecentaba aún más su esplendor, tuvo la sensación más aguda que jamás había experimentado de lo que eran los elevados parajes inalcanzables del cielo y sin embargo al propio tiempo se estremeció al ser consciente de quiénes eran las personas con las que en cierto modo ella se trataba. Ella estaba en contacto con el ausente a través de milady, y en contacto con milady a través del ausente. El único pesar —pero, bah, tampoco le importaba— era la prueba que ahora veía, en aquel admirable rostro, en la morosa abstracción de su poseedora, de que ésta última no tenía ni idea de que ella existiese. La chaladura de la muchacha había llegado hasta el punto de casi hacerla creer que el otro componente del enredo amoroso tenía que mencionar algunas veces en Eaton Square a aquella extraordinaria personita que estaba en el lugar desde donde tantas veces él telegrafiaba. Pero, un momento después, mientras advertía que la visitante no se daba cuenta de nada, resueltamente ello ayudó a la extraordinaria personita a refugiarse en una idea con la que podía sentirse tan ufana como se le antojase. «¡Qué poco sabe ella, qué poco sabe ella!», exclamó la muchacha para sus adentros; pues, en último término, ¿qué demostraba aquello sino que la telegrafista confidente del capitán Everard constituía a su vez el entrañable secreto del capitán

Everard? Un momentáneo deslumbramiento hizo que se prolongara un tanto la lectura del telegrama de milady: lo que flotó entre la muchacha y las palabras, haciendo que las viera como al través de una capa de agua encrespada e iluminada por el sol, fue el inmenso, descomunal torrente de aquéllas otras que ella se dijo a sí misma una y otra vez: «¡Cuánto sé yo, cuánto sé yo!» Tal fue el motivo de que tardara un poco en advertir que, a primera vista, las palabras del telegrama no le decían lo que ella deseaba averiguar; pero fue suficientemente pronta en acordarse de que, la mitad de las veces, lo que ella averiguaba era precisamente lo que no estaba a primera vista. «A la señorita Dolman, Parade Lodge, Parade Terrace, Dover. Infórmelo inmediatamente de verdadera, al Hôtel de France, Ostende. Ponga siete nueve cuatro nueve seis uno. Esta vez telegrafíeme a Burfield's.»

La muchacha contó las palabras premiosamente. 0 sea que él estaba en Ostende. Eso se le fijó con un ímpetu tan fuerte que, para que no se le escapara todo lo demás, se vio obligada a hacer algo para poder demorar las cosas un momento. Y así fue como en aquella ocasión hizo lo que nunca hacía, espetar un «¿Con respuesta pagada?» que sonó algo extralimitado pero que ella atenuó en parte pegando los sellos y esperando a dar el cambio hasta después de hecho lo anterior. Contaba, para conservar triunfalmente la calma, con la ventaja de pensar que lo sabía todo acerca de la señorita Dolman.

—Sí, pagada. —La muchacha descubrió toda suerte de cosas en esta contestación, incluido un pequeño y reprimido escalofrío de sorpresa ante una suposición tan correcta y, al instante siguiente, aun un artero intento de fingir indiferencia—: ¿Cuánto es, incluida la respuesta? —No era difícil calcularlo, pero la atenta observadora necesitaba un momento más, y ello le permitió a milady cambiar de opinión—: ¡Oh, aguarde! —La blanca mano, cubierta de joyas, desenguantada para poder escribir, se alzó con repentino nerviosismo hacia una de las mejillas de aquel maravilloso rostro, el cual, con una mirada de inquietud dirigida hacia el papel que estaba encima del mostrador, se aproximó más a los barrotes de la jaula—: ¡Creo que he de cambiar una palabra! —Tras lo cual recuperó su telegrama y lo releyó; pero sin duda había algo que la preocupaba, y no acababa de decidirse, lo cual provocó que nuestra protagonista la observara con mayor atención.

Ésta última, por su parte, al ver la expresión de aquel rostro, ya lo había determinado. Aunque la muchacha siempre había estado segura de que ellos se encontraban en peligro, el rostro de milady fue la señal más nítida que pudo recibir. Había una palabra que estaba mal, pero a milady se le había olvidado la correcta, y era mucho, patentemente, lo que dependía de que volviese a encontrarla. En consecuencia la muchacha, tras hacer una rápida estimación de la afluencia de clientes y de la distracción del señor Buckton y del chico del mostrador, se animó a dar el salto y se la dijo:

—¿No es Cooper's? —Fue como si hubiera saltado físicamente por encima de la jaula y hubiera ido a caer sobre su interlocutora.

—¿Cooper's? —La mirada de asombro fue intensificada por un sonrojo. Sí, ella había hecho sonrojarse a Juno. Ello no fue sino una nueva confirmación para seguir adelante:

—Quiero decir, en lugar de Burfield's. —Nuestra joven amiga sintió verdadera lástima de ella: en un abrir y cerrar de ojos la había dejado patidifusa pero sin causarle una pizca de altanería o enojo. Milady estaba únicamente confundida y asustada:

—Pero ¿sabe usted...?

—¡Sí, sí que lo sé! —Nuestra joven amiga sonrió mirándola a los ojos y, habiendo ya hecho sonrojarse a Juno, decidió ahora ampararla—: Ya me ocupo yo. —Y ágilmente reasió el telegrama. Milady se sometió, confusa y desconcertada, perdida toda presencia

de ánimo; y al instante siguiente el telegrama volvía a estar dentro de la jaula y su autora fuera de la tienda. Luego, rápidamente, con arrojo, bajo todas las miradas que habrían podido reparar en que lo alteraba, la extraordinaria personita de la tienda de Cocker hizo la modificación precisada. La gente era demasiado atolondrada, no cabía duda, mas si algún día los pescaban a ellos no sería por culpa de ella y de su memoria de elefante. Pero si es que ya era sabido desde hacía varias semanas: para la señorita Dolman tenía que ser siempre «Cooper's».

14

Pero las «vacaciones» de verano trajeron consigo un cambio muy acentuado: eran vacaciones para casi todo el mundo excepto para los animales de la jaula. Los días de agosto eran aburridos y áridos, y, con tan poca cosa con que alimentarlo, ella se percató de un reflujo de su interés por los secretos de la gente refinada. Gracias a que tantos de los tejemanejes de los miembros de la clase privilegiada se hacían con su ayuda, ella estaba en condiciones de saber con toda exactitud dónde se hallaba cada uno de éstos en aquel momento; sin embargo tenía la sensación de que el espectáculo ya no se desarrollaba ante ella y de que la banda había cesado de tocar. De vez en cuando aparecía por allí algún miembro descarriado, pero las comunicaciones, entre ellos, versaban primordialmente sobre habitaciones en hoteles, precios de casas amuebladas, horarios de trenes, fechas de salidas de barcos y acuerdos para «encontrarse»; a ella estas comunicaciones le parecían mayoritariamente prosaicas y vulgares. La única ventaja era que hacían llegar hasta su sofocante rincón, y tan directamente como ella podía esperar inhalarlo en toda su existencia, un soplo de las praderas alpinas y de los páramos escoceses; además había, en particular, unas rollizas, volubles, pelmazas mujeres que discutían a través de ella, hasta la exasperación, las condiciones de sus alojamientos en la playa, que le parecían a ella fabulosas, y el número de camas que necesitaban, que no era menos extraordinario; todo ello referido a sitios cuyos nombres —Eastbourne, Folkestone, Cromer, Scarborough, Whitby— la atormentaban con algo de la misma obsesión de oír el murmullo del agua que persigue al viajero del desierto. Hacía doce años que ella no salía de Londres, y lo único que daba un poco de sabor a aquellas semanas muertas era el picante de un crónico resentimiento. Los pocos clientes, las únicas personas a quienes veía, eran las personas que estaban «a punto de partir»: a punto de partir hacia las cubiertas de majestuosos yates o las cimas de promontorios rocosos donde estaría soplando esa brisa que ella se moría de ganas de inhalar.

Por consiguiente había un aspecto en el que para ella, en semejante época, se hacían sentir con mayor fuerza que nunca las grandes diferencias dentro de la condición humana: circunstancia fortalecida, a decir verdad, por el mismísimo hecho de que por fin, para variar, ella iba a tener una oportunidad que la entusiasmaba cabalmente: la oportunidad de irse «fuera», por unos días, más o menos como todo el mundo. En la jaula había turnos, lo mismo que los había en la tienda y en Chalk Farm, y en el decurso de aquellos dos meses ella había sabido que era en septiembre cuando le correspondían a ella unos días de asueto —no menos de once— para sus particulares vacaciones. Gran parte de sus últimas conversaciones con el señor Mudge había girado en torno a las esperanzas y temores, expresados fundamentalmente por él, relacionados con la cuestión

Librodot

de coger ambos las mismas fechas, cuestión que, en cuanto tal deleite pareció asegurado, se había perdido luego en un mar de conjeturas acerca de la elección del dónde y el cómo. Durante todo el mes de julio, en las tardes de los domingos y en cualquier otro momento que el señor Mudge lograse encontrar, éste la había mareado haciendo planes exhaustivos. Ya estaba prácticamente decidido que pasarían las vacaciones juntos, con la madre de ella, en algún sitio «de la costa sur» (una expresión que a ella le gustaba oír); mas ella ya estaba verdaderamente fatigada y harta de oírlo hablar siempre de lo mismo. Se había convertido en su único tema de conversación, en tema tanto de sus más solemnes seriedades como de sus más plácidas bromas, al que todo iba a parar y en el que cualquier florecilla que pudiera servir de prolegómeno era arrancada nada más plantarla. Desde el primer día él había anunciado —calificando todo el asunto, a partir de ese momento, como «sus planes», y manejándolo bajo tal denominación como una corporación maneja un concesionario chino o de cualquier otra nacionalidad—, se había apresurado a declarar, que había que estudiar la cuestión con todo detalle, y había ido aportando, sobre todos los respectos, de día en día, tal cantidad de información como para despertar el asombro de ella e incluso, en no pequeña medida, tal como le había confesado a él francamente, su desprecio. Acordándose del peligro en que extáticamente vivía otra pareja de amantes, ella le había inquirido por qué no podía dejar algo al azar. La respuesta que recibió fue que semejante exhaustividad constituía precisamente el orgullo de él, y luego él se puso a comparar Ramsgate con Bournemouth e incluso Boulogne con Jersey —porque tenía ideas grandiosas— con todo el lujo de detalles que algún día, profesionalmente hablando, habría de llevarlo muy lejos.

Cuanto más tiempo llevaba la muchacha sin ver al capitán Everard, más se sentía atenazada, como decía ella, a pasar por delante de Park Chambers; y era ésta la única distracción que, en los interminables días de agosto y en los largos y tristes atardeceres, le había quedado. Sabía, desde hacía mucho, que era una distracción bastante exigua, pero mal habría podido tal exigüidad ser el motivo que todas las tardes la hacía decirse a sí misma, a medida que se acercaba la hora de salida: «No, no, esta tarde no.» Nunca dejaba de hacerse esta silenciosa admonición, lo mismo que nunca dejaba tampoco de sentir, en algún lugar más profundo y que ella ni siquiera había llegado a sondear del todo, que las admoniciones humanas son tan frágiles como una espiga y que, aunque a las ocho tina se permita hacerlas, a las ocho y cuarto el destino de una la hace sentirse ya infaliblemente inclinada a no hacerles el menor caso. Las admoniciones eran admoniciones, y estaban muy bien; pero el destino era el destino, y el de aquella muchacha era pasar por delante de Park Chambers todos los días laborables. En tales ocasiones sus inmensos conocimientos sobre la vida mundana la hacían recordar que en esa zona, en los meses de agosto y septiembre, se consideraba cosa de buen tono el que por uno u otro motivo lo encontraran a uno de paso por la capital. Siempre había alguien que estaba de paso, y alguien que podía encontrar a ese otro alguien. Con plena conciencia de esa ley tan sutil, ella nunca dejaba de dar el más estrambótico de los rodeos cuando volvía a su casa. Un viernes caluroso, soso y aburrido en que por un acaso se había marchado de la tienda de Cocker un poco más tarde que de costumbre, se percató de que algo con cuyas infinitas posibilidades había ella estado poblando durante mucho tiempo sus sueños acaecía por fin, aun cuando las condiciones en que acaecía eran tan perfectas como para hacerla a una pensar que debía de tratarse de un sueño. Delante de ella, cual un paisaje pintado en un cuadro, vio la calle vacía y la luz pálida de las farolas brillando en las tinieblas, que

Librodot

todavía no eran completas... y, en esa propicia tenue luz crepuscular, a un caballero que estaba en las escaleras de Park Chambers y que miraba con una vaguedad que hizo ponerse a temblar violentamente la pequeña silueta de nuestra protagonista, al avanzar, cuando ésta sintió el poder que él tenía para disiparlas. Enseguida todo adquirió de pronto una gran claridad no menos terrible que luminosa: las eternas dudas de ella se desvanecieron, y, como estaba tan familiarizada con aquel destino, tuvo la sensación de que lo que lo dejaba ya fijado era la intensa mirada con que, por unos instantes, el capitán Everard aguardó a que ella se acercara.

El portal estaba abierto, y ausente el portero, como en el día en que ella había entrado para mirar; el capitán acababa de salir de su alojamiento —estaba en la capital, con un traje de paño escocés y un sombrero hongo, pero sólo durante un paréntesis entre dos viajes— mortalmente fastidiado al ver la noche que lo esperaba y sin saber qué hacer con ésta. Ella se alegró de no habérselo encontrado nunca allí anteriormente: con gran regocijo cosechó los frutos de que él no pudiese imaginarse que ella pasaba por delante con frecuencia. En un par de segundos la embargó la creencia de que él fácilmente supondría que era la primera vez que ella lo hacía y además por pura chiripa; y todo esto mientras seguía sin estar segura de si él la reconocería o siquiera repararía en ella. Instintivamente comprendió que la primera mirada de él no había ido destinada a la muchacha de Cocker's; sólo había ido destinada a cualquier muchacha que pasara por la calle con pinta de no ser rematadamente fea. Ah, pero en ese momento, justo cuando ella llegaba a la altura de la puerta, vino una segunda mirada más detenida con la cual fue manifiesto que él, visiblemente divertido, la recordó y la situó. Estaban en aceras opuestas, pero la calle, estrecha y silenciosa, no hacía sino perfeccionar el telón de fondo de aquel pequeño drama momentáneo. El cual no había concluido, el cual estaba muy lejos de concluir, incluso cuando él, desde la acera de enfrente, con la risa más agradable que ella hubiese escuchado jamás, levantó un poco el sombrero y dijo: «¡Vaya, vaya, vaya; buenas noches!» Y el cual había concluido aún menos cuando ambos se reunieron, al instante siguiente y aunque de manera un tanto oblicua y desmañada, en el centro de la calle —situación a la que inequívocamente ella había contribuido dando dos o tres pasos––, y cuando, en vez de regresar a la acera por la cual ella se había aproximado, ambos se desplazaron hacia el portal de Park Chambers.

—No la había reconocido en un principio. ¿Está usted dando un paseo?

—¡Oh no, nunca paseo de noche! Me iba a casa después del trabajo.

—¡Ah!

Aquello fue prácticamente todo cuanto hicieron mientras se dedicaron a sonreír, y aquella escueta exclamación, a la que, de momento, él pareció no tener nada que agregar, los dejó frente a frente y, por parte de él, con un semblante que era el que habría podido adoptar si hubiese estado preguntándose si sería o no decente pedirle a ella que entrara. Durante tal intervalo, de hecho, ella sintió verdaderamente que la pregunta de él era ni más ni menos que «¿Como *cuánto* de decente...?» Todo era cuestión de la concepción que se tuviera de dónde estaba la línea divisoria entre lo que era decente y lo que no.

15

Posteriormente la muchacha nunca lograría saber del todo qué hizo ella para

decidirlo, y en aquel momento lo único de lo que se dio cuenta fue de que ambos echaban a andar con cierta vacilación pero sin detenerse, de que se alejaban del cuadro constituido por el portal iluminado y las escaleras silenciosas y marchaban juntos subiendo la calle. Todo ello debió de hacerse asimismo sin que mediara un consentimiento nítido ni nada crudamente expresado de viva voz, si a eso vamos, por cualquiera de ambas partes; y para ella sería, posteriormente, materia de recordación y meditación el hecho de que el ápice de lo que, en aquel interminable instante, había sucedido entre ellos era que él había comprendido que ella se negaba terminantemente a admitir, aunque lo hiciera sin altanerías ni improperios ni ferocidades, la idea de que fuera de la jaula pudiese ser la clásica muchacha empleada en una tienda, lo cual a ella le gustaba tanto creer que no era. Sí, pensaría ella posteriormente, fue singular que lograran intercomunicarse tantas cosas sin que el aire se enturbiara con alguna impertinencia o resentimiento, con cualquiera de las desagradables notas típicas de aquella clase de amistades. Como diría ella, él no cometió ningún exceso; y ella, al no tener que exteriorizar que notaba que lo hacía, había podido, aún más simpáticamente, no cometer ninguno tampoco. A pesar de todo, en lo que sí pensó ella fue en qué podía significar, si las relaciones de él con Lady Bradeen continuaban siendo como ella imaginaba, el hecho de que él se sintiera libre para comportarse como le viniera en gana. Ésa fue una de las preguntas que ella tuvo que hacerse después: la pregunta de si los hombres de la clase social de él seguían pidiendo a las muchachas que subieran con ellos a sus pisos incluso cuando ellos estaban tan sumamente enamorados de otras mujeres distintas. ¿Podían las personas de la clase social de él hacer eso sin hacer al mismo tiempo lo que las personas de clase social de *ella* llamarían «faltar a su amada»? Ya anteriormente se le había pasado por las mientes que acaso la auténtica respuesta consistía en que, en tales casos, las personas de la clase social de ella era como si no existiesen, que aquello no se tenía por una infidelidad, sino tan sólo por alguna otra cosa; de ser así, a ella le habría parecido interesante saber exactamente por cuál.

Paseando juntos despacio en el crepúsculo estival y por aquel desierto rincón de Mayfair, por último los dos se hallaron frente a una de las puertas pequeñas de Hyde Park; llegado este momento, y sin decir una palabra sobre ello —iban hablando sobre muchas otras cosas—, cruzaron la calle y entraron en Hyde Park y se sentaron en un banco. A estas alturas ella ya abrigaba una grandiosa esperanza respecto de él: la de que él no iba a decir ninguna vulgaridad. Ella sabía muy bien lo que quería significar con esto: quería significar algo que no tenía nada que ver con la idea de que él «faltara a su amada». El banco no estaba muy adentrado en Hyde Park: estaba próximo a la cerca de Park Lane y a una desigualmente luminosa farola y a la traqueteante circulación de carruajes y ómnibus. Una extraña excitación se había apoderado de ella, y lo cierto es que ella sentía una emoción tras otra: sobre todo, una conspicua alegría al ponerlo a él a prueba con oportunidades que él no aprovechaba. Tenía un gran deseo de que él se enterara de qué tipo de muchacha era ella realmente, pero sin tener que hacer nada tan vulgar como decírselo a bocajarro, y él ya había debido de empezar a darse cuenta puesto que no se abalanzaba sobre las oportunidades sobre las que se habría abalanzado sin tardanza un hombre común y corriente. Dichas oportunidades estaban únicamente en la superficie, mas la relación *de ellos* estaba pasando por detrás y por debajo de ellas. Durante el camino ella había reflexionado tan poco sobre lo que estaban haciendo, que en cuanto se sentaron comenzó inmediatamente a ponerse a hacerlo. Hasta aquel instante el

Librodot

horario, el confinamiento, las diversas características del trabajo en la oficina de correos, habían constituido —sumados a una brevísima ojeada a los propios recreos y alternativas de él— el tema de conversación entre ambos.

—Bien, pues aquí estamos, y me parece estupendo —dijo ella—; pero no era éste ni mucho menos, ¿sabe?, el sitio adonde me dirigía yo.

—¿Iba usted hacia su casa?

—Sí, y ya se me ha hecho bastante tarde. Me dirigía a cenar.

—¿No ha cenado todavía?

—¡No, en efecto!

—Entonces ¿no se ha tomado usted nada...?

Él pareció, de sopetón, quedarse tan extraordinariamente preocupado que ella se echó a reír:

—¿ ... en todo el día? Sí, allí tenemos una pausa para la comida. Pero fue hace ya mucho rato. Así que enseguida no voy a tener más remedio que decirle adiós.

—¡Qué faena *para mil* —exclamó él, en un tono tan gracioso y al mismo tiempo con una delicadeza tan conmovedora y una pena tan profunda —una confesión, en resumen, de su impotencia ante una circunstancia tan inexorable—, que ella sintió por fin, sobre la marcha, la certeza de haberle dejado bien clara la diferencia entre ella y las muchachas descaradas. Él la miró con gran ternura pero sin decir lo que ella ya sabía que no iba a decir. Ella ya sabía que no iba a decir: «¡Pues entonces véngase a cenar *conmigo!»,* pero se alegró tanto de verificarlo que se sintió como si se hubiese dado un ágape.

—No tengo ninguna hambre —retomó ella la palabra.

—¡Oh, *debe* tener una hambre terrible! —replicó él, pero se puso cómodo en el banco como si, al fin y al cabo, aquello no tuviera por qué estropearle la noche—. Siempre he deseado tener la oportunidad de agradecerle todas las molestias que tan asiduamente se toma usted conmigo.

—Sí, lo sé —contestó ella, pronunciando estas palabras con un sentido de la situación mucho más profundo que si hubiera fingido que no captaba la alusión que él acababa de hacer. Enseguida ella se percató de que se había quedado sorprendido y hasta un tanto desconcertado ante aquel asentimiento sin ambages; pero, para ella, en aquel rato fugaz (que probablemente nunca volvería a repetirse), todas las molestias que ella se había tomado podían estar presentes allí únicamente como un pequeño tesoro que ella tuviera sobre el regazo. Él, desde luego, podía mirarlo, tocarlo, coger las monedas. Pero, si entendía algo, tenía que entenderlo todo—. Considero que ya me lo ha agradecido muchísimo. —Nuevamente la muchacha sintió horror a dar la impresión de estar esperando alguna recompensa—. ¡Qué increíble casualidad que haya estado usted allí la única vez...!

—¿...que ha pasado usted por delante de mi casa?

—Sí; ya puede imaginarse que, con la vida que llevo, no estoy en condiciones de desperdiciar el tiempo. Pero esta noche tenía que ir a un sitio.

—Comprendo, comprendo. —Él ya sabía tanto sobre su trabajo—. Tiene que ser algo pesadísimo... para una señorita.

—Lo es; pero no creo que yo me queje más que mis compañeros... ¡y ya ha podido ver que *ellos* no son señoritas! —Ella bromeaba, pero lo hacía con una intención concreta—. Una llega a acostumbrarse a las cosas, y hay otras ocupaciones que yo habría detestado mucho más que ésta. —Ella comprendía perfectamente lo hermoso que era, al

menos, no estar aburriéndolo. Lamentarse, contarle sus desdichas, sería lo que habría hecho cualquier muchacha de un bar o una tienda, y ya era bastante con estar allí sentada al igual que una de ellas.

—Si usted hubiera trabajado en otra ocupación —comentó él tras un instante—, a lo mejor nunca habríamos llegado a conocernos.

—Es lo más probable... y desde luego no habríamos llegado a conocernos de esta manera. —Luego, con su montón de oro todavía sobre el regazo y con cierto orgullo de tenerlo, visible en su forma de erguir la cabeza, ella continuó allí sin moverse, sin hacer otra cosa que sonreírle. Ya había caído la noche; las farolas desperdigadas estaban incandescentes; el parque, que tenían entero delante de ellos, estaba lleno de vida oscura y ambigua; en otros bancos había otras parejas a las que era imposible no ver y a las que asimismo era imposible mirar. La muchacha dijo—: Pero si me he desviado tanto de mi camino ha sido nada más que para manifestarle a usted que... que... —ella hizo una pausa; pensándolo bien, no era excesivamente fácil decirlo— ...que cualquier cosa que haya podido usted pensar es absolutamente cierta.

—¡Uf, yo he pensado un buen montón de cosas! —dijo su compañero riéndose—. ¿Le importa que fume?

—¿Por qué iba a importarme? *Allí* siempre fuma usted.

—¿En su local? Oh sí, pero aquí es distinto.

—No —dijo ella, mientras él encendía el cigarrillo—, eso es precisamente lo que no es. Aquí es exactamente igual.

—¡Pues eso será por lo maravilloso que es «allí»!

—Entonces ¿es usted consciente de lo maravilloso que es? —repuso ella.

Él movió bruscamente su hermosa cabeza en una rotunda protesta ante el hecho de que ella fuera capaz de dudarlo:

—Caramba, a eso me refiero al hablar de mi gratitud por todo lo que ha hecho usted. Ha sido como si usted se tomase un interés especial. —En respuesta a esto lo único que ella hizo fue mirarlo, sumida en tan inesperada, inmediata turbación (tal como se dio cuenta ella misma) que, mientras permanecía silenciosa, él dio cumplida prueba de no atinar a interpretar su expresión—: Porque usted se *ha* tomado un interés especial, ¿verdad?

—¡Vaya, un interés especial! —dijo ella con voz trémula, viendo que todo aquello —su inmediata turbación— se apoderaba internamente de ella, y por lo mismo deseando más que nunca, presa de un inesperado pánico, contener su emoción. Mantuvo todavía por un momento la sonrisa y volvió los ojos hacia la poblada oscuridad, ahora ya nada turbadora dado que había algo que producía una turbación mucho más intensa. No era más que la tremenda impresión enajenante que le causaba el comprobar que estaban juntos. Estaban el uno al lado del otro, sí, el uno al lado del otro, y todo lo que ella se había imaginado se había hecho más real, más espantoso y abrumador. Continuó mirando fijamente en silencio hacia otro lado hasta que reparó en que debía de estar dando la impresión de ser boba; entonces, por decir algo, por no decir nada, ensayó un sonido que desembocó en un torrente de lágrimas.

16

En realidad las lágrimas la ayudaron a disimular, porque ella no tenía más remedio, en una situación tan pública, que rehacerse rápidamente. En medio minuto las lágrimas se habían ido lo mismo que se habían presentado, y ella se apresuró a ofrecer una explicación:

—Se debe tan sólo a que estoy cansada. ¡No es más que eso, no es más que eso! —Después agregó, con cierta falta de ilación lógica—: No volveré a verlo a usted nunca.

—Y eso ¿por qué? —Con sólo el tono en que su compañero hizo esta pregunta bastó para darle a ella una idea de cuánta imaginación exactamente podía ella contar con que él tuviese. Intrínsecamente no era mucha; se le había agotado al llegar al punto que él ya había descubierto: el de que el humilde celo que ella desplegaba en Cocker's tenía un propósito. Pero cualquier deficiencia de este jaez no era una tacha en él: *él* no estaba obligado a tener una listeza de baja estofa, dotes y virtudes de poca categoría. Era como si realmente él se hubiese creído que si ella se había puesto a llorar, se había debido tan sólo a que estaba cansada; y en consecuencia dijo algo tan afable como errático para tratar de remediar tal situación—: Realmente debería usted comer algo; ¿no quiere tomar alguna cosa *en cualquier sitio?* —A lo cual ella no contestó sino con un movimiento negativo de cabeza que prescindió de ulteriores aclaraciones—. Y ¿por qué no vamos a poder seguir viéndonos a causa de ello?

—Me refiero a vernos de esta manera, sólo a vernos de esta manera. En mi local... *allí* no puedo impedirlo, y además espero que vuelva usted, con su correspondencia, siempre que le convenga. Quiero decir, lo mismo si me quedo en él que si no; pues lo probable es que no me quede.

—¿Se va usted a trasladar a otro local? —preguntó él con verdadera inquietud.

—Sí, muy lejos de allí... al otro extremo de Londres. Existe toda suerte de motivos, de los cuales no puedo hablarle; y ya está prácticamente decidido. Para mí resulta mejor, mucho mejor; y, si he permanecido en el local de Cocker, ha sido únicamente por usted.

—¿Por mí?

Cuando a través de la oscuridad ella discernió que él se había ruborizado manifiestamente, comprendió lo lejos que durante todos estos meses había estado él de saber demasiado. Demasiado era lo que pensaba él ahora; y le fue fácil hacerlo, puesto que por parte de ella había ya más que suficiente con que él estuviera donde estaba.

—Puesto que nunca más vamos a hablar como esta noche (¡nunca, nunca más!), puedo contarle todo; y voy a contárselo, no me importa lo que usted piense: da igual; lo único que deseo es ayudarlo. Además, es usted muy agradable. Muy agradable. Hace ya mucho tiempo que, en definitiva, estaba pensando yo en trasladarme. Pero usted venía tan a menudo (bueno, algunas veces), *y* tenía tantas complicaciones, *y* ha sido tan agradable *y* tan interesante, que me he quedado, he estado aplazando cualquier cambio. Más de una vez, estando yo casi resuelta, ha vuelto usted a aparecer y he pensado: «¡Ah, no me voy!» ¡Es la pura verdad! —A estas alturas ella había conseguido dominarse de tal modo que hasta fue capaz de reírse—. En eso era en lo que yo estaba pensando hace un momento cuando le dije que «lo sabía». Me había dado cuenta de que usted se había dado cuenta de que yo me esmeraba de un modo especial por usted; *y* ese darnos cuenta era para mí, *y* me parecía que también para usted, como si hubiera algo (¡no sé cómo denominarlo!) entre nosotros. Quiero decir, algo poco corriente y bastante bello... algo que no tenía nada de feo o de vulgar.

A estas alturas ella ya había notado que había causado una gran impresión en él; pero

no habría hecho sino decirse a sí misma la verdad si al mismo tiempo hubiera aseverado que a ella eso no le importaba en lo más mínimo; tanto más cuanto que dicha impresión había debido de ser de perplejidad absoluta. Lo que, globalmente, ella advirtió con neta claridad fue que, a pesar de todo, él se alegraba muchísimo de haberla encontrado. Ella lo tenía dominado, y él estaba asombrado de ver con cuánta fuerza: estaba absorto y mostraba una gran consideración. Tenía el codo apoyado en el respaldo del banco, y sostenía la cabeza —con el sombrero hongo echado bastante hacia atrás, como un chiquillo, de tal forma que en realidad era casi la primera vez que ella le veía la frente y el pelo— contra la mano con que estrujaba los guantes.

—Sí —convino—, no tiene nada de feo o de vulgar.

Ella hizo una tregua durante un instante; luego espetó ya toda la verdad:

—Yo haría cualquier cosa por usted. Cualquier cosa. —Nunca en toda su vida había conocido ella algo tan elevado y exquisito como aquello: hacérselo saber con total naturalidad y tener la magnífica valentía de aguardar a ver qué pasaba. El sitio, las connotaciones y circunstancias, ¿no hacían que pareciese exactamente lo que no era? Y ¿acaso no era ello precisamente lo que lo hacía tan hermoso?

Así es que tuvo la magnífica valentía de aguardar a ver qué pasaba; y poco a poco empezó a ver que él lo admitía, que lo meditaba, como si hubieran estado sentados en el lustroso sofá de un *boudoir*. Ella no había visto nunca un *boudoir,* pero habían sido citados montones de ellos en los telegramas. En todo caso, lo que ella le había dicho produjo su efecto, de tal forma que pasado un instante él hizo un movimiento que tuvo como resultado poner la mano masculina encima de la femenina: de hecho, hacerla sentir enseguida que él se la cogía con bastante fuerza. No había ninguna presión que ella necesitara devolver, ni ninguna a la que necesitara resistirse: ella se limitó a permanecer sentada, admirablemente tranquila, de momento satisfecha con la sorpresa y el desconcierto de la impresión que había causado en él. Él estaba aún más nervioso, en términos generales, de lo que al principio ella había calculado.

—¡Lo que le digo, rayos y truenos, es que no debe usted siquiera pensar en marcharse! —espetó él por último.

—¿Marcharme de Cocker's?

—En efecto, tiene que permanecer allí, pase lo que pase, y ayudar a servidor.

Ella guardó silencio un rato, parcialmente a causa del extraño y refinado deleite que constituía el ver que él la miraba como si realmente aquello lo preocupara y como si casi con suspense estuviera pendiente de lo que ella fuese a decir.

—Entonces, ¿se *ha* dado cuenta de lo que he estado tratando de hacer? —preguntó ella.

—Caramba, ¿acaso no ha sido ni más ni menos que por eso por lo que me he precipitado en cuanto la he visto para darle las gracias?

—Sí, eso me ha dicho usted.

—Y ¿no se lo cree?

Ella bajó la mirada un momento hacia la mano masculina, que continuaba encima de la suya; ante lo cual él la retiró al punto y cruzó los brazos con cierta inquietud. Sin responder a su pregunta, ella ahondó:

—¿Alguna vez ha hablado usted de mí?

—¿Que si he hablado de usted?

—Sí, de que yo estaba allí... de las cosas de las que yo me había dado cuenta y demás.

—¡No, nunca, a ninguna criatura humana! —declaró él con vehemencia.

Ante esto ella tuvo un pequeño escalofrío, que quedó reflejado en otro silencio; tras lo cual volvió a la pregunta que él le había hecho antes:

—Oh sí, desde luego que me creo que a usted le gusta que yo esté siempre allí y que volvamos a coger las cosas con tanta familiaridad y con tan buenos resultados; ¡si no siempre donde las habíamos dejado —dijo riéndose—, al menos casi siempre en un punto muy interesante! —Pareció que él fuera a decir algo a guisa de comentario a esto, pero ella se le adelantó con campechana alegría—: Usted necesita muchas cosas en esta vida, muchas comodidades y ayudas y lujos: quiere que todo sea de lo más agradable posible. Por consiguiente, mientras haya una determinada persona que pueda contribuir a ello... —Ella había vuelto la cara hacia él sonriendo, pero meditabunda.

—¡Oiga, escuche un instante! —Pero él estaba extremadamente divertido—. Bien, pues en ese caso, ¿qué? —inquirió él, como si quisiera seguirle la corriente.

—Caramba, pues que esa determinada persona no debe dejar de hacerlo en ningún caso. Hemos de proveer para usted sea como sea.

Él echó hacia atrás la cabeza, emitiendo una entusiástica carcajada; estaba verdaderamente encantado.

—¡Vaya que sí, sea como sea! —dijo.

—Pues creo que lo hacemos, ¿no?, de una forma u otra y con arreglo a nuestras escasas luces. En todo caso, yo, por mi parte, estoy contenta de que esté usted contento; porque le aseguro que he hecho todo cuanto estaba a mi alcance.

—¡Lo hace mejor que nadie! —Él había encendido otra cerilla y por un momento la llama iluminó su cordial rostro armonioso, engrandeciendo con una mueca simpática la amabilidad con que él le hacía aquel cumplido—. Es usted endiabladamente lista, ¿sabe?; más lista, más lista, más lista... —Pareció que él iba a hacer alguna aseveración muy sensacional, pero de pronto le dio una rápida chupada al cigarrillo, cambió de postura casi con brusquedad, y no dijo nada.

17

A pesar de ello, si es que no precisamente a causa de ello, a ella le dio la sensación de que Lady Bradeen, a la que sólo había faltado nombrar, se había alzado allí de repente; y la muchacha prácticamente desveló lo que estaba pensando al aguardar un poco antes de inquirir:

—Más lista ¿que quién?

—Pues, si no fuera por miedo a que se crea usted que lo hago por darme importancia, yo diría... ¡más lista que ninguna! —Y, después, demandó en un tono más serio—: Si usted se marchara de allí, ¿adónde se iría?

—¡Oh, demasiado lejos para que pudiera usted encontrarme!

—Yo la encontraría dondequiera que usted estuviese.

El tono en que él dijo esto fue ya tan sumamente serio, que ella no atinó con otra forma de agradecérselo que reiterar:

—Yo haría cualquier cosa por usted. Cualquier cosa. —Ella tenía la impresión de haberlo dicho ya todo; por lo tanto ¿qué importancia podía tener una cosa más o menos? Tal fue el motivo esencial de que generosamente pudiera, desdramatizando un poco el

tono, evitarle la sensación de sentirse incómodo ante la solemnidad que contuviesen sus propias palabras o las de ella—: Desde luego ha de resultar muy agradable para usted poder considerar que en todas partes hay gente dispuesta a ello.

La reacción inmediata de él, empero, fue únicamente seguir fumando sin mirarla.

—Pero no querrá usted abandonar lo que está haciendo ahora, ¿verdad? —inquirió él finalmente—. Quiero decir, no irá a *dejar* el servicio de correos.

—Oh, no; creo que tengo una disposición especial para ello.

—¡Yo también! No hay nadie que se le pueda comparar. —Con estas palabras él se volvió nuevamente hacia ella—. Sise traslada, ¿obtendría usted otras ventajas?

—En los suburbios lo que puedo obtener es una casa más barata. Vivo con mi madre. Necesitamos un poco más de espacio; y hay un determinado local que tiene otros atractivos.

Él vaciló un instante, y preguntó:

—¿Dónde se encuentra?

—Completamente fuera del camino *de usted.* Usted nunca tendría tiempo para ir allí.

—Le repito que yo iría a dondequiera que usted estuviese. ¿No se lo cree?

—Sí, iría usted una o dos veces. Pero muy pronto decidiría que no le convenía.

Él continuó fumando *y* reflexionó; pareció desentumecerse un poco *y,* estirando las piernas, capituló humorísticamente:

—De acuerdo, de acuerdo, de acuerdo. Yo me creo todo lo que usted diga. Me lo trago (sea lo que sea) de la más increíble de las maneras. —Lo que desde luego ella pensó (y casi sin amargura) fue que de hecho era sumamente increíble estar allí, preparando y disponiendo para él, como si hubiese sido una vieja amiga, la única magnificencia que ella podía presentar—. *¡No* se vaya, no! —prosiguió él acto continuo—. ¡Voy a echarla en falta de un modo espantoso!

—¿Así que me lo solicita seriamente? —¡Ah, los esfuerzos que tuvo ella que hacer para que no pareciese que pretendía sacar algo de aquello! Y el caso es que habría debido resultarle mucho más fácil, porque ¿acaso pretendía ella sacar algo de aquello? Antes de que él pudiese contestar, ella agregó—: Para ser del todo sincera, tendría que decirle que la tienda de Cocker tiene algunos atractivos muy fuertes. Todos ustedes acuden allí. Me agradan todos los horrores.

—¿Los horrores?

—Sí, todos los que ustedes (ya sabe a quiénes me refiero: *a los suyos)* me ponen delante con tanta alegría, como si yo fuera tan insensible como un buzón de correos.

Él pareció muy impresionado ante la forma en que ella lo había expresado, y declaró:

—¡Oh, es que ellos no saben!

—¿Que no saben que no soy idiota? No, por supuesto que no lo saben. ¿Cómo iban a saberlo?

—Sí, ¿cómo iban a saberlo? —dijo el capitán, solidario—. Pero ¿no le parece ligeramente fuerte eso de calificarlos como «horrores»?

—¡Lo que usted *hace* es bastante fuerte! —refutó con presteza la muchacha.

—¿Lo que *yo* hago?

—Su despilfarro, su egoísmo, su inmoralidad, sus crímenes—continuó ella, sin hacer caso del efecto que producía.

—*¡Canastos!* —exclamó su compañero, alelado.

—Me agradan, ya le digo; realmente me chiflan. Pero no es necesario que hablemos

más sobre la cuestión —agregó con toda tranquilidad—, pues todo lo que yo obtengo de ella es el inofensivo placer de estar al tanto. ¡Sé, sé, sé! —exhaló con la mayor dulzura del mundo.

—Sí, precisamente eso es lo que ha habido ente nosotros —respondió él con mucho mayor sencillez.

Ella era capaz de disfrutar de esa sencillez en silencio, y así lo hizo por un momento. Y luego dijo:

—Si me quedo obedeciendo a sus deseos (y yo sería muy capaz de hacerlo), hay dos o tres cosas que creo debería usted recordar. Una de ellas, ya sabe, es que hay veces que me paso allí días y hasta semanas enteras sin que usted aparezca.

—¡Apareceré todos los días!

Ante esto, ella estuvo a punto de imitar el movimiento que él había realizado antes con su mano; pero se contuvo, y no fue falta de eficacia lo que hubo en su replanteadora manera de decir:

—¿Cómo puede?, ¿cómo puede? —Estaba demasiado claro que él no tenía más que echar un vistazo a su alrededor, a la embarazosamente animada oscuridad, para recordar que no podía; y en ese momento, sólo por el hecho de guardar él silencio, todo lo que tan deliberadamente no habían querido nombrar, la presencia en torno a la cual habían estado dando vueltas, se convirtió en un punto de referencia, se instaló firmemente entre ellos. Fue como si, durante unos instantes, mientras estaban allí sentados, lo vieran todo en los ojos del otro, vieran tanto, que no hubo necesidad de una transición para articularlo por fin—: ¡El peligro en que está usted, el peligro...! —A la muchacha verdaderamente le tembló la voz, y de momento no fue capaz de decir más.

Durante aquellos instantes él permaneció recostado en el banco, atendiéndola sin decir nada y con un semblante cada vez más extraño. Llegó a ser tan extraño que, otro instante después, ella se incorporó. Se quedó allí de pie como si los dos no tuvieran ya nada más que decirse, y él continuó sentado mirándola. Era como si ahora —debido a aquella tercera persona que habían intercalado— hubieran de tener ya más cuidado; de manera que todo lo que por último fue él capaz de decir fue:

—¡Esa es la cosa!

—¡Esa es la cosa! —repuso la muchacha con la misma cautela. Él siguió callado, y ella agregó—: No lo abandonaré. ¡Adiós!

—¿Adiós? —articuló él, pero sin moverse.

—No estoy muy segura de cómo podré ayudarlo, pero no lo abandonaré —reiteró—. No se preocupe. Adiós.

A él eso lo hizo incorporarse de un salto y arrojar el cigarrillo al suelo. El pobre tenía el rostro patéticamente sonrojado.

—¡Escuche un instante, por favor! exclamó.

—Sí, no lo abandonaré; pero ahora debo dejarlo —prosiguió ella como si no lo hubiera oído.

—¡Escuche un instante, por favor! —Él intentó, sin desplazarse, volver a cogerle la mano. Pero a ella esto acabó por decidirla: a fin de cuentas, habría estado tan mal como que la hubiera invitado a cenar.

—¡No puede venir conmigo, no, no!

Él volvió a dejarse caer en el banco, sin saber qué hacer, como si ella le hubiera dado un empujón. Y preguntó:

—¿No me permite acompañarla hasta su casa?

—No, no, déjeme irme. —Él parecía casi desplomado, pero a ella no le importó; y la forma en que ella habló a continuación (literalmente fue como si estuviera enojada) hizo que sus palabras tuvieran la fuerza de un mandato—: ¡Permanezca donde está!

—¡Escuche un instante, por favor! —suplicó él pese a ello.

—¡No lo abandonaré! —exclamó de nuevo la muchacha, esta vez con gran ardor; tras lo cual se alejó de allí lo más aprisa que pudo mientras que él continuó paralizado mirándola ansiosamente.

18

Últimamente el señor Mudge había estado tan embebido en sus célebres «planes» que había relegado, por unas semanas, la cuestión del traslado de su novia; pero, una vez en Bournemouth, localidad escogida como lugar de esparcimiento mediante un proceso que consistió, por lo visto, exclusivamente en innumerables páginas de los más límpidos cálculos aritméticos realizados en una libretita muy grasienta pero sumamente ordenada, las distractoras previsiones se desvanecieron y los hechos incontestables se adueñaron de la escena. Los planes, de hora en hora, sencillamente fueron quedando atrás, y fue un gran alivio para la muchacha, cuando se encontró sentada en el paseo marítimo contemplando el mar y las demás cosas, verlos evaporarse como una alegre humareda y sentir que cada vez había menos que planear. La semana resultaba maravillosa, y su madre, en la casa en que ellas estaban hospedadas, entabló con la patrona —con cierto disgusto por parte de la muchacha, pero también con no pequeño alivio— una amistad que permitía a la pareja gozar de una gran libertad de movimientos. Dicha parienta pasó su semana de vacaciones en Bournemouth metida en una sofocante cocina y hablando sin parar; hasta tal punto que el propio señor Mudge —por naturaleza inclinado a desentrañar todo misterio y a ver, como admitía algunas veces, demasiadas cosas en todo— hizo ciertos comentarios cuando se encontraba en los acantilados con su prometida y sobre las cubiertas de vapores que los llevaban, meros números apretujados en un total aterrador de diversión, a la Isla de Wight o a la costa de Dorset.

Él se hospedaba en otra casa distinta, donde prestamente había comprendido la importancia de mantener los ojos bien avizor, y no ocultó sus sospechas de que, bajo el techo de sus acompañadoras, las familiaridades no naturales podían dar origen a funestas connivencias. Al mismo tiempo reconoció plenamente que, como fuente de intranquilidades, por no decir de gastos, su futura suegra habría sido para ellos una carga mayor siguiéndoles los pasos que dándole a la patrona, en referencia a la propensión que ellos se preocupaban de no divulgar nunca, las mismas seguridades en cuanto a la cajita del té y el bote de la mermelada. Tales eran las cuestiones —tales verdaderamente los artículos familiares— que él tenía que poner ahora en la balanza; y su prometida tuvo, en consecuencia, durante las vacaciones, la extraña, aunque agradable y casi lánguida, sensación del advenimiento de un anticlímax. Ella se había percatado de un extraordinario descenso de la emoción, un abandono al sosiego y al recuerdo. No le apetecía dar paseos o navegar: le bastaba con sentarse en los bancos y admirar el mar y sentir el aire y no estar en la tienda de Cocker y no ver al chico del mostrador. Aun así, parecía esperar algo, algo a tono con las interminables conversaciones que habían

Librodot

planeado su semana de asueto a la escala de un atlas universal. Llegó algo al final, pero que tal vez no terminó de semejar lo más idóneo para rematar la obra.

Preparativos y previsiones eran, empero, los naturales frutos de la mente del señor Mudge, y en la misma medida en que menguaban en un sector, infaliblemente se multiplicaban en otro. En el peor de los casos él siempre podía el martes tener proyectado el viaje en el barco de Swanage del jueves, y el jueves haber encargado ya el picadillo de riñones para el sábado. Tenía, además, un talento infalible para especular sin piedad acerca de adónde habrían ido y qué habrían hecho de no haber decidido lo que habían decidido. En resumidas cuentas él tenía sus recreos, y su novia nunca se había apercibido mejor de ello que en estos momentos; por otro lado, los recreos de él nunca la habían estorbado tan poco para acogerse a los que por su parte ella tenía. A ella le habría gustado quedarse tal como estaba... con tal que hubiese sido posible que ello durare. Era incluso capaz de aceptar sin amarguras unas economías tan extremadas que el módico precio que habían de pagar por entrar al paseo marítimo[*] tenían que compensarlo privándose de otros deleites. La gente de Ladle's y de Thrupp's tenía su manera de divertirse, mientras que ella tenía que estarse sentada y escuchar al señor Mudge hablar de lo que podría hacer si no se diera un baño o del baño que habría podido darse si no hubiera hecho alguna otra cosa. Ahora naturalmente él estaba siempre con ella, siempre a su lado: ella lo veía más «a todas horas» de lo que lo había visto nunca, más incluso de lo que había calculado que iba a verlo en Chalk Farm. A ella le gustaba sentarse en la punta del paseo marítimo más alejada, bien distante de la banda de música y de la multitud; a propósito de lo cual tenía frecuentes diferencias con su amigo, quien a menudo se dedicaba a recordarle que sólo estando bien metidos en ello podrían sacarle todo el jugo a su dinero. Esto hacía poca mella en su novia, porque la forma como ella se lo sacaba era contemplando cómo muchas cosas, las cosas del periodo anterior, se entrelazaban y amalgamaban, sufrían ese feliz distanciamiento que convierte la melancolía y la tristeza, las tribulaciones *y* los padecimientos, en experiencia *y* saber.

Le gustaba a la muchacha haber roto con dichas cosas, como prácticamente consideraba ya haber hecho, y lo sorprendente del caso era que actualmente no añoraba la procesión de gente ni deseaba ya conservar su puesto por mor de la misma. Allí, en presencia del sol y la brisa y el mar, aquello se había convertido en algo muy lejano, en una imagen de otra vida. Aunque al señor Mudge le gustaban las procesiones —le gustaban en Bournemouth y en el paseo marítimo al igual que en Chalk Farm y en cualquier otro lugar—, pronto ella aprendió a no concederle importancia a la eterna manía de él de contar el número de personas que las componían. En particular había unas mujeres horrorosas, generalmente gordas y con gorras masculinas y zapatos blancos, de quienes él nunca era capaz de hacer caso omiso, cosa que *a ella* también le daba igual: no se trataba del gran mundo, el mundo de Cocker's y Ladle's y Thrupp's, pero a él le ofrecía un campo inagotable para ejercitar sus facultades memorísticas, filosóficas y lúdicas. Ella nunca lo había aguantado a él tan bien, y nunca había conseguido hacerlo hablar tanto mientras ella sostenía sus propias charlas secretas. Sus charlas eran consigo misma; y si los dos ponían en práctica tan notables economías, la que ella había llegado a dominar con maestría era la de no gastar más palabras que las imprescindibles para que él continuara hablando imperturbable e imparablemente.

[*] En aquella época se instalaban asiduamente en los paseos marítimos atracciones de feria, en un claro antecedente de los actuales parques de atracciones. (N. del T.)

Él estaba encantado con semejante estado de cosas, sin apercibirse nunca —o en todo caso sin dar nunca indicio alguno de haberse apercibido— de lo poco que las imágenes que poblaban los pensamientos femeninos tenían que ver con las mujeres de las gorritas de marinero y los dependientes de las chaquetas de paño. Los comentarios de él acerca de aquellas tipologías, su forma global de interpretar la procesión, le traían a ella a la memoria la perspectiva de Chalk Farm. A veces ella se asombraba de que él hubiese adquirido tan poca sabiduría contemplando la sociedad de Cocker's durante el tiempo que había estado allí. Pero una tarde, cuando estaban por tocar a su fin sus soleadas vacaciones, inopinadamente él le dio una prueba tal de su propia calidad como para hacer que ella se sintiera abochornada de las escasas dotes que ella misma tenía. El le espetó algo que, en medio de todo su desbordamiento, había logrado mantener en secreto hasta que otros asuntos estuvieran resueltos. Se trató del anuncio de estar por fin en condiciones de casarse, de ahora verlo claro. En Chalk Farm le habían ofrecido un ascenso: iba a entrar a formar parte de la empresa, y el que los demás apreciaran en qué consistía el capital que él aportaba constituía el más bello halago que pudiera hacerse de la cabeza que llevaba sobre los hombros. Conque ya no tenían por qué aguardar más, la fecha podía ser muy próxima. Dicha fecha debían fijarla antes del regreso, y en el entretanto él ya le había echado el ojo en Londres a una casita muy mona. La llevaría a verla el próximo domingo en que salieran juntos.

19

Lo de haberse reservado la gran noticia para el final, haberse guardado tamaña carta en la manga sin sacarla a colación en medio de su incesante charla y del lujo de estar tomándose un descanso, fue uno de aquellos golpes imprevisibles con los que él todavía era capaz de conmoverla; algo que la hizo acordarse de aquella energía latente que había echado a la calle al soldado borracho, un ejemplo de esa exhaustividad de la cual era prueba su promoción. En esta ocasión, ella se quedó un rato escuchando en silencio los acordes de la música que le traía el viento: comprendió, como no lo había comprendido hasta entonces, que su futuro estaba ya decidido. No había duda de que su destino era el señor Mudge; pero en el momento presente ella desvió el rostro apartándolo de él, sin dejarlo ver más que una pequeña porción de su mejilla, hasta que finalmente volvió a oír su voz. No pudo él ver un par de lágrimas que eran en cierto modo el motivo de que ella tardara tanto en darle la seguridad que él le pedía; pero, a modo de prospección, él formuló su esperanza de que ella estuviera ya hasta la coronilla del local de Cocker.

Finalmente ella se sintió con suficientes fuerzas para volver a encararlo:

—Sí, completamente. Hay muy poca animación. No acuden más que los norteamericanos de Thrupp's, y no es gran cosa lo que ponen. No parecen tener el más mínimo secreto.

—Entonces ¿ha desaparecido ya el extraordinario motivo que has estado aduciéndome para continuar allí?

Ella lo meditó un momento, y dijo:

—Sí, ése sí. Ahora ya la cosa se ha terminado. Los tengo a todos en el bolsillo.

—Entonces ¿estás dispuesta a trasladarte?

De nuevo ella tardó un poco en contestar, y dijo:

—No; a pesar de eso, no. Tengo todavía un motivo, otro distinto.

Él la miró de arriba a abajo, como si dicho motivo pudiera ser algo que ella tuviera en la boca, debajo del guante o de la chaqueta, o incluso alguna cosa sobre la cual estuviera sentada; y declaró:

—Pues, si me haces el favor, me gustaría conocerlo.

—Hace unas cuantas noches salí y estuve sentada en Hyde Park con un caballero —dijo ella por fin.

Nunca se había visto cosa comparable a la confianza que él tenía en ella; mas ahora la extrañó un poco que no la soliviantara eso. Lo único que eso hizo fue darle facilidades y ánimos, según sintió ella, para contarle a él toda la verdad, que ninguna otra persona sabía. En el momento presente ella experimentó auténticas ansias de hacerlo, pero no a causa del señor Mudge en modo alguno, sino única y exclusivamente a causa de sí misma. Dicha verdad era la culminación de todas las experiencias a las que ella estaba a punto de renunciar, las bañaba y las coloreaba como un cuadro que ella conservaría siempre y que, aunque se pusiese a describirlo, ninguna otra persona podría nunca realmente ver. Además ella no tenía ningún deseo de poner celoso al señor Mudge: no le resultaría entretenido, pues el tipo de entretenimiento de que ella había estado disfrutando recientemente— le impedía disfrutar ahora con otros placeres más ordinarios. No había ni tan siquiera materia para ello. Lo raro era que ella nunca había dudado de que su amor, convenientemente tratado, pudiera envenenarse: lo que ocurría era que sagazmente él había sabido escoger a una novia que no poseía veneno alguno que destilar. Aquí y ahora ella entrevió que nunca podría interesarse por otra persona sin que en él algún otro sentimiento, alguna concepción más poderosa, infaliblemente obliterara los celos.

—Y ¿qué fue lo que obtuviste de ello? —preguntó él, con una preocupación que no lo honró en lo más mínimo.

—Nada, salvo una buena ocasión para prometerle que no lo abandonaría. Él es uno de mis clientes.

—Pues en tal caso sería él quien no debería abandonarte *a ti.*

—No lo hará. Sobre eso no hay duda. Pero yo tengo que seguir allí mientras él pueda necesitarme.

—¿Mientras él pueda necesitarte para que vayas a sentarte con él en Hyde Park?

—Es posible que me necesite para eso, pero yo no aceptaré. La verdad es que ello más bien me gustó, pero, dadas las circunstancias, con una sola vez ya es suficiente. Puedo hacer más por él de otro modo.

—¿De qué otro modo, si me haces el favor?

—Pues en otro sitio.

—¿En otro sitio? *¡Canastos! —Era* ésta una exclamación que también había usado el capitán Everard, ¡pero, oh, en él sonó muy distinta!

—No necesitas decir «¡Canastos!», pues no hay nada que decir. Aunque tal vez deberías saber...

—Pues claro que debería saber. Y bien, *¿qué* es ello?

—Caramba, exactamente lo que le dije a él. Que yo haría por él cualquier cosa.

—Y ¿qué entiendes tú por «cualquier cosa»?

—Todo.

La inmediata reacción del señor Mudge ante semejante aseveración fue sacarse del bolsillo un paquete arrugado que contenía lo que aún restaba de media libra de «dulces

variados». Los dulces habían desempeñado un papel eminente en sus proyectos de viaje, pero hasta pasados tres días no habían adquirido la inconfundible forma de bombones de chocolate.

—¿Quieres otro más? —dijo él—. Coge *ése.* —Ella cogió otro más, pero no el que él le señalaba, y acto seguido él inquirió—: ¿Qué sucedió después?

—¿Después?

—¿Qué hiciste después de decirle que harías todo por él?

—Sencillamente me marché.

—¿De Hyde Park?

—Sí, me fui y allí lo dejé. No le permití que me siguiera.

—Entonces ¿qué fue lo que sí le permitiste que hiciera?

—No le permití que hiciera nada.

El señor Mudge meditó unos instantes e inquirió:

—Entonces ¿para qué fuiste allí? —Su tono fue casi de reproche.

—Yo no lo sabía muy bien en aquel momento. Supongo que sería sencillamente para estar con él, sólo por una vez. Él está en peligro, y yo quería que él supiese que yo estaba al tanto. Así, el encontrármelo (en Cocker's, que para eso es para lo que quiero permanecer allí) resultará más interesante.

—¡Resultará interesantísimo *para mi!* —dejó sentado el señor Mudge—. Pero ¿él no te siguió? —preguntó—. *¡Yo* lo habría hecho!

—Ya lo sé. Así fue como comenzaste tú, como recordarás. Pero es que tú eres muy inferior a él.

—Muy bien, hija mía, tú no eres inferior a nadie. ¡Tienes una desfachatez! Y ¿en qué peligro está él?

—De que lo descubran. Está enamorado de una lady (y eso no está bien) *y yo* lo he descubierto.

—¡No es mal descubrimiento *para* mil —bromeó el señor Mudge—. ¿Quieres decir que ella está casada?

—¡No te importe lo que ella esté! Ambos se encuentran en un peligro terrible, pero el peor es para él, porque él además se encuentra en peligro por culpa de ella.

—¿Lo mismo que yo por culpa de ti... de la mujer de quien *yo* estoy enamorado? Pues si el pobre tiene tanto canguelo como yo...

—Tiene mucho más canguelo que tú. No sólo tiene miedo de la dama: tiene miedo de otras cosas.

El señor Mudge escogió otro bombón, y dijo:

—¡Pues yo no tengo miedo más que de una cosa! Pero ¿cómo diantres crees tú que vas a poder ayudarlos a esos dos?

—No sé... tal vez no pueda ayudarlos. Pero, mientras exista la posibilidad...

—...no vas a trasladarte.

—Exacto. Tendrás que esperar.

El señor Mudge paladeó lo que tenía en la boca.

—Y ¿qué es lo que él te va a dar? —preguntó.

—¿Lo que él me va a dar?

—Por ayudarlo.

—Nada. No tiene por qué darme absolutamente nada.

—Pues, en ese caso, ¿qué es lo que él *me* va a dar? —inquirió el señor Mudge—.

Quiero decir: por esperar.

La muchacha reflexionó un momento; luego se incorporó con pinta de apetecerle andar.

—Él no ha oído nunca hablar de ti —contestó.

—¿Es que nunca le has hablado de mí?

—Nunca hemos hablado de nada. Todo eso que te he contado es lo que he averiguado yo por mi cuenta.

El señor Mudge, que había permanecido sentado en el banco, alzó la mirada hacia ella; siempre que él proponía dar un paseo lo habitual era que ella prefiriera quedarse donde estaba, mas, ahora que veía que a él le apetecía seguir sentado, ella tenía ganas de caminar.

—Pero lo que no me has contado es lo que ha averiguado *él por* la suya —dijo el señor Mudge.

Ella contempló a su novio, y repuso:

—¡Él nunca va a saber de *ti,* cariño!

Su novio, que continuó sentado, apeló a ella con una actitud suplicante, parecida a aquélla en que la muchacha había abandonado al capitán Everard, pero la impresión no fue la misma:

—Entonces ¿qué pinto yo en todo ello?

—Tú no pintas nada en todo ello. ¡Eso es lo más hermoso! —Y tras esto ella se dio la vuelta para ir a meterse entre la multitud congregada alrededor de la banda de música. Inmediatamente el señor Mudge fue a por ella y la agarró del brazo con una serena fuerza que expresó la tranquilidad de la posesión; y, en concordancia con tal idea, él no volvió a hablar del asunto para nada hasta que al anochecer se dijeron adiós a la puerta del alojamiento de ella:

—¿Has vuelto a verlo desde entonces?

—¿Desde la noche de Hyde Park? No, ni una sola vez.

—¡Vaya un sinvergüenza! —dijo el señor Mudge.

20

No fue hasta finales de octubre cuando ella volvió a ver al capitán Everard, y en aquella ocasión —la única en que hubo un estorbo insalvable— no pudo comunicarse directamente con él. Ella se había dado cuenta, incluso estando dentro de la jaula, de que hacía un precioso día otoñal: el sol ponía una calinosa franja dorada en el serrín del suelo y, más arriba, iluminaba también una hilera de rojizas botellas de melaza. Había poco trabajo, y la tienda se encontraba casi desierta; la ciudad, como decían en la jaula, aún no se había desperezado, y, en unas condiciones laborales más idóneas, a ella el día la habría hecho pensar románticamente en el veranillo de San Martín. El chico del mostrador se había ausentado para almorzar; ella estaba concentradamente ocupada con unos encargos atrasados, en medio de lo cual súbitamente reparó en que por lo visto el capitán Everard había entrado hacía un momento y en que el señor Buckton ya lo había cogido por su cuenta.

El traía, como de costumbre, media docena de telegramas; y cuando vio que ella lo había visto y se encontraron sus miradas, él, al inclinarse para saludar, se rió de un modo

exagerado, en el que ella leyó una intención nueva. Era una confesión de ser muy torpe: él pareció decirle que se daba sobrada cuenta de que habría sido mejor no perder la cabeza, haber puesto cualquier pretexto y haber aguardado a que ella quedara libre. El señor Buckton estuvo mucho rato con él, y enseguida ella hubo de atender a otros clientes; de modo que no hubo otra comunicación entre ellos que el silencio. La mirada que ella había recibido de él había sido un saludo; y otra más, al marchar, fue una pequeña señal de despedida. El único gesto que intercambiaron, por lo tanto, fue el acuerdo tácito de cumplir con los deseos de la muchacha y no intentar nada si no podían hacerlo con alguna libertad. Desde luego eso era lo que ella prefería: podía aparentar una frialdad y una impasibilidad absolutas cuando no había otro remedio.

Sin embargo estos lentos instantes, más que cualquiera de los encuentros precedentes, le dieron a ella la sensación de representar un paso más: fueron —en su fugacidad— el reconocimiento de que ahora él era nítidamente consciente de lo que ella estaba dispuesta a hacer por él. El «cualquier cosa, cualquier cosa» pronunciado en Hyde Park circuló del uno al otro pasando por encima de las apelotonadas caras que se interponían. Por fin, inclusive, estaba paladinamente claro que ya no les hacía falta recurrir a ningún chapucero subterfugio para comunicarse: sus truquitos anteriores, todos los tejemanejes de preguntas, respuestas y cambios, a la luz de su encuentro personal, del haber tenido su momento, se habían convertido en un recurso relativamente pobre. Era como si ellos se hubieran encontrado para siempre; aquello ejercía una influencia portentosa sobre los dos al estar otra vez cada uno en presencia del otro. Cuando ella rememoraba aquella noche, y se veía a sí misma alejándose de él, como si quisiera ponerle fin a todo, encontraba algo más bien lamentable en la afectación con que lo había hecho. ¿No había ella creado precisamente, por lo tocante a los dos, una impresión que sólo podría extinguirse con la muerte?

Hay que reconocer que, a pesar de esta abundosa grandiosidad, ella se quedó, al irse él, con una frustrante sensación de disgusto; disgusto que al punto se transformó en un odio aún mayor hacia el señor Buckton, quien, después de marcharse el amigo de ella, se había metido adentro con los telegramas y le había dejado a ella las otras ocupaciones. En realidad ella sabía que, cuando quisiera, ya tendría ella ocasión de verlos dirigiéndose al archivo, y su ánimo se halló dividido, a medida que avanzó el día, entre la conciencia de todas las cosas que se habían ido y la de todas las cosas que se habían consolidado. Lo que particularmente la asedió, y con una fuerza como ella apenas había conocido hasta entonces, fue el deseo de marcharse corriendo de allí, de aprovechar la tarde de otoño antes de que se esfumara para siempre e irse a Hyde Park y a lo mejor tener la suerte de volver a encontrarse sentada en un banco junto a él. Por un instante se forjó la obsesiva imagen de que él podía haberse dirigido allí y estar aguardándola. Casi tuvo la impresión de oír, entre los tictic del transmisor, el ruido que él hacía con su bastón al dispersar impaciente las hojas que octubre había hecho caer al suelo. ¿Por qué tenía que apoderarse de ella con tal furia semejante imagen justo en un momento como éste? Hubo un intervalo —entre las cuatro y las cinco de la tarde— en que se habría puesto a gritar de exultación y de desesperación.

Hacia las cinco pareció comenzar a haber más trabajo, como si la ciudad ya se hubiese desperezado; a partir de esa hora ella tuvo más quehacer, y lo despachó con impaciencia y como a trompicones; los giros postales literalmente volaron en sus manos mientras ella no cesaba de decirse para sus adentros: «Éste es el último día, el último

Librodot

día.» El último día ¿de qué? Ella no habría sabido decirlo. Todo lo que en este instante sabía era que, de hallarse *realmente* fuera de la jaula, esta vez no le habría importado que todavía no fuera de noche. Se habría ido derechita hacia Park Chambers y se habría quedado por allí hasta la hora que fuese. Habría aguardado, rondado, llamado, inquirido, habría entrado en el portal, se habría sentado en la escalera. Probablemente lo que sentía, con hondura e intensidad, era que aquél era el último de los días dorados, la última ocasión de ver la calinosa luz solar introduciéndose de esa forma dentro de la emponzoñada tienda, la última oportunidad de que él sintiera el anhelo de repetir las cinco palabras que, en Hyde Park, ella apenas lo había dejado espetar: «¡Escuche un instante, por favor!» A ella nunca se le había olvidado el sonido de aquellas cinco palabras; pero ahora verdaderamente las tenía metidas en los oídos, parecían resonar cada vez con mayor fuerza. ¿Qué era lo que significaban? ¿Qué era lo que él habría querido que ella escuchase? Fuera lo que fuese, ella tenía la sensación de que ahora lo veía perfectamente, de que sólo con que ella lo mandara todo al diablo, con que realizase un hermoso y grandioso acto de valor, él se lo aclararía todo de un modo u otro. Cuando oyó que daban las cinco estuvo a punto de decirle al señor Buckton que se sentía muy mal *y* que notaba que estaba poniéndose cada vez peor. Tenía *ya las* palabras en la boca, y ya tenía pensada la lívida cara de moribunda que iba a ponerle cuando dijese: «No puedo más, necesito irme a casa. Si después me encuentro mejor, regresaré. Lo siento horrores, pero *necesito* irme.» En ese preciso instante el capitán Everard entró otra vez en la tienda, y la presencia real de éste produjo la más rápida y extraña de las mutaciones en el zarandeado espíritu de ella. La hizo cambiar sin darse cuenta, y al instante de presentarse él allí, ella cobró conciencia de haberse salvado.

Tal fue lo que se dijo a sí misma desde el primer momento. Ella volvía a estar ocupada con otras personas, y una vez más la situación no pudo expresarse sino mediante el silencio. Se expresó, de hecho, con una frase más larga que nunca, porque los ojos de ella le hablaron ahora como si estuviesen suplicándole. «Mantenga la calma, mantenga la calma», le rogaban, y vieron que él respondía: «Haré lo que usted guste; ni tan siquiera la miraré; ¡fíjese, fíjese!» De esa forma siguieron comunicándose, con la más cordial liberalidad, que no se mirarían, que no iban a hacerlo en modo alguno. En lo que ella se fijó fue en que a él le iba a tocar que lo atendieran en el otro extremo del mostrador —el del señor Buckton—, que él se resignaba otra vez a sufrir esa decepción. Al cabo de un rato, en lo que seguidamente se fijó fue en que la decepción era tan grande que él se apartaba antes de que lo atendiesen, se ponía a andar por allí esperando, fumaba, miraba a un lado y a otro; luego él se acercó al mostrador del propio señor Cocker y semejó preguntar el precio de diversos artículos, y ella vio cómo solicitaba dos o tres cosas, sacaba el dinero para pagar y tenía la consideración de estar un buen rato de espaldas a ella, sin echar una sola ojeada para ver si ella ya estaba libre. De esta guisa finalmente sucedió que él permaneció en la tienda más rato que nunca, y, a pesar de ello, cuando él se dio la vuelta, ella vio que buscaba un momento propicio —ella volvía a estar ocupada– – y que se dirigía a su compañero, quien había quedado libre. Por cierto que el capitán no tenía en la mano cartas ni telegramas y, ahora que estaba cerca de ella —porque ella estaba al lado del chico del mostrador—, ella sintió que el corazón se le subía a la boca sólo de verlo mirar a su compañero y abrir los labios. Se sentía demasiado nerviosa para soportarlo. El capitán pidió una Guía de Correos, y el chico le entregó una nueva; al decir él que no deseaba comprarla, sino tan sólo consultarla un momento, le prestaron la que

allí se solía usar y él volvió a alejarse.

¿Qué estaría haciendo? ¿Qué era lo que quería de ella? Todo eso no pudo menos que intensificar su «¡Escuche un instante, por favor!» En aquel momento ella sintió un extraño y descomunal miedo de él: la asaltó la sensación de que, si las cosas se ponían así de intensas, ella iba a tener que salir volando para Chalk Farm. Mezclada con tal miedo y tales pensamientos estaba la idea de que, si él la necesitaba tanto como parecía dar a entender, pensándolo bien podría ser sencillamente para que hiciera por él aquella «cualquier cosa» que ella le había prometido, aquel «todo» que a ella le había parecido tan bien espetarle al señor Mudge. El podía necesitar que ella lo ayudase, podía tener algo especial que pedirle; si bien, a decir verdad, no era eso lo que denotaba su actitud: denotaba, antes bien, cierta timidez, cierta indecisión, algo así como el deseo no tanto de que ella lo ayudara cuanto de que lo tratara mejor que la última vez. Sí, lo más probable era que él juzgara estar en mejor situación para ofrecer ayuda que para pedirla. Así y todo, empero, cuando vio que ella había vuelto a quedar libre, él no se le acercó: cuando volvió con la *Guía* se dirigió al señor Buckton, *y* fue también al señor Buckton a quien compró sellos por valor de media corona.

Tras los sellos pidió, como si hubiera estado meditándolo, un giro postal de diez chelines. ¿Para qué querría él tantos sellos si escribía tan pocas cartas? ¿Cómo iba a mandar un giro postal por telegrama? Ella supuso que lo que él haría tras esto sería dirigirse a la esquina y redactar uno de sus telegramas —media docena de ellos— para prolongar su estancia dentro de la tienda. Ella había dejado de mirarlo, y sus movimientos sólo podía adivinarlos, adivinar incluso dónde ponía él los ojos. Por último lo vio hacer un movimiento rápido que tal vez había sido hacia el rincón donde estaban las hojas; y ante esto ella súbitamente decidió que no podía aguantar aquella tensión ni un segundo más. El chico del mostrador acababa de cogerle un telegrama a una esclavita, y nuestra protagonista, para tener algo con que justificarse, se lo arrebató de las manos. El gesto fue tan violento que el chico la miró extrañado, y ella se dio cuenta de que también el señor Buckton se había fijado. Este último personaje, con un rápido vistazo, por unos instantes pareció preguntarse si lo que a ella menos podría agradarle sería que él mismo se lo arrebatase a *su* vez, pero la muchacha ya se había anticipado a este reproche fáctico lanzándole la más desinhibida mirada asesina que nunca le hubiese dirigido. Fue suficiente: esta vez lo dejó paralizado; y, con su trofeo en la mano, la muchacha buscó refugio en el cubículo del transmisor.

21

Las cosas se reprodujeron al día siguiente; continuaron así durante tres días, y, transcurrido este tiempo, ella ya supo qué pensar. El primer día, cuando al fin ella salió de su refugio provisional, el capitán Everard ya se había marchado de la tienda; y no volvió en toda la tarde, al contrario de lo que ella había pensado que podría suceder (habida cuenta de que había innumerables personas que, mañana y tarde, acudían allí innumerables veces, por lo cuál él no habría tenido por qué llamar necesariamente la atención). Al día siguiente fue distinto, pero globalmente peor. A él ahora le fue posible llegar hasta ella (ella incluso tuvo la impresión de estar cosechando los frutos de la mirada que le había lanzado el día anterior al señor Buckton); pero despachar con él no

Librodot

simplificó las cosas: lo que hizo, pese a la sobriedad de la transacción, fue reforzar la idea que ella se había formado. Dicha sobriedad fue mayúscula, y los telegramas de él —ya no meros pretextos para llegar hasta ella— parecieron genuinos; sin embargo la idea no había necesitado más que una sola noche para cobrar cuerpo. Podía expresarse de una forma bastante sencilla, que a ella se le había ocurrido el día anterior mientras pensaba que él ya no necesitaba más ayuda de ella de cuanta ella ya le había prestado, y que a lo que él estaba ahora dispuesto era a prestar ayuda él. Consistía en que él había venido a Londres sólo para estar tres o cuatro días: se había visto ineludiblemente obligado a marcharse de la capital después de la otra vez; mas ahora estaba dispuesto, teniéndola a ella delante, a quedarse todo el tiempo que ella deseara. Poco a poco la idea fue ganando en nitidez, si bien, desde el primerísimo instante en que él reapareció, ella ya había entrevisto lo que ello realmente significaba.

Eso era lo que la tarde anterior, al dar las ocho, su hora de salida, la había hecho demorarse y perder el tiempo. Se puso a hacer diversas cosas, o a fingir que las hacía; la jaula, súbitamente, se había convertido en su lugar de salvación, y tenía verdadero pánico del otro yo que podía estar esperándola fuera. Elpodía estar esperándola: él era su otro yo, y de él era de quien tenía pánico. El más radical de los cambios se había operado en ella desde el instante en que comprendió cuál era la impresión que él parecía ahora querer darle. Antes de que esto sucediese, en aquel atardecer embrujado, ella se había acercado, sin el menor inconveniente, a la portería de Park Chambers; después de que sucediese, y de resultas de tan brusco cambio, cuando por fin ella se decidió a salir de la tienda de Cocker se fue derechita a casa por primera vez desde que había vuelto de Bournemouth. Durante semanas enteras había estado pasando todas las tardes por delante de la casa de él, pero nada habría podido inducirla a volver a hacerlo ahora. Tal cambio era un tributo a su pánico, producto de una mutación que ella veía en el capitán y de la cual ella no precisaba más explicación que la que con total vividez leía en su rostro, por extraño que resultara encontrar un elemento disuasorio en la cosa que ella consideraba la más hermosa del mundo. La noche en Hyde Park, el capitán se había percatado de que ella no quería que la invitase a cenar; pero a estas alturas se había olvidado de aquella lección y podía decirse que la invitaba a cenar cada vez que la miraba. El caso es que tal fue la impresión que prevaleció en estos tres días. En cada uno de ellos, él se presentó en la tienda dos veces, y siempre fue como si hubiera ido allí para darle a ella oportunidad de apiadarse. Eso era, menos mal, según se dijo a sí misma en los intervalos, lo más que él hacía. Reconoció plenamente que había cosas con las que él quería evitarle cualquier sufrimiento, y otras muy especiales respecto de las cuales ella pretendía que su propio silencio estuviera cargado, para él, de un sutil ruego. Lo más raro de todo era que él no la esperara en la esquina cuando ella se marchaba por la tarde. Ello le habría resultado muy fácil, muy fácil de no ser tan considerado. Ella continuó viendo en su paciencia el fruto de las mudas intimaciones femeninas, y la única compensación que él podía sacar era la inofensiva libertad de poder parecer decirle: «Sí, estoy en Londres sólo por tres o cuatro días, pero, como ya sabe usted, *estaría* dispuesto a quedarme.» A ella le pareció que todos esos días, en todo momento, él quiso darle a entender que el tiempo apremiaba, le pareció que él exageraba para que ella comprendiese que ya sólo quedaban dos días y, por último, que era espantoso porque ya sólo quedaba uno.

Hubo otras cosas que ella creyó que él hacía con una intención especial; y las más destacadas —a menos que fuesen también las más difíciles de interpretar— habrían

Librodot

podido hacerla maravillarse de que no le parecieran harto horribles. Ella no supo si había sido su propia imaginación desbocada o el trastorno que a él le producía su amor imposible lo que una o dos veces la había hecho ver que él ponía sobre el mostrador dinero de más —soberanos perfectamente superfluos considerando lo módicas que eran las tarifas que él estaba continuamente pagando— como si esperara que ella le hiciera alguna seña para ayudarlo a deslizarlos hacia ella. Lo más extraordinario fue la cantidad de excusas que, con cierta inconsecuencia, ella encontró para disculparlo. Él quería pagarla porque no había ninguna razón por la cual pagarla. El quería ofrecerle cosas que sabía que ella no iba a aceptar. El quería mostrar lo mucho que la respetaba dándole a ella una suprema oportunidad de demostrarle *a él* ser una persona respetable. En las transacciones más sobrias, de todas formas, era donde las miradas de ambos solventaban estas cuestiones. El tercer día él se presentó con un telegrama que era obvio que encerraba un propósito relativamente similar al de los soberanos descarriados: un mensaje que, de entrada, era una cosa inventada y que él, tras pensárselo mejor, le volvió a pedir antes de que fuera sellado. Había esperado hasta que ella lo hubiese leído, y sólo después de eso había resuelto no enviarlo. Si no iba dirigido a Lady Bradeen, en Twindle monde sabía la muchacha que milady se encontraba en este momento—, era porque daba lo mismo que mandarlo a Brickwood, al doctor Buzzard, con la ventaja adicional de no revelar tan meridianamente a una persona con quien, pensándolo bien, de uno u otro modo él todavía tenía que contar. Naturalmente el mensaje era muy enrevesado, sólo se entendía a medias; pero era fácilmente discernible que había entrado en vigor un nuevo código de comunicaciones privado en virtud del cual Lady Bradeen, en Twindle, y el doctor Buzzard, en Brickwood, eran dentro de ciertos límites una misma y única persona. El telegrama que él le había pasado y luego le había vuelto a pedir estaba exclusivamente compuesto, en cualquier caso, por la lacónica aunque vívida frase: «Absolutamente imposible.» El propósito no había sido que ella lo transmitiera: el propósito había sido únicamente que lo leyera. Lo absolutamente imposible era que él se trasladase a Twindle o a Brickwood antes de haber arreglado cierto asunto en la tienda de Cocker.

La reacción que esto produjo, a su vez, en nuestra joven amiga, fue la resolución de que ella no podía prestarse a ningún arreglo mientras supiera tantas cosas. Lo que sabía era que él se encontraba atrapado en una situación que casi ponía en peligro su vida; por tanto ¿cómo podía ella saber también qué papel era el que le correspondía a una pobre muchacha del servicio de correos? Los dos habían comprendido cada vez mejor que si él pudiera decirle que estaba libre, que todo lo que ella había seguido con tanta claridad era ya capítulo cerrado, su propio caso podría convertirse para ella en algo distinto, ella podría comprender y atender y escucharlo. Pero él no estaba en condiciones de darle a entender nada semejante; dominado por la impotencia, lo único de que estaba en condiciones era de dudar y ponerse nervioso. El capítulo distaba de estar cerrado, no lo estaba para la otra persona; y la otra persona, de alguna forma y donde fuera, tenía mucho ascendiente: eso era algo que se reflejaba tanto en la actitud de él como en su semblante mientras le rogaba a ella que no se acordase, que no hiciera caso. Mientras ella se acordase e hiciera caso, él no podía más que ir y venir, dar vueltas y hacer tonterías de las que se sentía avergonzado. Se había sentido avergonzado de estas dos palabras al doctor Buzzard, y se fue de la tienda nada más recuperar el papel y metérselo burdamente en el bolsillo. Había sido una manera un poco indigna de confesar el amor imposible que lo reconcomía. De hecho, pareció demasiado avergonzado para regresar. Se marchó otra vez

Librodot

de la capital, *y* transcurrió primero una semana *y* luego otra. Por supuesto no había tenido más remedio que volver con la verdadera dueña de su destino: ésta había insistido —la muchacha sabía muy bien de qué forma— y él no había podido dejar transcurrir ni una hora más. Toda paciencia femenina tiene un límite. Nuestra joven amiga sabía, aparte, que él había estado enviando telegramas desde otras oficinas. Ella había acabado por saber tantas cosas que ya había perdido aquella primitiva sensación de estar limitándose a adivinar. Se habían terminado las cosas relativamente claras: todas ellas, ahora, saltaban a la vista.

22

Pasaron dieciocho días, y ella ya había empezado a creer que nunca habría de volver a verlo. En tal caso significaría que él también comprendía ahora: él había descubierto que ella tenía sus propios secretos y razones e impedimentos, que incluso una pobre muchacha del servicio de correos podía tener sus complicaciones. Intensificado por la separación el hechizo que ella había derramado sobre él, él había decidido tener una última delicadeza y se había dicho a sí mismo que lo único decente era dejarla en paz. En aquella última quincena ella había comprendido como nunca lo precaria que era su relación —la primigenia, tan feliz, hermosa y sosegada si hubiera sido posible volver a ella—, en la que sólo participaban la funcionaria pública y el cliente que podía aparecer por allí. En el mejor de los casos, aquello constituía algo que pendía de un tenue hilo, que estaba a merced de cualquier accidente y podía romperse en cualquier momento. Pasadas dos semanas, ella había tenido la sensación de haber llegado ya a una claridad de ideas absoluta, y no le cabía duda de haber adoptado una determinación definitiva. Iba a concederle al capitán Everard unos cuantos días más para que volviese a ella, sobre una base debidamente impersonal —pues una concienzuda funcionaria pública siempre le debía algo a un representante cualquiera del público, por incómodo que fuese—, y luego informaría al señor Mudge de que estaba dispuesta a irse a la casita. Ya ellos dos la habían recorrido de la buhardilla al sótano durante las conversaciones que habían tenido en Bournemouth, deteniéndose especialmente, con mirada cetrina por parte de ambos, en el rinconcito donde ella habría de intimarle a su madre que iba a tener que buscar la manera de meterse.

Con más claridad que nunca el señor Mudge había hecho saber a la muchacha que en sus cálculos estaba incluida esa incordiante presencia, y había logrado así causar en ella la impresión más fuerte de todas. Fue todo un golpe, de nuevo superior aun al de echarle mano al soldado borracho. Y si la muchacha, a pesar de ello, todavía continuaba en la tienda de Cocker, ella misma pensaba que era únicamente por algo que sólo habría sabido definir como la fidelidad debida a una última palabra. Su concreta última palabra había sido que, mientras las cosas no cambiaran, ella no abandonaría nunca a su otro amigo, y le parecía que, contra viento y marea, hacía bien en permanecer en su puesto y ser fiel a sus principios. La conducta de dicho otro amigo había sido tan admirable que, en última instancia, era seguro que aún volvería a aparecer, aunque sólo fuera un instante, para dispensarla de su promesa y darle algo que ella pudiera llevarse. Había veces que se veía a sí misma aceptando emocionada aquel regalo de despedida, y momentos en los que tenía la sensación de ser una mendiga que estuviera allí sentada con la mano extendida

Librodot

esperando una limosna de alguien que no hacía más que rascarse en los bolsillos. Ella no había cogido los soberanos, pero *iba a* coger el penique. Ya le parecía estar oyendo el sonido de dicha calderilla contra el mostrador. «De ahora en adelante no se afane más —le iba a decir él— por un asunto tan desesperante como éste. Ha hecho usted todo lo que era factible hacer. Se lo agradezco y la exculpo y la eximo de su compromiso. Nuestras vidas nos arrastran a ambos. Yo no sé demasiado sobre la suya (aunque me he sentido realmente interesado por ella), pero supongo que debe de tener una. En todo caso, *a mí* la mía me va a arrastrar, *y* hacia donde ella quiera. ¡Qué le vamos a hacer! Adiós. —Y luego, a modo de culminación, lo más dulce y difuso de todo—: Sólo que, canastos, ¡escuche un instante, por favor!» Ella se había imaginado el cuadro con tal perfección que éste incluía también la forma en que una vez más ella se rehusaría a «escuchar», se rehusaría, como quien dice, a ver nada de nada. Pero fue precisamente en el momento en que estaba ensoñando con mayor ímpetu todas estas cosas cuando pudo ver más que nunca.

Él se presentó precipitadamente una tarde, cuando ya era casi la hora de cerrar, con un semblante tan distinto e insólito, tan descompuesto y atribulado, que ella pudo ver en éste cualquier cosa excepto que él la reconociera. El presentó aturrulladamente un telegrama cual si, con las prisas que tenía y el apuro en que se hallaba, no se acordara ya de qué sitio era aquél. Pero al encontrarse con los ojos de ella se le hizo la luz: de hecho, al punto cambió la expresión, se convirtió en una vívida mirada consciente. Eso lo compensó todo, pues fue la instantánea proclamación del famoso «peligro»: pareció desbordarse como un torrente. «Sí, helo aquí, ¡por fin se cierne sobre mí! ¡Olvídese, por el amor de Dios, de la tabarra que le he estado dando, *y* sólo ayúdeme, sólo *sálveme,* enviando esto sin perder un instante!» Algo grave había acaecido, se había desatado la crisis. Ella reconoció enseguida a la persona a quien iba dirigido el telegrama: a aquella señorita Dolman, de Parade Lodge, a la que había telegrafiado Lady Bradeen a Dover la última vez, y a la que ella entonces, gracias a acordarse de otras componendas anteriores, había emplazado en determinado lugar. La señorita Dolman ya había figurado antes y no había vuelto a figurar después, pero ahora era la destinataria de una apelación imperativa: «Absolutamente necesario verte. Toma hoy último tren a estación Victoria si puedes. Si no, el primero de mañana, y contéstame en ambos casos.»

—¿Respuesta pagada? —dijo la muchacha. El señor Buckton acababa de marcharse, y el chico del mostrador se había adentrado en las profundidades de la jaula. No había ningún otro representante del público allí, y ella tuvo la sensación de que nunca, ni siquiera en la calle o en Hyde Park, había estado con él tan a solas.

—Oh sí, respuesta pagada, y tan raudo como sea posible, por favor.

Ella pegó los sellos en un abrir y cerrar de ojos; y, después, a todo correr y como si estuviera en condiciones de garantizarlo, añadió:

—¡Ella sí cogerá el tren de hoy!

—No lo sé, espero que pueda hacerlo. Es importantísimo. Ha sido usted muy amable. Lo más raudo posible, por favor. —Era de un candor conmovedor eso de que él se olvidara de todo salvo del peligro que ahora corría. Todo lo que hubiese pasado entre ellos dos no pintaba nada. ¡Bueno, era ella quien había querido que él fuera impersonal!

Afortunadamente y en consecuencia, ella no tenía tanta necesidad de serlo; si bien sólo aguardó todavía un instante a fin de decirle casi sin aliento, antes de precipitarse hacia el telégrafo:

—¿Está usted en un atolladero?

—¡Horrible, horrible; se ha armado un follón espantoso! —Pero se despidieron un segundo después, sin decir nada más; y mientras ella se abalanzaba sobre el transmisor, estando a punto de tirar del taburete al chico del mostrador, oyó el golpe con que, a las puertas de la tienda y con extremada precipitación, él cerraba la portezuela del carruaje de alquiler al que había saltado. Al mismo tiempo que él corría a tomar alguna otra precaución que su angustia le hubiese dictado, su apelación a la señorita Dolman salía volando.

Pero, a la mañana siguiente, cuando no hacía ni cinco minutos que ella había llegado, él estaba otra vez allí, aún más descompuesto y, como se le ocurrió a ella, igual que un niño que aterrado buscara a su madre. Los compañeros de ella también estaban presentes, pero ella se maravilló de que, sólo con verlo tan nervioso, tan puramente asustado y desvalido, de súbito dejase de estar preocupada por ellos. Comprendió, mejor que nunca, que actuando con insuperable celeridad y determinación podrían solucionarlo casi todo. Él no venía con nada que mandar —ella estuvo segura de que había estado telegrafiando desde todas partes—, pero era evidente que lo había traído algún asunto serio. Eso era lo único que se veía en sus ojos: ni sombra de alusión o de recuerdo. Estaba prácticamente consumido de angustia, y se notaba que no había pegado ojo en toda la noche. La compasión que ella sintió hacia él le habría dado ánimos para hacer cualquier cosa, y tuvo la impresión de comprender por fin la razón de haberse mostrado tan chalada.

—¿No ha acudido ella? —le preguntó palpitante la muchacha.

—Sí, sí que ha acudido; pero se ha producido un error. Nos hace falta un telegrama.

—¿Un telegrama?

—Uno que fue enviado desde aquí hace algún tiempo. En él había algo que es preciso comprobar. Algo muy, *muy* importante, por favor; lo queremos de inmediato.

Verdaderamente él le hablaba como si ella fuera una desconocida muchacha de Knightsbridge o de Paddington; pero eso no tuvo sobre ella otro efecto que el de darle la medida del tremebundo atolladero en que él se hallaba. Fue entonces cuando, más que nunca, se hizo notar lo mucho que ella se había perdido en los hiatos, páginas en blanco y faltas de respuesta, lo mucho de que ella se había visto obligada a prescindir: era una oscuridad completa salvo por aquella llamita alocada. Ésta era todo cuanto ella veía y poseía: uno de los amantes estaba temblando en algún sitio fuera de Londres, y el otro estaba temblando allí mismo delante de ella. Eso era ya lo suficientemente vívido, y al cabo de un momento ella se dio cuenta de que era todo cuanto deseaba saber. No deseaba detalles ni hechos, no deseaba ver desde más cerca ningún otro pormenor o vergüenza.

—¿Cuándo fue puesto ese telegrama? ¿Cree usted que fue enviado desde aquí? —Ella procuró actuar como una muchacha de Knightsbridge.

—Sí, sí, desde aquí, hace varias semanas. Cinco, seis o siete semanas. —Él estaba nervioso, impaciente—. ¿No se acuerda?

—¿Que si me acuerdo? —Apenas pudo ella disimular en el semblante, ante aquella pregunta, una sonrisa de lo más extraña. Pero acaso resultó aún más extraño que él no inteligiera su significado:

—A lo que me refiero es a si acaso ustedes no guardan los antiguos.

—Sí, durante algún tiempo.

—Muy bien, pues ¿durante cuánto tiempo?

Ella reflexionó; *debía* actuar como una desconocida muchacha, y sabía muy bien lo

que una tal muchacha diría y, mejor aún, lo que no diría.

—¿Puede decirme la fecha? —le preguntó.

—¡Oh, Dios mío, no! Fue en agosto... ya hacia finales. Llevaba la misma dirección que el que puse ayer por la tarde.

—¡Ah! —dijo la muchacha, experimentando ante esto el escalofrío más hondo que hubiera sentido jamás. Al mirarlo a él a la cara, allí mismo ella fue consciente de tenerlo todo en sus manos, lo tenía lo mismo que tenía el lápiz, el cual habría podido partirse de tanto apretarlo. Eso la hizo sentirse como el Destino personificado, pero aquella emoción fue tan torrencial que hubo de refrenarla con todas sus energías. Tal fue sin duda la razón, otra vez, de su tono a lo Paddington, tan fino como una flauta—: ¿No nos podría decir algo un poquito más concreto? —El «un poquito» y el «nos» habían procedido directamente de Paddington. Para él aquellas cosas no fueron una nota falsa: el apuro en que se hallaba las absorbió todas. Los ojos con que él la apremió, *y* en las profundidades de los cuales ella vio terror *y* rabia y verdaderas lágrimas, habrían sido los mismos que le habría enseñado a cualquier otra persona cargante.

—No sé la fecha exacta —contestó él—. Lo único que sé es que fue enviado desde aquí, y más o menos en los días que le digo. No fue recibido, ¿sabe? Y hemos de recuperarlo.

23

A ella le pareció tan bonito aquel verbo en plural como consideraba que a él se lo habría parecido el que ella había empleado hacía un momento; pero a estas alturas sabía tan bien lo que se traía entre manos que casi podía juguetear con él y con esa alegría recién hallada:

—Dice usted que más o menos por esos días. Pero creo que no se refiere usted a una fecha exacta, *¿verdad?*

Él pareció magníficamente anonadado:

—Es precisamente lo que deseo averiguar. ¿No guardan ustedes los antiguos? ¿No podría usted buscarlo?

Nuestra protagonista —sin salir de Paddington— desvió la pregunta:

—¿Dice que no fue recibido?

—*Sí* fue recibido, pero al mismo tiempo fue como si no lo hubiese sido, ¿comprende? —Él vaciló un poco, pero finalmente lo echó fuera—: Quiero decir que fue interceptado, ¿sabe?, y en él había una cosa. —De nuevo hizo una pausa, *y,* como para congraciarse a la muchacha y facilitar el éxito *y* suplicar el rescate, hasta intentó una sonrisa que quería ser cordial pero que resultó más bien aterradora y que a ella acabó por conmoverla a fondo. ¿Cuál no sería el atolladero en que él se hallaba y el dolor que sentía, el espanto que lo invadía y el abismo que lo succionaba, si aquello no era más que una diminuta muestra? —Queremos ver esa cosa que en él había —dijo el capitán—, enterarnos de lo que ponía.

—Entiendo, entiendo. —Ella imitó el acento que empleaban en Paddington cuando se quedaban mirando con ojos de besugo—. Y usted no dispone de ninguna pista.

—Ninguna... salvo la que ya le he mencionado.

—¿O sea que hacia finales de agosto? —Como ella prolongara la cosa un poco más,

conseguiría ponerlo furioso.

—Sí, y la dirección era la que ya le he dicho.

—¿O sea la misma que la del de ayer por la tarde?

Él se estremeció visiblemente, como si viera un rayo de esperanza; pero no había hecho sino derramar un poco de aceite sobre la calma de que ella hacía gala, alargar el jugueteo. Ella se puso a arreglar unos papeles.

—¿No quiere usted mirarlo? —insistió él.

—Ahora recuerdo que ayer por la tarde vino usted —repuso ella.

Él pestañeó con un diferente desasosiego: era posible que, al ver que ella se mostraba distinta, empezara a reparar en que de alguna forma él tampoco era ya el mismo.

—,Sabe que en aquella ocasión se mostró usted bastante más informada que ahora? .

—Y usted también, eso tendrá que reconocerlo —respondió ella con una sonrisa—. Pero, aguarde un momento. Era a Dover, ¿verdad?

—Sí, para la señorita Dolman...

—¿ ... en Parade Lodge, Parade Terrace?

—Eso es; ¡un millón de gracias! —Él empezó a concebir nuevas esperanzas—. Entonces ¿lo *tienen* ustedes, el otro?

Ella volvió a esperar un momento; lo tenía en vilo.

—¿Vino una mujer a enviarlo? —inquirió a renglón seguido.

—Sí, y por equivocación puso una cosa mal. ¡Esa cosa es lo que hemos de averiguar!

¡Santo cielo! ¿Qué era lo que él estaba a punto de revelar? ¡Acongojaba a la pobre Paddington con tamañas declaraciones! Ella no podía tenerlo mucho tiempo en vilo sólo por divertirse, y sin embargo tampoco podía, por consideración hacia él, amonestarlo o contenerlo o silenciarlo. Lo que finalmente hizo fue optar por un término medio:

—¿Fue interceptado?

—Fue a parar a donde no debía. Pero en él hay una cosa —prosiguió divulgando— que *puede* resultar muy ventajosa. Es decir, si está equivocada, ¿me entiende? Si está mal, todo irá bien —aclaró insólitamente.

Pero *¿qué* era, por todos los diablos, lo que estaba a punto de revelar? El señor Buckton y el chico del mostrador ya estaban pendientes de él; nadie *iba a* tener la delicadeza de no inmiscuirse; y ella estaba indecisa entre su curiosidad global y el temor que sentía por él. Aun así, enseguida ella comprendió que con gran astucia podía ostentar, para sacar adelante el asunto, algún conocimiento falso al lado del mucho que poseía verdadero, y, con perspicacia amable, casi paternalista, dijo:

—Lo comprendo todo perfectamente. La dama ya no se acuerda de lo que puso.

—Eso es: por desdicha ya no se acuerda, y es una contrariedad terrible. Acabamos de saber que el telegrama no llegó allí; por ello, si pudiéramos verlo de inmediato...

—¿De inmediato?

—Cada minuto que transcurre cuenta. Seguro —arguyó— que los *tienen* archivados.

—¿Lo dice para poder verlo ahora mismo?

—Sí, por favor, en este mismísimo instante. —Él hacía repicar el mostrador con los nudillos, con el puño del bastón, con el exacerbado pánico—. ¡Búsquelo, *búsquelo!* —machacó.

—Creo que sí que podríamos encontrárselo —respondió la muchacha con dulzura.

—¿Encontrármelo? —Él parecía trastornado—. ¿Cuándo?

—Probablemente mañana.

—Entonces ¿es que no está aquí? —Él puso una cara que dio lástima.

Ella sólo podía ver algunas pequeñas luces que asomaban entre la oscuridad, y se preguntó qué clase de complicación, aun entre las peores imaginables, podía ser tan espantosa como para producirle a él tal terror. Había vueltas *y* recovecos, puntos que hacían sudar sangre *y* que ella no estaba en situación de adivinar. Cada vez se sintió más contenta de no desear estar en situación de hacerlo.

—Ha sido llevado ya a otro sitio —dijo.

—Pero ¿cómo puede usted saberlo sin haberlo investigado?

Ella le dedicó una sonrisa que quiso ser, dentro de la absoluta ironía de su urbanidad, casi divina:

—Fue el 23 de agosto, y todo lo que tenemos guardado aquí en este momento es posterior al 27 de agosto.

A él se le modificó la cara:

—¿El 27? ¿El 23? Entonces ¿está usted segura? ¿Lo sabe de veras?

Ella sintió algo que casi no supo qué era: la impresión de que pronto podrían ir a por ella por estar conspicuamente relacionada con un escándalo. Fue la más extraña de las sensaciones, porque ella ya había leído y oído hablar sobre asuntos de ese jaez, y era de suponerse que debía de estar ya avezada y curtida después de todo lo que había aprendido en la tienda de Cocker. Este escándalo con el cual ella había vivido de veras constituía, a fin de cuentas, una vieja historia; pero lo que hubiese constituido en el pasado resultaba pálido y lejano al lado de lo que ella veía ahora y la hacía estremecerse. ¿Un escándalo? Hasta la fecha eso nunca había sido más que un tópico. Pero ahora era una realidad palpable que estaba a la vista y que, en cierto modo, estaba a la vista en el maravilloso rostro del capitán Everard. En lo más profundo de los ojos de éste se veía una imagen, el cuadro formado por un lugar grande, como un tribunal de justicia, donde, ante una atenta concurrencia, una pobre muchacha, expuesta al peligro pero heroica, juraba con voz trémula sobre un documento, ofrecía una coartada, proporcionaba una luz. En este cuadro, valerosamente, ella asumió su puesto.

—Fue el 23.

—Entonces ¿puede encontrarlo hoy por la mañana o en algún otro momento antes de la noche?

Ella se quedó meditando, clavándole todavía la mirada, que ella volvió después hacia sus dos compañeros, quienes a estas alturas ya se habían sumado sin reservas. No le concedió importancia alguna a este detalle, ni una pizca, y se puso a buscar un trozo de papel. Así tuvo ocasión de comprobar la roñosería oficial: un trozo de secante negro era todo lo que había a su disposición.

—¿Tendría usted una tarjeta? —le preguntó a su visitante. Éste se hallaba ahora muy lejos de Paddington, y al instante siguiente, con la billetera en la mano, había extraído una tarjeta. La muchacha no miró siquiera el nombre que figuraba en ella: lo único que hizo fue volverla del revés. Sabía que continuaba teniéndolo en sus manos más que nunca; y su dominio sobre sus compañeros era, por el momento, no menos palpable. Escribió algo en el dorso de la tarjeta y se la entregó al capitán.

El capitán la miró con notoria ansiedad, y leyó:

—Siete nueve cuatro...

—...nueve seis uno —completó el número amablemente la muchacha, e inquirió sonriendo—: ¿Está bien?

El capitán comprendió de repente con ruborizada intensidad; después, dio muestras de sentir un alivio tan grande que fue como ponerse en evidencia irresponsablemente. Brilló ante todos sus espectadores como un imponente faro, y casi abrazó de alegría a los atónitos muchachos:

—¡Por las barbas del Profeta! ¡Está mal! —Y, sin dedicarles una última mirada, sin pronunciar una sola frase de agradecimiento, sin tiempo para nada ni para nadie, les volvió la ancha espalda en toda su gran estatura, enderezó los triunfales hombros y salió de la tienda a grandes zancadas.

La muchacha se encontró frente a frente con sus habituales críticos.

—¡Si está mal, todo irá bien! —repitió para ellos en broma.

El chico del mostrador estaba francamente sobrecogido de la impresión:

—Pero ¿cómo lo sabías, querida?

—¡Me acordaba, amor!

El señor Buckton, en cambio, no se mostró nada lisonjero:

—Y ¿qué clase de charada es ésta, señorita?

Ella nunca había sentido una felicidad tan grande en todos los días de su vida, y pasaron unos instantes antes de que pudiera recobrarse lo suficiente para contestarle que no se metiera donde no lo llamaban.

24

Si con el terrible bajón de agosto la actividad en la tienda de Cocker había perdido algo de su intensidad, a ella no le costó un gran esfuerzo mental inferir que una paralización todavía mayor debía de haber afectado a la artística ocupación de la señora Jordan. Con Lord Rye, Lady Ventnor y la señora Bubb hallándose fuera de Londres, y bajadas todas las persianas en todas las casas de verdadero lujo, esta avispada mujer debía de estar sin saber qué hacer con su maravilloso buen gusto. Dicha mujer sobrellevaba la situación, no obstante, de una forma que en un principio llenó de admiración a su joven amiga; ambas se reunían ahora acaso con mayor frecuencia dado que no había mejor cosa que hacer, y cada una de ellas, a falta de otra diversión, mantenía con la otra unas relaciones en las cuales el propósito era desconcertar a la otra y que consistían primordialmente en dejar entrever algo y luego dar marcha atrás. Cada una esperaba que la otra se desenmascarase, cada una corría ante la otra un tupido velo sobre las limitaciones de restringidas perspectivas. Probablemente la señora Jordan era la más intrépida en esta clase de escaramuzas: a decir verdad, nada podía parangonarse a sus asiduas incongruencias como no fuesen sus ocasionales alardes de seguridad. El relato de sus asuntos privados subía y bajaba como una llama al viento: tan pronto era una hoguera desatada como quedaba reducido a un puñado de cenizas. Nuestra protagonista especulaba que ello dependía de la situación en que se encontrase en cada momento la famosa puerta por donde se ingresaba en el gran mundo. En una de sus novelas de medio penique ella se había encontrado con la traducción de un proverbio francés según el cual una puerta no puede estar en cada momento sino abierta o cerrada; pero parecía que la inestable situación en que estaba la señora Jordan se debía en cierto modo a que la suya se las había arreglado para no estar ni de una forma ni de la otra. Ocasiones había habido en que la tal puerta había semejado estar abierta de par en par, claramente invitándola a

trasponer el umbral; pero había habido otras, mucho menos claras, en que había faltado un pelín para que le dieran con ella en las narices. En términos generales, empero, era obvio que la señora Jordan no se desalentaba; aquello formaba parte de las cosas que no le impedían causar buena impresión. Daba a entender que las ganancias de su oficio se habían acrecentado tantísimo que le permitían mantenerse a flote sin importar cuál fuera el estado de la marea en cualquier momento concreto; y estaba en condiciones, además, de ofrecer una buena cantidad de profundas razones que servían para explicarlo.

Estuvo deslumbrante, en especial, cuando mencionó la feliz circunstancia de que siempre había caballeros presentes en Londres, y de que los caballeros eran sus mayores admiradores; en particular los caballeros de la City, en relación con los cuales se mostró harto prolija sobre el entusiasmo y el orgullo que despertaban en los pechos de ellos los artículos que ella manejaba con tanto primor. A los caballeros de la City, en suma, los *enloquecían* las flores. Había cierta clase de agentes de bolsa endiabladamente elegantes —Lord Rye los llamaba judíos y «chorizos», pero a ella eso no le importaba— que derrochaban, según insinuó más de una vez, tal cantidad de dinero que servidora se veía obligada a refrenarlos a poco que tuviera un mínimo de conciencia. Era posible que ellos no lo hicieran por desinteresado amor a la belleza; era una cuestión de vanidad, y un distintivo de prosperidad en sus negocios: deseaban aplastar a sus rivales, y aquélla era una de sus armas. La astucia de la señora Jordan era estupenda: conocía muy bien a cada uno de sus clientes por separado (los tenía, como decía ella, de todos los pelajes); y eso, para ella, aun en los meses más grisáceos, era toda una carrera, una carrera de una ristra de aposentos a otra. Y luego, en fin de cuentas, siempre estaban las señoras; las señoras que pertenecían a los círculos bursátiles estaban en perpetua danza. Quizá no eran lo mismo que la señora Bubb o Lady Ventnor; pero no se notaba la diferencia a menos que servidora se peleara con ellas... y, en esos casos, únicamente porque hacían las paces con mayor celeridad. Dentro de la ocupación de ella, dichas señoras formaban la rama sobre la que ella se mecía con más gusto en la brisa; hasta tal punto, que su confidente había acabado por sacar una o dos conclusiones que la inclinaron a no lamentar mucho las oportunidades desdeñadas. Cierto que la señora Jordan aludía a unos vestidos de noche impresionantes, pero los vestidos de noche tampoco lo eran todo, y a ella la extrañaba que a veces la viuda de un sacerdote hablara como si pensara que sí lo fuesen. Claro que esta mujer siempre terminaba por volver infaliblemente a Lord Rye, a quien era evidente que no perdía de vista nunca, por muy lejos que se aventurase. Que él era la bondad en persona, había llegado a ser la mayor enseñanza que la muchacha extraía de todo aquello, la que se extraía de los extraños relámpagos que aparecían en los ojos miopes de aquella pobre mujer. Ésta le lanzaba a su joven amiga numerosas extraordinarias miradas, solemnes heraldos de alguna noticia sensacional. Semana tras semana, dicha noticia no acababa de producirse; pero de los hechos que la presagiaban sacaba fuerzas la señora Jordan para seguir adelante. «Ellos *son,* de una forma y otra —solía enfatizar ésta—, personas en quienes se puede confiar con los ojos cerrados»; y, como la alusión se refería a los miembros de la aristocracia, la muchacha no comprendía del todo por qué, si ya lo eran de «una» forma, necesitaban serlo de dos. Ella sabía perfectamente, empero, el número de formas que entraban en los cálculos de la señora Jordan. Todo aquello significaba sencillamente que el destino de esta señora estaba a punto de cumplirse. Si dicho destino tenía que quedar sellado ante el altar nupcial, no era raro que no se decidiera a apabullar a una simple telegrafista. Para una tal persona supondría

necesariamente una dolorosa humillación. Lord Rye —si *era* Lord Rye— no sería «compatible» con alguien que era un cero a la izquierda, aunque otras personas que valían no menos que él sí lo hubiesen sido.

Un domingo por la tarde, en el mes de noviembre, las dos convinieron en asistir juntas a misa; tras cumplir lo cual —y en una inspiración del momento, pues no formaba parte de sus planes— se encaminaron hacia la casa de la señora Jordan, situada en la zona de Maida Vale. La señora Jordan le había hablado entusiastamente a su amiga acerca del servicio religioso que a ella más le gustaba: era en extremo «generosa» y más de una vez había deseado que la muchacha participara también de las mismas ventajas y privilegios. Flotaba una niebla espesa y oscura, y el acre humo que se respiraba en Maida Vale picaba en la garganta; mas ellas habían estado sentadas un rato en medio de cánticos e incienso y una música celestial, y durante ese rato, aunque todos estos elementos produjeran mucho efecto sobre nuestra protagonista, ésta se había dejado llevar también por otros pensamientos, sólo indirectamente relacionados con los susodichos elementos. Uno de estos pensamientos lo había suscitado la señora Jordan al decir durante el camino, y con cierta sutil intencionalidad, que Lord Rye había estado pasando unos días en Londres. La señora Jordan había hablado de ello como si se tratara de un hecho respecto del cual poco hubiera que añadir, como si fácilmente pudiera inducirse lo que aquella noticia significaba para su vida. Tal vez fuera la sorpresa de que Lord Rye pudiera desear casarse con ella lo que a su invitada, cuyos pensamientos erraron por toda aquella temática, la impulsó a resolver inamoviblemente que otra ceremonia nupcial iba a celebrarse también en la iglesia de Saint Julian. El señor Mudge acudía como siempre a su capilla metodista, pero eso era lo que a ella menos la preocupaba; ni siquiera se había molestado en decírselo nunca a la señora Jordan. La forma de culto del señor Mudge era una de las cosas —suplían a base de elevación y belleza lo que les faltaba en número— que a su novia, desde hacía ya mucho tiempo, le había parecido que él iba a tener que copiar de ella, pero ahora, por vez primera, su novia había determinado irrevocablemente cuál iba a ser la forma suya propia. Su característica primordial era que tenía que ser igual a la que siguieran Lord Rye y la señora Jordan; lo cual vino a ser casi literalmente lo que le dijo a su anfitriona un poco más tarde, cuando las dos estaban ya sentadas en casa de ésta última. La oscura niebla se introducía en el saloncito, donde servía para volver imposible de responder con certeza la pregunta de si por ventura allí habría alguna otra cosa más aparte de las tazas, de una tetera de peltre, de un fuego muy pequeño *y* muy negro *y* de una lámpara de parafina sin pantalla. En todo caso, de lo que no había ni rastro era de flores: la señora Jordan no se reservaba para sí tales dulzores. La muchacha aguardó a que las dos se hubiesen tomado una taza de té: estaba esperando que su amiga hiciese el anuncio que francamente creía que, esta vez, la había invitado para hacerle por fin formalmente; pero de momento nada sucedió, tras aquel intervalo de degustación, salvo que su amiga atizó un poco el fuego, lo cual fue como aclararse la garganta antes de empezar a hablar.

25

—Creo que ya me habrás oído hablar del señor Drake, ¿verdad? —La señora Jordan nunca había exhibido un aire tan misterioso, ni una sonrisa tan insinuadora de una gran

mordacidad benigna.

—¿Del señor Drake? Oh, sí: ¿no es un amigo de Lord Rye?

—Un gran amigo, y de mucha confianza. Casi (se podría decir) un amigo muy querido.

Aquel «casi» de la señora Jordan sonó tan raro que su compañera se sintió movida, un poco impertinentemente quizá, a ahondar:

—¿Es que usted no considera que cuando las personas tienen «mucha confianza» en un amigo es como si lo quisieran?

La panegirista del señor Drake se quedó un poco cortada, y dijo:

—Pues, mira, *a ti* yo te quiero...

—...pero no confía en mí —completó la muchacha implacablemente.

Otra vez la señora Jordan guardó silencio; siguió exhibiendo un aire misterioso; y replicó con cierta austeridad:

—Sí que confío en ti, y precisamente voy a darte ahora una prueba bastante notable de ello. —La conciencia de que verdaderamente iba a ser notable fue tan fuerte que bastó para mantener en una momentánea mudez de sumisión a la muchacha mientras la señora Jordan erguía un tanto amostazada la cabeza—. Durante varios años, el señor Drake le ha prestado a Lord Rye servicios que éste ha apreciado muchísimo, y eso hace que resulte todavía más... inesperado el hecho de que ahora, quizá una pizca precipitadamente, vayan a separarse el uno del otro.

—¿Separarse? —Nuestra protagonista no acabó de entender, pero trató de interesarse por el asunto; y enseguida comprendió que había dado un patinazo. Ella ya había oído hablar del señor Drake, que era uno de los integrantes del círculo de milord: el integrante hacia quien, por lo visto, a la señora Jordan más parecía haberla acercado su ocupación. Lo que la muchacha no había entendido muy bien era lo de aquella «separación». Y dijo sonriente—: ¡Bueno, con tal que al menos se separen en plan de buenos amigos..!

—Oh, milord está muy, muy interesado por el futuro del señor Drake. Hará todo lo que sea por él; en realidad ya ha hecho mucho. ¡Los cambios se producen *irremediablemente,* tú sabes!

—Nadie lo sabe mejor que yo —dijo la muchacha. Deseaba picar a su interlocutora—. También para mí va a haber considerables cambios.

—¿Vas a irte de la tienda de Cocker?

El ornamento de dicho local se demoró unos instantes en responder, y cuando lo hizo fue de manera indirecta:

—Dígame primero lo que va a hacer *usted.*

—¿Qué te imaginas tú?

—Pues que ya ha encontrado usted aquella puerta abierta que siempre ha estado usted tan segura de encontrar.

Ante esto, la señora Jordan pareció reflexionar con turbada hondura, y luego dijo:

—Sí, siempre he estado segura... ¡y sin embargo ha habido veces que no lo he estado!

—Bueno, pues espero que ahora sí que lo esté. Que sí que esté usted segura, quiero decir, del señor Drake.

—Sí, querida, creo que puedo decir que lo *estoy.* No he cejado hasta estarlo.

—Entonces, ¿ya es suyo?

—Absolutamente mío.

—¡Cuánto me alegro! Y ¿es riquísimo? —siguió nuestra protagonista.

Con gran prontitud la señora Jordan dejó claro que, cuando ella amaba, era por motivos más elevados:

—Es guapísimo: uno ochenta y cinco de estatura. *Y tiene* dinero ahorrado.

—¡Entonces es exactamente como el señor Mudge! —exclamó a la desesperada la amiga de este último caballero.

—¡Oh, no *exactamente!* —La amiga del señor Drake se mostró un tanto ambigua, pero es que sin duda el nombre del señor Mudge la había instado a hacerlo—. De todas maneras, ahora tendrá más oportunidades. Va a irse con Lady Bradeen.

—¿Lady Bradeen? —El desconcierto fue ya absoluto—. ¿Que va a «irse» con...? —Por la forma como su amiga la miró, la muchacha comprendió que su forma de pronunciar ese nombre había dejado traslucir una pizca de sus secretos.

—¿Conoces tú a Lady Bradeen?

Ella vaciló un momento. Luego se recobró:

—Caramba, se acordará usted de que en múltiples ocasiones le he dicho que, aunque usted tenga grandes clientes, también los tengo yo.

—Sí —dijo la señora Jordan—, pero la gran diferencia entre nosotras está en que tú los odias, mientras que yo verdaderamente los amo. ¿Es cierto que conoces a Lady Bradeen? —insistió.

—¡Vaya si la conozco! Se pasa la vida acudiendo allí.

Los alelados ojos de la señora Jordan, al imaginarse aquel cuadro, denotaron cierto grado de asombro y aun envidia. Pero logró soportarlo y, con bastante donaire, demandó:

—¿La odias *a ella?*

Fue pronta la respuesta de su invitada:

—¡No, cielos! Ni la mitad que a otros de su clase. Es demasiado ofensivamente guapa.

La señora Jordan continuó mirando con fijeza. —¿Ofensivamente? —dijo.

—Sí, bueno, deliciosamente. —Lo que era en verdad delicioso era ver tan atribulada a la señora Jordan—. Pero ¿no la conoce usted, no la ha visto? —preguntó su invitada maliciosamente.

—No, pero he oído hablar mucho de ella.

—¡También yo! —exclamó nuestra protagonista.

Por unos momentos la señora Jordan pareció poner en entredicho su buena fe o cuando menos su seriedad:

—¿Conoces a algún amigo...?

—¿ ... de Lady Bradeen? Oh sí, a uno.

—¿Sólo a uno?

La muchacha profirió una carcajada:

—Sólo a uno... pero muy íntimo.

La señora Jordan vaciló un instante; y después inquirió:

—¿Se trata de un caballero?

—Pues sí: no se trata de una dama.

Su interlocutora pareció meditarlo.

—Ella está muy bien relacionada —dijo.

—Y lo *estará...* ¡con el señor Drake!

La mirada de la señora Jordan adoptó una fijeza superlativa:

—¿Es ella *muy* bien parecida?

—La persona más hermosa que conozco.

La señora Jordan nunca se olvidaba de su tema:

—Pues *yo* también conozco a algunas bellezas. —Después, en una de sus transiciones súbitas, inquirió—: Y ¿dirías tú que parece *decente?*

—¿Porque no es ése siempre el caso con las personas hermosas? —razonó la otra—. Desde luego que no es ése siempre el caso; es una de las lecciones que he aprendido en la tienda de Cocker. Pero personas hay que lo tienen todo. En cualquier caso, Lady Bradeen tiene bastante: unos ojos, y una nariz, y una boca, un cutis, una figura...

—¿Una figura? —casi se alarmó la señora Jordan.

—¡Una figura y un haz de cabellos! —La muchacha hizo un pequeño movimiento adrede con su cabeza, como si dejara caer los suyos, y su compañera observó aquella portentosa exhibición—. Pero ¿es que acaso el señor Drake *es* otro...?

—¿Otro? —Los pensamientos de la señora Jordan hubieron de retornar desde muy lejos.

—Otro de los admiradores de milady. ¿Va a «irse» con ella, dice usted?

Ante esto la señora Jordan verdaderamente tartamudeó:

—Ella lo ha contratado[*].

—¿Contratado? —Nuestra protagonista sí que ya no entendió nada.

—En las mismas condiciones que Lord Rye.

—Pero ¿es que acaso Lord Rye estaba contratado?

26

Ahora la señora Jordan apartó de ella la mirada: pareció, según consideró la muchacha, sentirse más bien ofendida e incluso un tanto enojada, cual si estuvieran tomándole el pelo. La mención de Lady Bradeen había dispersado momentáneamente los pensamientos de nuestra heroína; pero, ante esta impresión de irritación y desconfianza combinadas, empezaron a reagrupársele de nuevo, y continuaron dando vueltas hasta que uno de ellos se salió de la fila y fue a estrellarse contra ella como con un impacto seco. Ella sintió una vívida conmoción, un verdadero aguijonazo, al comprender súbitamente que el señor Drake era... ¿Sería posible? Esta idea la hizo hallarse otra vez al borde de las carcajadas, al borde de un singular acceso de regocijo repentino y perverso. La imagen del señor Drake se representó ante ella; era una imagen que ella había visto en las puertas de las casas del barrio donde estaba sita la tienda de Cocker: una figura majestuosa, de madura edad, erguida, flanqueada por dos lacayos mientras le preguntaba su nombre al visitante. ¡El señor Drake *era* en verdad la persona que abría la puerta! No obstante, antes de que le diera tiempo a recobrarse de tal visión, a la muchacha se le ofreció otra que engulló a ésta completamente. De alguna forma comprendió que la expresión facial con que ella la había visto representarse estaba instigando a la señora Jordan a buscar, sea como fuere, algo que pudiese mitigar tal impresión:

—Lady Bradeen está llevando a cabo algunos cambios: se va a casar.

—¿A casar? —La muchacha hizo de eco con la mayor impasibilidad del mundo, pero

[*] En inglés, *She has engaged him,* que también puede traducirse como «Ella ha quedado prometida en matrimonio con él»; lo cual ayuda a entender mejor la doble comicidad de las siguientes réplicas. (N. del T.)

Librodot

allí lo tenía por fin.

—¿No estabas al tanto de *eso?*

Ella reunió todas sus energías:

—No, ella no me lo ha dicho.

—Y sus amigos... ¿no te lo han dicho tampoco?

—Últimamente no he visto a ninguno de ellos. No soy tan afortunada como *usted.*

La señora Jordan se recobró, y dijo:

—Entonces, ¿ni siquiera te has enterado de la muerte de Lord Bradeen?

Su compañera, que de momento no acertó a articular palabra, parsimoniosamente negó con la cabeza. Y luego preguntó:

—¿Se ha enterado usted por medio del señor Drake? —Más valía no enterarse de nada que tener que enterarse por medio del mayordomo.

—Ella le cuenta todo a él.

—Y luego él se lo cuenta todo *a usted,* ya veo. —Nuestra protagonista se puso en pie; cogió su manguito y sus guantes y dijo sonriente—: Yo, infortunadamente, no tengo a ningún señor Drake. Le doy a usted la enhorabuena de todo corazón. Aunque yo no cuente con una ayuda comparable a la que supone él, de todas formas sí que pesco alguna que otra cosilla por aquí y por allá. Y deduzco que si Lady Bradeen va a casarse con alguien, por fuerza ha de ser con mi amigo.

La señora Jordan también se había puesto de pie; y preguntó:

—¿Es amigo tuyo el capitán Everard?

La muchacha se lo pensó mientras se ponía un guante.

—Hubo una época en que lo veía muchísimo —dijo.

La señora Jordan miró intensamente el guante, pero ya hacía rato, empero, que se había compadecido de que éste no estuviera más limpio.

—¿Cuándo fue eso? —inquirió.

—Pues debió de ser por la misma época en que tanto veía usted al señor Drake. —Ahora ella ya lo había comprendido de cabo a rabo: esa persona tan distinguida con quien iba a casarse la señora Jordan acudiría cuando sonara el timbre, echaría el carbón, y supervisaría, como poco, la limpieza de las botas de otra persona distinguida con quien *ella* habría podido... vaya, con quien ella habría podido, si hubiese querido, hablar de muchas cosas—. Adiós —concluyó—, adiós.

Sin embargo la señora Jordan la despojó de su manguito, le dio la vuelta a éste, le pasó la mano por encima y lo contempló pensativa al tiempo que agregaba:

—Dime una cosa antes de irte. Hace un momento has hablado de que también para ti iba a haber cambios. ¿Te refieres a que el señor Mudge...?

—El señor Mudge ha hecho gala de una paciencia inmensa conmigo, y ahora ha conseguido que me decida ya. Vamos a casarnos el mes que viene, y tenemos una casita muy mona. Pero él no es más que un tendero, como usted sabe —la muchacha miró a los escrutadores ojos de su vieja amiga—, conque me temo que a usted, teniendo en cuenta el nuevo círculo en que ha ingresado, le va a ser muy difícil que podamos seguir manteniendo nuestra amistad.

Durante unos instantes la señora Jordan no respondió nada a esto; se limitó a aproximarse el manguito al rostro, tras lo cual se lo restituyó a ella. Y luego dijo:

—No te gusta, ya veo que no te gusta.

Para estupor de su invitada, ahora la señora Jordan tenía lágrimas en los ojos.

Que no me gusta ¿el qué? —preguntó la muchacha.

—Pues que vaya a casarme. Sólo que, como eres tan inteligente —dijo la pobre señora estremeciéndose—, lo expresas a tu manera. Quiero decir que eres tú quien va a distanciarse. *¡Ya* lo has hecho! —Y a raíz de esto, al instante siguiente, la señora Jordan comenzó a llorar a lágrima viva. No pudo resistirlo; se hundió otra vez en el sofá y se tapó la cara con las manos en un intento de ahogar sus sollozos.

Su joven amiga siguió de pie, aún algo seria pero muy sorprendida, si bien todavía no lo bastante como para sentir lástima:

—Yo no expreso eso de ninguna de «mis maneras»; antes bien, me alegro mucho de que se le solucionen a usted las cosas. Sólo que, de haberle hecho yo caso y tal como usted me lo expresaba a su manera, me había parecido que también a mí su ocupación habría podido servirme para algo.

La señora Jordan continuó gimoteando de una forma débil, tenue, mansa; luego, enjugándose las lágrimas, recogió igual de dócilmente lo que la muchacha le recordaba:

—¡A mí me ha servido para no morirme de hambre! —dijo con un hilo de voz.

Ante esto, nuestra protagonista se sentó a su lado; ahora, de repente, todas aquellas pequeñas miserias quedaban al descubierto. La cogió de la mano como para demostrarle que la compadecía, y, transcurrido un instante más, lo confirmó dándole un confortador beso. Sentadas allí las dos juntas, cogidas de la mano, contemplaron el saloncito pobre, húmedo, oscuro, y contemplaron también su futuro, de no muy diferentes características, y aceptado al fin por ambas. Por ninguna de las dos fue proclamada nítidamente la posición del señor Drake en el mundo elegante, pero el transitorio derrumbamiento de la futura esposa de éste había arrojado más que suficiente luz para deducirla; y lo que nuestra heroína vio y sintió en todo aquello fue el vívido reflejo de sus propias quimeras y desilusiones *y* su propia vuelta a la realidad. La realidad, para dos pobres seres como ellas, habría de ser siempre tinieblas y fealdad, nunca podría ser una liberación, un ascenso. Ella no quiso agobiar a su amiga —tenía el suficiente tacto como para no hacerlo— con renovadas preguntas personales, no dio muestras de desear sonsacarle más detalles, sino que se limitó a continuar cogiéndole la mano para consolarla, dándole a entender, mediante una enérgica aunque sutil taciturnidad, que sus destinos tenían mucho en común. En este respecto se mostró de veras magnánima; pues estaba muy bien, por condolencia o para sosegarla, suprimir en ese momento cualquier comentario malintencionado, pero de lo que ella no se sentía capaz, por mucho que se esforzase, era de verse sentada, por así decirlo, en la misma mesa que el señor Drake. Afortunadamente, y según todos los indicios, las mesas no iban a estar muy presentes en las relaciones entre ambas; y la circunstancia de que, a su peculiar modo, la existencia de su vieja amiga fuese a continuar unida a Mayfair, le prestó a Chalk Farm el único rayo de luminosidad que se hubiese visto hasta entonces. ¿Dónde quedaban el orgullo y la pasión de una persona cuando la verdadera forma de juzgar su suerte era haciendo no una comparación inexacta, sino exacta? Antes de prepararse de nuevo para marcharse, la—muchacha se sentía muy pequeña y prudente y agradecida.

—Vamos a tener una casa propia —dijo—, y usted podrá venir muy pronto a que yo se la enseñe.

—Nosotros *también* vamos a tener nuestra propia casa —repuso la señora Jordan—, pues es que, por si no lo sabes, él ha puesto como condición el poder dormir fuera.

—¿Como condición? —La muchacha se sintió perpleja.

Librodot

—Para aceptar cualquier cargo. Por eso se ha separado de Lord Rye. Milord no aceptaba esto; y el señor Drake lo ha abandonado.

—¿Y todo por usted? —Nuestra protagonista preguntó esto en el tono más alentador que le fue posible.

—Por mí y por Lady Bradeen. Milady está encantada de tenerlo a cualquier precio. Lord Rye, por interés hacia nosotros, puede decirse que la ha *obligado a* aceptarlo. Conque, como te digo, el señor Drake va a tener un domicilio propio.

La señora Jordan, sólo con pensar regocijadamente en ello, había comenzado a revivir; pero, a pesar de todo, entre ellas se produjo una pausa más bien consciente: una pausa en el transcurso de la cual ni la visitante ni la anfitriona expresaron una esperanza o una invitación. En último término ello significaba que, a despecho del respeto y la compasión, a partir de ahora ellas ya sólo podrían mirarse a través de aquella gran separación social. Continuaron allí las dos juntas, como si realmente fuera su última ocasión, todavía sentadas, aunque con cierto embarazo, muy cerca la una de la otra y sintiendo asimismo —de la forma más inequívoca— que todavía había algo más. Al salir ello a la superficie, por cierto, nuestra joven amiga ya había asimilado la gran verdad, y hastavolvió a producirle algo de irritación. Quizá dicha gran verdad no fuese lo más relevante; pero el hecho era que, después de su momentáneo agobio, de su turbación y sus lágrimas, otra vez la señora Jordan había empezado a tocar la cuestión —incluso sin hablar— de su posición social. Al fin y a la postre no había dejado de reconocer que con su matrimonio iba a ingresar en la alta sociedad. En fin, aquélla era una compensación inofensiva, y era todo cuanto la futura esposa del señor Mudge le podía dejar.

27

Finalmente la muchacha se puso en pie, pero sin resolverse todavía a marchar.

—Y el capitán Everard, ¿no tiene nada que decir al respecto? —inquirió.

—¿A qué respecto, querida?

—Caramba, al de todos estos asuntos de arreglos domésticos y cosas del hogar.

—Pero ¿cómo *podría* él con un mínimo de autoridad, si nada en ese hogar es suyo?

—¿Que nada es suyo? —La muchacha se quedó atónita, aun cuando fue perfectamente consciente de que su asombro no haría sino resaltar lo mucho que sabía la señora Jordan en comparación con lo que sabía ella. Pero qué le iba a hacer; había cosas que deseaba tanto esclarecer, que ahora, aunque le doliera, estaba dispuesta a pasar por la humillación de preguntarlas—: Y ¿por qué nada es suyo?

—Pero, querida, ¿es que no sabes que él no tiene nada?

—¿Nada? —Se le hacía difícil verlo bajo esa luz, pero la señora Jordan estaba en condiciones de responder de ello con una superioridad que, sobre la marcha, no hizo sino acrecer—. ¿No es rico?

El aire de la señora Jordan fue el de poseer una información inagotable, tanto general como particular:

—¡Depende de lo que entendamos por rico!... Pero, en todo caso, ni muchísimo menos es tan rico como *ella.* ¿Qué es lo que él aporta? Piensa en todo lo que ella tiene. Y, además, cariño mío, están sus deudas.

—¿Sus deudas? —Quedó plenamente al descubierto la irrescatable ignorancia de la

amiga del capitán Everard. Ésta intentó luchar un poco más, mas hubo de rendirse; y, si hubiese hablado con franqueza, lo que habría dicho habría sido: «¡Cuéntemelo todo; pues, aunque a él yo lo conozca, mis conocimientos no alcanzan a *tanto!*» Mas, como no habló con franqueza, se limitó a decir—: Sus deudas no son nada, cuando ella tanto lo adora.

La señora Jordan empezó a mirarla extrañada de nuevo, y la muchacha comprendió que ahora sí que habría de pasar por todo. A eso era adonde había ido a parar: el haber estado él allí con ella, en el banco, bajo los árboles, en la oscuridad de aquella noche veraniega, y el haber puesto su mano sobre la de ella, y el haberla hecho saber que él le habría contado todo si ella se lo hubiese permitido; y el haber vuelto después varias veces, medio enloquecido, con ojos suplicantes; y ella por su parte, tan seca y tan pedante, no haber hecho, debido a algún milagro y a sus exorbitantes exigencias, otra cosa que contestar, aunque también fuera suplicante, desde el otro lado de los barrotes de la jaula... todo únicamente para en este instante tener que informarse acerca de él, ahora que ella lo había perdido para siempre, a través de la señora Jordan, quien si sabía algo acerca de él era a través del señor Drake, quien si tenía algo que ver con él era a través de Lady Bradeen.

—Ella lo adora, pero en realidad no ha sido ése el único factor.

La muchacha la miró a los ojos un instante, y luego se rindió:

—¿Qué más ha habido?

—Pero ¿no estás al tanto? —El tono de la señora Jordan fue casi de conmiseracion.

Su interlocutora, mientras había estado en la jaula, había sondeado algunas profundidades, mas de alguna forma tuvo ahora la sensación de que allí había un abismo por completo insondable.

—Bueno, lo que yo ya sabía era que ella nunca iba a dejarlo en paz —dijo.

—¿Cómo *podía* ella dejarlo en paz (¡madre mía!) después de que él la hubiera comprometido de esa manera?

La exclamación más sincera que jamás habían dejado escapar los labios de la muchacha, salió de éstos en aquel momento:

—¡¿Que él la *había...?!*

—Pero ¿no te enteraste del escándalo?

Nuestra heroína reflexionó, rememoró; existía algo, se tratara de lo que se tratase, sobre lo cual ella sabía, pensándolo bien, mucho más que la señora Jordan. Y volvió a verlo a él como lo había visto aquella mañana entrando a recuperar el telegrama, lo vio como lo había visto salir de la tienda.

Momentáneamente se aferró a ello como a un clavo ardiendo:

—Oh, pero nada acabó haciéndose público.

—Lo que se dice público, no. Pero sí hubo un atolladero horrible y un follón espantoso. Todo estuvo a punto de salir a la luz. Una cosa fue extraviada... y una cosa fue encontrada.

—Ah, sí —repuso la muchacha, sonriendo como si estuviera reviviendo un recuerdo medio borrado—; una cosa fue encontrada.

—Se difundió el rumor, y llegó un momento en que Lord Bradeen se vio en la necesidad de actuar.

—Sí, se vio en esa necesidad... pero no lo hizo.

La señora Jordan hubo de admitirlo:

Librodot

—En efecto, no lo hizo; pero es que, por suerte para ellos, falleció.

—No sabía yo que hubiese muerto —dijo su compañera.

—Fue hace nueve semanas, y de un modo sumamente inesperado. Les ha venido de perlas.

—¿Para casarse —todo era ya un verdadero pasmo— nueve semanas después?

—Vaya, no de inmediato y (dadas las circunstancias) muy discretamente, aunque muy pronto, te lo aseguro. Ya han sido realizados todos los preparativos. Pero sobre todo ocurre que ella lo tiene bien amarrado.

—¡Sí, caramba si lo tiene bien amarrado! —espetó nuestra joven amiga. De nuevo meditó sobre todo aquello unos instantes; después ahondó—: ¿Quiere usted decir, por haber hecho él que se rumoreara sobre ella?

—Sí, pero no sólo por eso. Tiene otro motivo.

—¿Otro?

La señora Jordan dudó; y después dijo:

—Caramba, él estaba metido en *algo.*

Su compañera se maravilló:

—¿En qué?

—No lo sé. En algo turbio. Como te digo, una cosa fue encontrada.

La muchacha se quedó mirando fijamente:

—¿Y bien?

—Pues que eso habría podido ser muy malo para él. Pero ella lo ayudó, no sé cómo; recuperó la cosa, se hizo con ella. ¡Incluso hay quien afirma que la robó!

Nuestra protagonista tornó a meditar, y dijo:

—Pero si la cosa que fue encontrada fue precisamente lo que lo salvó.

La señora Jordan, empero, se mostró taxativa:

—Te ruego que me disculpes, pero ocurre que estoy informada.

Su alumna no vaciló sino por un instante:

—¿Por medio del señor Drake? ¿Le cuentan *a él* esas cosas?

—¡Un buen servidor —sentenció la señora Jordan, ahora ya con superioridad absoluta y mostrándose correlativamente aforística— no necesita que le cuenten nada! Milady salvó (¡como tantas veces lo hacen las mujeres!) al hombre a quien ama.

Esta vez nuestra heroína tardó algo más en reponerse, pero por último recuperó el habla:

—¡Cierto es que yo no estoy informada! Pero lo que importa es que él se salvó. Entonces parece que, en cierto modo —agregó—, los dos han hecho mucho el uno por el otro.

—Sí, pero es ella quien ha hecho más. Lo tiene bien amarrado.

—Ya veo, ya veo. ¡Adiós! —Las dos ya se habían dado un abrazo antes, conque el abrazo no se repitió; mas la señora Jordan acompañó a su invitada hasta la puerta de la calle. La más joven de estas mujeres no se daba mucha prisa en marcharse, y, aunque habían comentado dos o tres cosas más mientras descendían por las escaleras, retornó de nuevo al asunto del capitán Everard y Lady Bradeen—: Entonces, lo que quiso usted decir hace un momento ¿es que si ella no lo hubiese salvado, como usted dice, ahora no lo tendría tan bien amarrado?

—En efecto, probablemente no. —La señora Jordan sonrió al pensar en una cosa que se le había pasado por las mientes; realizó otra de sus audaces incursiones en los

dominios del enigma—: No es probable que una mujer le resulte muy agradable a un hombre cuando éste le hace un desaire.

—Pero ¿qué desaire le ha hecho él a ella?

—Ya te lo he dicho. Él se ve *obligado a* casarse con ella, ya ves.

—¿Acaso no deseaba hacerlo?

—Antes no.

—¿Antes de que el telegrama fuese recuperado?

La señora Jordan dio un leve respingo:

—¿Era un telegrama?

La muchacha vaciló:

—Creo que eso me ha dicho usted. Bueno, no sé; lo que fuese.

—En efecto, fuera lo que fuese, no creo que ella las tuviera todas consigo.

—¿O sea que ella ha entrampado al capitán, lisa y llanamente?

—Lo ha entrampado, lisa y llanamente. —La visitante había ya bajado el último tramo de escalones; la anfitriona se había quedado en lo más alto de éste, un poco borrosa a causa de la niebla—. Y ¿cuándo podré considerar que ya estás en tu casita? ¿El mes que viene? —preguntó la voz de arriba.

—A lo más tardar. Y ¿cuándo puedo yo considerar que ya está usted en la suya?

—Oh, yo creo que incluso antes. ¡Después de lo que esta tarde hemos hablado acerca de eso, me parece estar ya en ella! ¡Hasta *luego!* —se oyó después entre la niebla.

—¡*Hasta* luego! —Nuestra protagonista también se sumergió en la niebla, cambió de acera, y al poco, tras dar varias abstraídas vueltas, fue a salir frente al canal de Paddington. Sin distinguir apenas qué era aquello que estaba resguardado por el poco elevado pretil, se detuvo junto a éste y estuvo un rato contemplando absorta, pero quizá todavía invidentemente, lo que había abajo. Mientras estaba allí parada, un policía pasó a su lado; éste avanzó algunos pasos más y luego, medio oculto en la niebla, se puso a observarla. Pero ella no se dio cuenta de que la observaban; no tenía atención sino hacia sus propios pensamientos. Estos eran demasiado numerosos como para que todos puedan tener cabida aquí, pero sí podemos al menos hacer alusión a dos de ellos. Uno era que, decididamente, su casita no debía ser para el mes que viene, sino para la semana que viene; y el otro, que se le ocurrió cuando ya echó a andar de nuevo, fue que no dejaba de ser bastante curioso que al final un asunto como éste hubiera ido a quedar decidido para ella por el señor Drake.

Librodot